José Zorrilla

Ecos de las montañas



GENIO MALIGNO

JOSÉ ZORRILLA

Ecos de las montañas

GENIO MALIGNO

Ecos de las montañas, de José Zorrilla.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1893. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1964.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/Ecos_de_las_monta%C3%B1as. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Introducción a Ecos de las montañas

Introducción

I

Ecos de las montañas que nutridos
de las aguas, los vientos y las aves
con la voz, los murmullos y los ruidos,
tristes, medrosos, gárrulos o graves,
venís a susurrar en mis oídos
del aire azul entre las ondas suaves:
¡qué avara saborea el alma mía
de vuestro vago son la poesía!

II

Ecos de las montañas..., cuando aspiro
vuestra sonora esencia con el viento
que os lleva sobre mí, como un suspiro
enviado por la tierra al firmamento,
¡con qué placer la atmósfera respiro
en que bullir y murmurar os siento,

concierto de una música sin nombre
que envía Dios en el silencio al hombre!

III

Ecos de las montañas..., cuando el día
comienza a declinar y en la llanura
oigo desparramarse la armonía
de vuestra voz que baja de la altura,
bendigo la montaña que os envía
con la brisa, que impregnan de frescura
los árboles, que dan a sus picachos
rumorosos y móviles penachos.

IV

¿De qué habláis? ¿Qué os decís? Mi oído atento,
vuestro murmullo al percibir, se lanza
tras él y le persigue por el viento,
de comprenderle al fin con la esperanza;
mas, ¡ay!, nunca por él mi pensamiento
lo que decís a comprender alcanza.
Ecos de las montañas, ¿vuestro ruido
nunca lo que os decís dirá a mi oído?

V

Vagorosos rumores, yo os adoro
porque hallé desde niño en vuestros sones
para mi triste espíritu un tesoro
de vagas e infantiles ilusiones.

Vuestro susurro plácido es un coro
que me canta del aire en las regiones
himnos cuyas palabras no comprendo,
mas a las cuales con afán atiendo.

VI

Ecos de las montañas, yo percibo
en vuestro son versátil y liviano
algo que se os adhiere, fugitivo,
de un invisible mundo no lejano.
Nunca me sé explicar lo que concibo
de vuestro son oculto en el arcano:
mas algo que habla en vuestro son comprendo,
cuya palabra, a mi pesar, no entiendo.

VII

Ecos de las montañas, al sentiros
bullir, el aire de rumor llenando,
arrastrado tal vez siento en sus giros
pasar de sombras invisible bando,
que entre risas, conjuros y suspiros,
rastro sonoro tras de sí dejando,
pasan, y vuelven sin cesar, y ondean,
y a la par que me encantan me marean.

VIII

¡Oh, montañas poéticas! ¿Es sueño
de mi débil espíritu, que enerva

el tiempo que en roer pone su empeño
cuanto es caduco, o en verdad conserva
vuestro recinto inculto y zahareño,
bajo su manto de árboles y hierba,
ese mundo de espíritus quiméricos
de los tiempos románticos y homéricos?

IX

¿No es verdad, ¡oh montañas!, que aunque os yermen
del invierno las nieves y aquilones
guardáis las larvas e incubáis el germen
de las más primitivas tradiciones;
que en vuestro seno sus fantasmas duermen,
dándolas perfumados pabellones
en vuestros silos húmedos y estrechos,
céspedes, musgos, líquenes y helechos?

X

¿No es verdad que esos ruidos misteriosos,
esos perennes y encantados ecos
que exhalan vuestros bosques rumorosos,
breñas desiertas y peñascos huecos
a los que manantiales caprichosos
cortinas dan de cristalinos flecos,
pueden la tradición y la leyenda
al poeta contar que les comprenda?

XI

¿No son desde el diluvio las montañas
cadenas y dogal del bajo suelo,
cuevas de salteadores y alimañas,
las que el hombre ocupó con más anhelo?
¿No minó con cavernas sus entrañas?
¿No trabajó con sólido desvelo
para cercar sus cumbres y asperezas
con triple cinturón de fortaleza?

XII

Y esas torres y alcázares feudales,
de que hizo la política mundana
nidos de buitres y antros de chacales,
devoradores de la gente llana
degollada en sus guerras señoriales,
¿no convirtió después la fe cristiana
en monasterios santos y tranquilos,
de caridad e ilustración asilos?

XIII

Habrá dejado, pues, la humana raza
por las montañas, al pasar por ellas,
de sus ejemplos de virtud la traza
al par que de sus crímenes las huellas.
Páginas de una crónica que enlaza
las figuras más torvas y más bellas,
quedan en las alturas solitarios

escombros de castillos y santuarios.

XIV

¡He ahí toda la historia de la tierra,
toda la tradición de los dos mundos:
Álbum de la ambición y de la guerra,
labor de sus dos genios furibundos!
¿Y de cada montaña y cada sierra
no podrán ser los ecos vagabundos
voces de las quimeras insepultas,
en la olvidada tradición ocultas?

XV

Ecos de las montañas, romped francos
en palabras: narradme los misterios
de las crestas, cavernas y barrancos
do han dejado al pasar reinos e imperios
pardos escombros y esqueletos blancos
de alcázares, castillos, monasterios:
mansión de vivos en la edad pasada,
y hoy de sombras poéticas morada.

XVI

Ya va a ponerse el sol: ya centellea
sobre la curva colosal del monte,
cuya silueta ante su luz negrea
como el monstruoso lomo de un bisonte
gigantesco e inmóvil...; ya sombrea

la cavidad azul del horizonte
con su niebla el crepúsculo...; ya inerme
se echa en su nido el águila...: ya duerme.

XVII

Forma, color y luz de luna toma,
libre ya del fulgor del sol ausente;
y lo que él abrasó por valle y loma
platea su luz fresca y transparente.
La flor da al aura su nocturno aroma,
su frescura a la atmósfera la fuente;
el cielo es una tienda de reposo,
la tierra un lecho blando y aromoso.

XVIII

Es una noche que abrirá a la aurora
los capullos que abril nutrió fecundo:
una noche esplendente, inspiradora
de ascético fervor o amor profundo.
¡Ecos de las montañas, es la hora
de vuestra libertad, vuestro es el mundo!
¡Ea!, bajad de la montaña umbría
y llenad las llanuras de armonía.

XIX

Descended: yo os evoco; yo os lo mando:
Dios esta noche a mi poder sujeta
la vaga voz de vuestro errante bando.

Para, de ecos perdidos turba inquieta,
y en sus oídos al posar parando,
lo que dices al aire, di al poeta.
¡Ah!, ya sumisos a mi voz os siento
venir... ¡Ecos..., me habláis! Estoy atento.

XX

Habladme... ya os comprendo... casi os veo
de la móvil calina en las marañas
de ráfagas, que en raudo serpenteo
hace y deshace el viento en sus extrañas
locas ondulaciones!... Mi deseo
se cumple. —¡Ecos que hervís en las entrañas
de las rocas que dan al Pirineo
su diadema de rey de las montañas,
sed los primeros cuyo son perdido
un secreto de amor fíe a mi oído!

—

Diez siglos hace ya que esta leyenda
pasó; la misma edad que Barcelona,
de independencia señorial en prenda,
lleva en su frente la condal corona.
Yo se la escribo como pobre ofrenda
que mi fe prueba y mi palabra abona:
granillo que acarrean mis afanes
a la mies de los fastos catalanes.

Le he sembrado, al volver de tierra extraña,
de la mía natal en la frontera,
cuando al besarla al pie de la montaña
me hinqué del Pirineo.–¡Dios no quiera
que vuelva nunca a abandonar a España...;
mas si me pierdo de mi patria fuera,
no quiera Dios que se me pierda el grano
que en tierra tan leal sembró mi mano!

Capítulo I de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

I

¡Perpetuo afán es del hombre
volverse a mirar su sombra,
en el libro de la vida
volviendo al revés las hojas!
¿Por qué? —Porque, a cada paso
que va dando hacia la fosa,
sus dichas por el camino
va perdiendo una tras otra,
y sintiendo a cada paso
que una ilusión le abandona,
como un amante vendido
a verlas huir se torna.
Mas según las va perdiendo
le parecen más hermosas,
porque el tiempo y la distancia

con luz mejor se las doran.
Porque son distancia y tiempo
dos cristales que coloran
lo que por ellos se mira
con luz tan artificiosa,
que las manchas desvanece,
las imperfecciones borra,
cambia en rosal el espino
y el monstruo en ángel transforma.
Tiempo y distancia en sus cuadros
a las figuras históricas
de toda miseria humana
purifican y despojan:
y el hombre en mirar los cuadros
de la edad pasada goza,
porque en ellos ve tan solo
poesía, luz y gloria.
He aquí por qué nuestra vida
suele pasársenos toda
en anhelar esperanzas
y en acariciar memorias.
El pasado engalanamos
del tiempo presente a costa,
y siempre mejor creemos
el de entonces que el de ahora.
He aquí por qué los poetas,

cuyas almas perezosas
las miserias de la vida
desesperadas soportan,
la poesía en el campo
de lo pasado colocan,
y en el de su tiempo sólo
las miserias y la prosa.
Lo pasado es la querida
ausente, embelesadora,
como la flor perfumada,
como el ángel luminosa:
lo presente, por desdicha,
es como la mujer propia,
que anubla su poesía
con las miserias corpóreas.
He aquí por qué los poetas
al tiempo pasado adoran
y hojean con tal deleite
del tiempo viejo las crónicas:
porque las leen como cartas
que desde playas remotas
hacer llegar a sus manos
la ausente querida logra;
porque hallan no más en ellas
que frases encantadoras
y deliciosos recuerdos

que poesía rebosan,
en un papel con su cifra
que aun trasciende de su cómoda
al olor y al de la esencia
con que perfuma su ropa,
y en cuya haz se ve la huella
de sus manos primorosas
y que aún viene tibia y húmeda
del aliento de su boca.
He aquí por qué los poetas,
perdidos de su edad, bogan
por el golfo, relatando
las leyendas de las otras.

Y hacen bien; porque los años
son lo mismo que las rosas:
que, frescas, tienen espinas,
y secas, no más que aroma.

Poesía omnipotente,
que con alas luminosas
a través de las tinieblas
de los tiempos te remontas,
que vas a cerner tu vuelo
en la purísima atmósfera
del cielo en que las quimeras
de la edad pasada flotan,
llévame a su edén poético

donde sin espinas brotan
sólo rosas con que hacernos
ramilletes y coronas.

Es el castillo de Waifro
una mole arquitectónica
que parece por titanes
asegurada en las rocas.
Al mirarla desde el llano,
no se concibe tal obra
consumada en tal altura
sino por arte diabólica.
El lugar en que está puesta,
la elevación prodigiosa
de sus muros y sus torres
y el trecho en que se prolonga,
recuerdan los monumentos
de aquella edad fabulosa
en que escalar quiso el cielo
la osadía babilónica.
Fábrica de varias épocas
y de gente poderosa,
de castillo y de palacio
al mismo tiempo blasona.
Los anchos patios que abarca;
los aljibes que sus losas
ocultan, embovedando

sus cavidades recónditas;
los ventilados depósitos
en que sus granos entroja;
los almacenes en donde
víveres y armas acopia;
las extensas galerías
en que aposenta sus tropas
cuando el pabellón de guerra
en sus torres se enarbola;
sus defensas formidables,
la refinada y fastuosa
comodidad de las cámaras
en que a sus dueños aloja,
dan al castillo de Waifro
no sé qué faz misteriosa
que le hace a la par objeto
de admiración y zozobra.
En paz, se le cree de una hada
pacífica y bienhechora
el kiosco fresco en el cual
no se concibe que se oigan
en el silencio nocturno
más que arrullos de palomas,
sabroso rumor de besos,
de brindis, arpas y trovas.
En guerra, parece el cráter

del volcán en donde forja
el genio de las batallas
sus máquinas destructoras.
No se oyen en él más ecos
que los de la voz furiosa
de la pelea, el incendio
y la venganza y la cólera.
Castillo y palacio, al par
en guerra y en paz asombra;
y de él da el vulgo noticias
tales, tan contradictorias,
que a creer lo que se dice
del castillo en pro y en contra,
para infierno y paraíso
ni le falta, ni le sobra.
Maravilloso edificio
a cuya construcción sólida,
a cuya grandeza regia
y a cuya esbeltez graciosa
contribuyeron a espacios
la arquitectura de Roma,
la de la muelle Bizancio
y la africana y la goda,
encierra cuantas ventajas
a su construcción reporta
de las cuatro arquitecturas

la amalgama en una sola.
Anchos fosos le rodean,
que de agua abundante colman
los manantiales que bajan
de las cumbres nebulosas.
Veinte aspilleradas torres
a sus muros eslabonan
almenadas galerías
que en gruesos cubos se apoyan.
De su recinto en el centro
gallardean orgullosas
las torres del homenaje,
que edificio aparte forman.
Capiteles las rematan,
cupulillas las coronan,
botareles las aislan
y arabescos las adornan:
y en su pabellón soberbio
sus nobles señores moran
en aposentos que el lujo
más espléndido decora.
Sus salones de homenaje,
sus camarines y alcobas
cubren cúpulas y domos
cuyas atrevidas bóvedas
fustes caprichosos cintran,

dobles istrias acordonan,
sueltos pilares sustentan,
caladas cornisas orlan.
Entra el sol en sus estancias
por ventanas espaciosas
romanas y bizantinas,
cuyos limpios arcos doblan
y triplican las columnas
que sus cavidades cortan
a manera de ajimeces
como los de Fez y Córdoba.
Ricas vidrieras las cierran,
cuyo artífice geómetra
con líneas que el ojo pierde
trazó en ellas minuciosa,
laberíntica y prolija
combinación, tan armónica
que se admira, pero no
se detalla ni se copia.
Los vidrios, que en estos múltiples
varillajes se encajonan
en imperceptibles álveos
que por dentro les emploman,
están pintados de vivos
colores, que nunca borran
ni el sol que les achicharra,

ni la lluvia que les moja,
ni el hielo que les destempla,
ni el viento que les azota,
ni el polvo que les entrapa,
ni el tiempo que les perdona.
Cuando del sol por defuera
les hiere la luz, y arrojan
en el interior los vívidos
resplandores que de él toman,
focos de incendio parecen,
cascadas de llamas rojas,
cataratas de oro y púrpura,
de hornos encendidos bocas,
cuyas reverberaciones
los muebles y las alfombras
ciñen, lamen y acarician
con sus lenguas flameadoras.
Sus fugitivos reflejos
van a perderse en las lóbregas
chimeneas, en los negros
rincones y en las redondas
líneas de los pasamanos
de las escaleras combas,
cuyas espirales rápidas
se retuercen y se enrollan
a manera de flexibles

y descomunales boas
que el pavimento, girando
sobre sí mismas, perforan.
Las terrazas de sus muros
y sus adarves festonan
marañas de enredaderas,
clemátides y gayombas.
Incopiables perspectivas
alegran sus plataformas
con vistas, luz y aires tales
que los ojos enamoran,
el alma triste recrean,
hacen más breve las horas
y hacen más larga la vida,
pues cuerpo y alma confortan.
Este castillo titánico,
esta fábrica ostentosa,
baluarte y palacio a un tiempo,
propiedad a un tiempo y obra
de una raza (que aún no hace
en el que pasa esta historia
veinte años que se ceñía
en la frente una corona),
está sentado en las cumbres
de las montañas boscosas
del Pirineo, que parten

las fronteras españolas.
Su torreón de homenaje,
que hay quien cree que al cielo toca,
domina extensión tan vasta
de las dos naciones próximas,
que alcanza en la Galia a ver
las llanuras de Tolosa,
en España casi espía
por sobre Urgel a Gerona,
y por cima de la sierra
que va a expirar en la costa,
divisa en gálico golfo
como una niebla que flota.
Este castillo tan vano
como una coqueta hermosa,
desde su altura se mira
de un lago azul en las ondas;
y el agua, que siempre ha sido
traviesa, falsa y burlona,
al reporoducir su imagen,
de su vanidad se mofa,
porque al repetir sus líneas,
de abajo arriba las toma,
y su hermosura le muestra,
pero su imagen trastorna.
Este lago, que se ceba

con los millares de gotas
con que hace la nieve arroyos
de corrientes saltadoras,
tiende en dos leguas de anchura,
medidas a la redonda,
sus riberas, a pedazos
estériles o frondosas.
A trechos su agua profunda,
muda e inmóvil, se agolpa
sobre vertical peñasco
que tenaz la amalecona;
a trechos en las raíces
de las encinas añosas
labra, sin cesar batiéndolas,
espuma burbujadora;
y a trechos, en fin, metiéndose
entre juncos, algas y ovas,
les mece inquieta y susurra
salpicándoles de aljófar.
Después que en su inmensa taza
murmura, salta, retoza,
ondea o duerme a capricho,
sosegada o juguetona,
su agua azul se abre salida
por una rotura angosta
que la encauza sobre un álveo

que en un canal la transforma;
y por él, entre la doble
orilla que la aprisiona,
de aquella opresión quejándose
como una niña mimosa,
camina haciendo recodos
por entre las peñas broncas,
con corriente imperceptible,
pero cada vez más honda.

Tal el castillo de Waifro
mil años ha que en las rocas
del Pirineo ostentaba
su grandeza faraónica.
Tal, al despertar el mundo,
mil años ha que la aurora
su primer luz, como un beso
le mandaba cariñosa.
Tal por la noche ha mil años
que en pabellones de sombra
le encerraba la montaña
como su madre a una novia.
Par no tuvo en hermosura
ni en fortaleza: mi tosca
poesía no ha podido
en estas rimas monótonas
dar de él la más pobre idea,

porque es una idea loca
basar sobre versos fábricas
que los siglos desmoronan.
Bella fué la del castillo
de Waifro: mas, ¡ay!, no hay cosa
bella en la tierra sin mancha,
y su mancha era su historia.

Capítulo I de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

II

Hay razas sobre las cuales
la maldición de Dios pesa,
y donde ponen la planta
desaparece la hierba.
En vano a sus individuos
fortuna y naturaleza
dan amigos, poder, oro,
fe, valor, genio y prudencia:
no hay prudencia que les baste,
genio que a su sino venza,
valor que les dé victoria,
ni fe que se les mantenga,
ni oro que empleen con fruto,
ni poder que les dé fuerza,
ni amigos que les sean fieles,

ni sol que a mirar se vuelvan,
ni pan que les dé alimento,
ni suelo que les sostenga,
ni tierra que les dé tumba,
ni ojos que lloren sobre ella,
ni almas que sobre ella recen,
ni manos, en fin, ni lenguas
que de la calumnia póstuma
su fama y honor defiendan.

Esas razas por el mundo
cruzan como los cometas,
dejando tras sí como éstos
su cauda roja, una huella
negra en su patria, en la historia
una figura siniestra,
y en la estirpe de que nacen
baldón, deshonra y vergüenza.
La memoria de estas razas
las historias adulteran,
la tradición la enmaraña,
la torna el vulgo en conseja;
y si un poeta la exhuma
y saca a luz su leyenda,
es un testimonio falso
sin firmas, sellos ni fecha:
un cuento que a nadie importa,

una voz que a nadie llega,
un eco que el aire apaga,
un fanal que ahoga la niebla,
un alminar sin muecines,
un instrumento sin cuerdas,
una aguja sin imán,
un barquichuelo sin vela,
una rosa sin perfume,
una carta sin respuesta,
un cantar sin estribillo
y un ave sin compañera.
Porque esas razas malditas
que, cuando el campo atraviesan
de la vida, ni un ruin árbol
para sombrearse encuentran,
no hallan después de extinguidas
ni quien evocarlas sepa
tras el cendal de una fábula,
como unas sombras chinescas;
porque esas razas sombrías
tan mala sombra proyectan,
que dan mala sombra a un libro...
La de Waifro es una de ellas.

Capítulo I de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

III

Roma sentía escapársele
de las manos la cadena
con que amarraba a los pueblos
al carro de su soberbia:
sus provincias se trocaban
de esclavas suyas en reinas,
y las que sus pies besaron
se erguían en su presencia.
Los francos, como manada
de lobos, hicieron presa,
al abandonarlas Roma,
en las Galias indefensas;
y Eudes, duque soberano
de Aquitania y de Provenza,
que las tenía por Roma

para él y su descendencia,
vió al franco, dragón naciente
enroscado en sus fronteras,
empezar a abrir sus alas
y a desenroscar sus vueltas.
La Francia, dragón que a Eudes
creyó oruga y vió culebra,
avanzó sobre Aquitania
amenazando comérsela;
y Eudes, viéndole venir
sobre él las fauces abiertas,
le echó atrevido en la boca
nutridos haces de flechas.
El aguijón de la oruga
sintió el dragón con sorpresa;
mas resuelto a devorarla,
se preparó a la pelea.
El dragón era más fuerte,
la serpiente más mañera;
fué larga y tenaz la lucha
entre la maña y la fuerza.
Eudes ten a su espalda
del Pirineo en las selvas
su castillo, inexpugnable
en su salvaje aspereza.
Vencido, mas no rendido,

dos veces dejó sus tierras
de Carlos Martel en manos,
acogiéndose a las breñas.
Repuesto en ella dos veces,
bajó al campo la tercera:
pero por fin la corona
compró con su independencia.
Hizo homenaje a los francos,
y fué en su fortuna adversa
a encerrarse en las murallas
de su oculta fortaleza.
Gastó en ella sus tesoros
para asegurarse en ella,
y a su muerte su hijo Hunaldo
la recibió con su herencia.
Eudes murió en su castillo
tremolando su bandera,
león que herido de muerte
va a expirar a su caverna.
¡Tal es nuestra raza humana!
Los odios de raza dejan
en el alma de los hijos
los padres que les engendran.

Hunaldo ofreció tres veces
al rey Carlos obediencia,
y otras tres, como su padre,

se alzó en rebelión abierta.
Como él se acogió en su fuga
del Pirineo a las crestas,
como él en aquel castillo
enterrando sus riquezas;
llegando superstición
a ser de esta raza inquieta
creer que estaba adherida
su fortuna a aquellas piedras.
Hunaldo, el más fiero apoyo
de la dinastía vieja
de los reyes merovingios,
gastó en él sumas inmensas:
y cuando, después de ocho años
de encarnizada contienda,
derrotado por los hijos
de Carlos Martel en Neustria,
renunció al poder y al mundo
metiéndose en una celda,
su hijo Waifro en el castillo
vió la joya de su hacienda.

Waifro sucedió a su padre,
mas a la dobre cadena
amarrado que el rey franco
le dejó en el cuello puesta.
Su padre Hunaldo en el claustro

y su hijo Lupo en la regia
servidumbre, respondían
de su fe con sus cabezas:
y Waifro a estas dos argollas
amarrado, en la impotencia
de rebelarse, tascaba
su freno en calma colérica;
y estos dos recios anillos
que las manos le sujetan
para romper, confiaba
de la fortuna en las vueltas.
Para ocultar su coraje
y distraer su impaciencia,
volvió al castillo los ojos
como a la luz de su estrella:
y el oro del padre Hunaldo
y la mitad de sus rentas
empleó en hacerse de él
la más fastuosa vivienda.
Waifro, en las vicisitudes
de su vida romancesca,
corrió con su inquieto padre
desde niño adondequiera
que alzaron contra los francos
una lanza o una enseña,
ya el longobardo en Italia,

ya Taxilón en Baviera,
ya en España los alarbes;
en suma, por donde opuesta
a Francia quedó en Europa
la comarca más pequeña.
Waifro, observador curioso,
engrandeció sus ideas
en sus peregrinaciones;
y en sus montañas de vuelta,
recordó cuanto vió bello
en las marcas extranjeras,
y echó menos la hermosura
donde halló de más la fuerza.
Recordó aquellos alcázares,
castillos, puentes, iglesias,
obeliscos y acueductos
de Italia, Bizancio, Iberia
y Alemania; los detalles
recordó de sus diversas
arquitecturas: tan noble
la romana, tan esbelta
la gótica, tan suntuosa
la bizantina, tan fresca
la árabe, tan extremada
en primores, tan aérea...
Y dar de su alcázar quiso

solidez a la belleza,
de los primores de todas
los detalles añadiéndola.
Estucó sus camarines,
balaustró sus escaleras,
cintró sus embovedados,
labró sus macizas verjas,
apilaró las crujías,
apretiló las mesetas,
transformó, en fin, su castillo
en la mansión más risueña,
de ligereza y de gracia
dándole tal apariencia
que, dejándole castillo
sólido, hizo en él que fueran
miradores las ventanas,
rosetones las lucernas,
botareles los estribos,
belvederes las almenas,
chales colgados los puentes,
galerías las poternas,
y las torres alminares,
y peristilos las puertas,
y los adarves pensiles,
y las explanadas huertas,
y tapices las murallas,

y juguetes las defensas.
Mas Waifro morar no pudo
en mansión tan opulenta;
porque, al ascender al trono
Pepino el Breve, en las fiestas
de su advenimiento, Lupo
huyó, y como una tormenta,
del castillo de su padre
llegó una noche a las puertas.
Lupo y Waifro de venganza
teniendo el alma sedienta,
libres al verse, soltaron
a su coraje las riendas.
Lupo de su padre Waifro
puso a la cólera espuelas,
la ocasión ante el deseo
pintándole como buena
para cobrar la perdida
soberana independencia,
de los Estados del Norte
a favor de las revueltas.

Waifro, el cuerpo entumecido
desarrolló a tales nuevas,
como al balido del corzo
sus anillos la culebra.
Sacudió al aire los brazos

como el león la melena,
y a su torre de homenaje
como aparición siniestra
asomándose, a los labios
llevó su trompa, y en ella
con todo el pulmón soplando,
lanzó su señal de guerra.
Los ecos de las montañas
le echaron en las praderas,
y en la Aquitania un soldado
evocó tras cada piedra.
Todo el odio de su raza,
amasado en la vergüenza
de su antiguo vencimiento,
hizo de ellos dos panteras.
Lupo, duque de los vascos,
les hizo cruzar por sendas
salvajes el Pirineo;
y de ellos a la cabeza
el padre y el hijo, ocho años
sostuvieron la pelea
sin vencer ni ser vencidos
y con encono de hienas.
Al fin, ¡ay!, su sino infausto
dió de la fortuna ciega
una vuelta repentina

a la revoltosa rueda.
Los francos les incendiaron
el Berry, entraron la Auvernia,
talaron del Lemosín
los viñedos y las vegas;
y Waifro, rendido no,
mas agotadas sus fuerzas,
desmanteló sus ciudades
desde el Bearn a Angulema;
envió a Lupo con sus vascos
más allá de sus fronteras,
y se metió en sus montañas
como el león en su cueva.
Los francos no osaron nunca
seguirle por las veredas
de las montañas; y Waifro
con soberana fiereza
siguió izando en su castillo
su independiente bandera,
rey libre de la montaña
cuyos lugares le pechan.
Waifro, del triunfo del franco
como viviente protesta,
cazaba por los breñales
y andaba en su fortaleza
con caballo encubertado,

blasonada sobrevesta,
manto ducal en los hombros
y corona en la cabeza.
Pero Waifro salió un día
de su castillo, y la tierra
debió tragarle, pues nunca
dió a su castillo la vuelta.

Capítulo I de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

IV

Un año después, subiendo
de un cerro la áspera loma,
que el solitario recodo
de un brazo del lago acota,
adelantaba un jinete
por la soledad recóndita,
tal vez buscando una senda
borrada, perdida o rota.
Alumbra el país inculto
con tibia luz melancólica
que va desgarrando a espacios
los celajes que la entoldan
un plenilunio de mayo,
que en la tierra pedregosa
del silencioso jinete

dibuja la móvil sombra.
Éste es, vigoroso y ágil,
un hombre que su persona
de pies a cabeza envuelve
en las mallas de una cota.
Toca su erguida cabeza
con una ducal corona,
bajo cuyo guardacuello
grises cabellos asoman.
No más de espada y merced
va armado, y caparazona
de malla no más las ancas
del tordo corcel que monta:
cual si fiando de frente
en sus manos poderosas,
tan sólo se recelara
de acometida traidora.
La luna, que sus contornos
de espléndidas líneas orla
rielando de sus mallas
en las bruñidas argollas,
le presenta circundado
de una especie de aureola
que parece, desde lejos,
luz de su figura propia;
figura de acero, dura,

siniestra, amenazadora,
digna del agreste cuadro
en donde campea sola.
A sus pies se extiende estéril
una cuesta rocallosa,
que accidentan sólo peñas
de aridez desoladora.
A su frente empaña el lago
con sus vapores la atmósfera,
donde incansables se ciernen
las cenicientas gaviotas.
A su derecha, el castillo,
entre la niebla brumosa,
con líneas negras y rudas
el azul del cielo corta;
y en su torre del vigía,
y en la de aquella más próxima,
dos luces que arden anuncian
que velan los que en él moran.
El caballo, cuyas riendas
el caballero abandona,
no sintiéndose regido,
va con marcha perezosa
avanzando cuesta arriba;
pero no bien la trasmonta,
enarca rígido el cuello,

los firmes jarretes dobla,
sobre las manos se planta,
las orejas encapota,
ventea, y fija en un punto
la pupila recelosa.
El jinete, enderezándose,
en los estribos se apoya
y en rededor suyo tiende
mirada escudriñadora.
Allá, al pie de los peñascos,
cerca del agua, le chocan
informes bultos, que son
los que a su caballo asombran.
Los temerosos objetos
de que aún no alcanza la forma,
mientras su caballo esquiva,
él con la vista devora.
De pronto una idea súbita
le asalta: al corcel acosa;
resiste el bruto; le clava
los dos acicates; bota
el animal, no avezado
a ayuda tan rigorosa,
y entre los bultos, de un brinco
bufando a su amo coloca.
Los bultos son dos cadáveres

que aún tienen de carne y ropa
restos y harapos asidos
a la osamenta asquerosa.
Las de dos caballos yacen
con ellos, lo cual denota
que allí les dejaron muertos
manos y almas alevosas.
Los buitres han devorado
las bestias y la persona
del uno, a quien mal guardaban
vestiduras poco sólidas.
El otro conserva encima
del busto su carne momia,
merced a una recia malla
que aún se le adhiere mohosa.
Llegóse a aquél el jinete:
mas como se le avizora,
medroso de él, su caballo
y le obliga a que se ponga
junto al cadáver, el bruto
al encabritarse toca
con el casco herrado y mueve
la seca osamenta cóncava.
Al golpe y al movimiento,
la calavera redonda
dejó de sí desprenderse

el aro de una corona.
Vióle rodar el jinete
con tan profunda congoja
como si viera a sus plantas
una sierpe venenosa.
Rodaba el aro hacia el lago;
mas él, que a tierra se arroja,
antes que en el agua caiga
con ambas manos le toma.
Examinóle, y frotóle
con la piel de sus manoplas:
de una corona ducal
era el círculo; las hojas
le faltaban, mas tenía
las nueve perlas valiosas
que para la de Aquitania
regaló a sus duques Roma.
Al conocerla el incógnito,
rugió como una leona
que halla su cachorro muerto
cuando a su caverna torna.
«¡Waifro!», exclamó con un grito
de ira y angustia tan hondas
que debió oírle el cadáver
por quien le lanzó su boca:
«¡Waifro!..., ¡hijo mío!..., añadió,

¡maldita sea la hora
en que me volví en el claustro
al Dios que nos abandona!
¡Alma de Waifro insepulto,
la de tu padre te evoca!
¡Ven conmigo por la tierra
de tu raza vengadora!
¡No perdonemos jamás
a quien nos mata y deshonra!
¡No perdonemos nosotros
a quienes Dios no perdona!»
Dijo, y su corona echando
del lago oscuro en las ondas,
se encajó la del cadáver,
montó y se perdió en la sombra.

Capítulo I de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

V

Hay razas que condenadas
vienen a la tierra ya
a ser tragadas por otra
que de ellas marcha detrás;
y por más que ellas caminen
con rauda velocidad,
la que camina tras ellas
siempre avanza mucho más.
Su fe, poder y constancia
huella su fatalidad,
y se pierden como el polvo
al soplo del vendaval.

Hunaldo y Lupo, modelos
de constancia y fe tenaz,
atletas vencidos siempre,

pero rendidos jamás,
tornaron por la vez última
la Europa a insurreccionar
contra los francos, con fiera
y heroica terquedad.
Palanca de su venganza
hacer supo perspicaz
su astucia de cuanto puede
las pasiones exaltar;
y con firme pertinacia,
con cauta sagacidad
y diabólica doblez
la lograron combinar.
Tras largas noches de insomnios,
tras largos días de afán,
de azarosísimos viajes
hechos de extraño disfraz
a favor, de oscuras tramas
próximas siempre a abortar,
nudo a nudo aseguraron
la espesa red de su plan.
Poco con él importábales
el porvenir arriesgar
del cristianismo, encender
la discordia universal
y degollar sin escrúpulo

de la Europa la mitad,
con tal de vengar a Waifro
y a los francos de humillar.
No quedó príncipe, duque,
ni conde, ni capitán
que de los francos tuviera
qué temer o qué vengar,
cuya chispa de odio o miedo
no supieran en volcán
convertir Hunaldo y Lupo
con su destreza infernal.

Una tarde en la espesura
de una selva secular,
a cuyo centro recóndito
pinos resinosos dan
toldo, rumores, aroma,
secreto y seguridad,
Hunaldo y Lupo juntaron
diez jefes de sangre real,
un pacto de odio y venganza
en sus manos a jurar
con que alcanzar de una vez
sepultura o libertad.
Solo acudió cada uno,
por su senda cada cual,
con sed de sangre en el alma,

bajo atavíos de paz.
Dejando cada uno oculta
escasa escolta leal,
entró en el bosque mostrando
de su estirpe y dignidad
las insignias francamente,
como quien resuelto va
a arriesgar todo por todo,
prevenido a todo azar.
Y fué una escena diabólica,
en cuyo éxito quizá
tomó parte por Hunaldo
el poder de Satanás;
porque Hunaldo conspiraba,
con Francia por acabar,
hasta en pro del paganismo
y contra el poder papal.
Y Hunaldo con la vehemencia,
que solamente es capaz
un odio a muerte en un alma
cual la suya de inspirar,
y Lupo con elocuencia
doble, insidiosa y sagaz
de su lengua de sirena
y su intención de chacal,
en la alma de sus aliados

acertaron a infiltrar
de su odio feroz de raza
la acre ponzoña letal.
La impresión de aquella escena
romántica al calcular,
contaron con la del vino
generosa calidad;
y de oro y licor vertieron
tan generoso raudal,
entre brindis y cantares
de venganza y libertad,
que al poner fin con la tarde
a su regia bacanal
pudieron Hunaldo y Lupo
con ejércitos contar.
A izar iban otra vez
su bandera señorial:
ya eran jefes; ya eran fuertes
otra vez en tierra y mar.

Sobre su tordo fogoso,
lanzando otra vez audaz
su grito de guerra al viento
de un himno báquico a par,
Hunaldo, a la luz ya incierta
del crepúsculo fugaz,
de sus aliados al frente

volvió el bosque a atravesar.
Ellos, tras él arrastrados,
repetían de él detrás
sus pasos descompasados
y sus cantos sin compás;
y lanza en mano, en las crines
asegurándose mal,
y con carcajadas de ebrios
y de ebrios con ademán,
con el ruido de un pedrisco
que lanza la tempestad,
como remolino de hojas
que arrebata el huracán,
saltando matas y troncos,
a la luz crepuscular
van, torbellino de Hunaldo,
larvas de su odio voraz,
sin recordar lo pasado,
su porvenir sin sondar,
sin mirar adónde pisan,
sin saber adónde van.

Y Hunaldo llegó con ellos
a la Iglesia a amedrentar,
y vaciló Carlomagno,
pero un momento no más.
En Germania, Italia, España,

Francia, por tierra y por mar,
de Hunaldo y Lupo sobre ellos
cayó la fatalidad.
Los que una muerte no osaron
desesperada arrostrar,
de Carlomagno cayeron
bajo la planta imperial.
Hunaldo, con la increíble
y larga virilidad
de su voluntad de bronce
y sus fuerzas de titán,
murió apedreado en Pavía
por la furia popular,
excomulgado y cargado
con la maldición papal:
y la raza carlovingia
su trono al asegurar
le acuñó con los pedazos
de su corona ducal.

En el castillo de Waifro,
Lupo, después de encerrar
a su mujer y a una niña
a quien ésta el pecho da,
fué a tender a Carlomagno
emboscada en un breñal,
y le mató en Roncesvalles

de sus doce el mejor Par.
Carlomagno, despechado
por la muerte de Roldán,
entrampó a Lupo y le hizo
cual lobo rabioso ahorcar.

Raza infeliz en quien rudo
pesó el castigo de Adán
y en quien se cebó implacable
la injusta fatalidad:
raza a quien hizo la historia
por vencida criminal,
aunque sucumbió en defensa
de su tierra y libertad:
raza a quien ni los romances
quisieron patrocinar,
pues otros nombres y origen
a su casa y gentes dan,
dejó tras sí una azucena
cuyo aroma virginal
quisiera que en estas hojas
se pudiera respirar.
Una doncella..., no, un ángel
de amor que en cuerpo mortal
vino al castillo de Waifro
a amar, sufrir y expirar.
Una hurí cuya poética

leyenda tradicional
los ECOS DE LAS MONTAÑAS
me han venido a mí a contar.
¡Feliz yo si su relato
de estas hojas por el haz
lograra extender, por ellas
haciéndole resbalar
como un arroyuelo límpido,
cuyo sonoro raudal
lame la arena y el césped
que lecho y sombra le dan!

Capítulo II de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

I
Buscad hoy por las rocas y breñales
del Pirineo catalán los restos
del castillo de Waifro: las señales
en el aire buscad de sus enhiestos
torreones y muros colosales
tras de sus puentes levadizos puestos...
sobre ellos han pasado como furias
las razas sin piedad de diez centurias.

II
Allí do los macizos torreones
se burlaban del ímpetu del viento
y a través de huracanes y turbiones
miraron sin temblar al firmamento,
hoy anidan las águilas y halcones,
vegeta apenas musgo amarillento
y un invierno glacial lo que halla en sombra

con eternos carámbanos alfombra.

III

Rastro que no hay ya de su feudal grandeza:
la estirpe real que le habitó en los días
en que la acción de mi relato empieza
dejó sus restos en las algas frías
de un lago seco ya, y en la maleza
que enmarañan punzantes y bravías
húmedas tobas y carrascos secos
do va el viento a exhalar lúgubres ecos.

IV

Aquellos fieros duques aquitanos
que allí alzaron audaces los postreros
su voz y su pendón de soberanos;
la princesa gentil de ojos parleros,
cabellos de oro y nacarinas manos,
que en el césped dejó de sus senderos
la casta huella de sus pies enanos
y en el aire sus ayes lastimeros;

V

la última grey de servidores fieles
que la guardaba en su postrer asilo;
los azores, neblíes y lebreles
con que cazaba en torno del tranquilo
lago, que de sus cañas y reteles

pesca a su vez suministraba al hilo:
todo aquel resto de ducal grandeza
que rodeó su virginal belleza

VI

¿qué son? Polvo no más que esparce el viento;
rumores de la atmósfera vacía;
sombras que se dibujan un momento
en las hojas de un libro; poesía
del tiempo que pasó; germen de un cuento
hilvanado a la historia por la mía:
son, poesía, sombras, polvo y germen
que en las tinieblas del pasado duermen.

Capítulo III de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

I

Veinte años después regía
Luis el Piadoso el imperio,
y el más profundo misterio
el castillo guarecía.

Guardábanle las montañas
en su virgen espesura,
cual madre a la criatura
pedazo de sus entrañas.

Las selvas que de maleza
salvaje se enmarañaron,
de la tierra segregaron
de Waifro la fortaleza.

Enhierbados sus senderos,
no hallaron ya a él caminos

ermitaños, peregrinos,
juglares ni aventureros.

Y como a dar no volvió
de la tierra al poder guerra,
de su raza y de él la tierra
sin miedo ya, le olvidó.

¿Qué era de él? ¿Quién le vivía?
¿Quién alzaba aquel son vago
que despertaba del lago
ecos en la aura vacía?

¿De quién era aquel acento
que oyó algún pastor tal vez
la nocturna lobreguez
rasgar en alas del viento?

¿Por patios y corredores,
echadas de tierra y cielo,
lloran su eterno desvelo
las almas de sus señores?

¿Arrastran por sus incultos
bosques y oscuras crujías
tras sí sus almas impías
sus espectros insepultos?

¡Quién sabe! El aire a intervalos
exhala sones de vida

detrás de aquella extendida
cortina espesa de palos.

Mas lo que interrumpe a veces
de su silencio la calma,
no son lamentos de un alma
que pide póstumas preces;

no es el temeroso son
de la voz de las leyendas
con que puebla las viviendas
precitas la tradición:

es el rumor halagüeño
de un tierno cantar de amores,
como el de los ruiseñores
que guardan a la hembra el sueño.

Es la voz de un alma henchida
de tiernísima pasión,
que demanda un corazón
que abra el suyo a nueva vida.

Es la voz que a todo ser
infunde naturaleza
en cuanto el amor empieza
a sentir en sí nacer.

Es la frase no aprendida
que instintivamente sabe

la alma a quien la pena cabe
de querer y ser querida.

Es la voz de una mujer
que, su amor cantando, acata
la ley imperiosa y grata
de ser querida y querer.

¿Quién será la que a intervalos
canta, así de amor herida,
detrás de aquella extendida
muralla espesa de palos?

Capítulo III de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

II

Un día, al mediar el sol,
penetrando en la montaña
por el lado que da a España
del Pirineo español,

a través de las malezas
se abría a hachazos sendero
un robusto caballero
armado de todas piezas,

y a juzgar por el afán
que en enmarañarse tiene,
o huyendo de un riesgo viene
o a los alcances le van.

Dejado crecer acaso
para que se cierre a expreso,

no hay en el breñal espeso
rotura, brecha ni paso,

y se ve que en muchos años
no han buscado en él caminos
pastores ni peregrinos,
bandoleros ni ermitaños.

El caballero que explora
tal montaña, y que acomete
tal paso, en el que se mete
práctico tal vez no ignora.

Su vigoroso caballo,
que en secundarle no duda,
el bosque a romper le ayuda
con el bien herrado callo;

y de pechero y frontal
fiando en planchas y puntas,
con todas sus fuerzas juntas
trabaja el noble animal.

Con hacha, brazos y pecho
el jinete, y el caballo
con frontal, pechero y callo,
se abren paso y ganan trecho;

hasta que, entre la hojarasca
sumidos, sólo el rumor

muestra que ni su labor
cesa, ni su pie se atasca.

Y ya porque él no ignorase
el fin de la zona espesa,
o porque, loca, en su empresa
la fortuna le ayudase,

tras larga y penosa brega
consiguió salir a dar
al linde de un encinar
que acota un borde y que riega

un arroyo, el cual parece
que le circunda y le zanja:
coto de heredad o granja
a que el bosque pertenece.

Saltó el arroyo, y metiéndose
resuelto por la arboleda,
topó con una vereda
que poco a poco fué haciéndose

calle de árboles umbría
que, aunque inculta y enhierbada,
paseo llano o calzada
muestra que ha sido algún día.

Hoy corta su césped fresco
senda que sobre él se pinta,

como una greca de cinta
que parte un tapiz chinesco.

Por ella echando, y al brillo
de los últimos reflejos
del sol, alcanzó a lo lejos
por sobre el bosque un castillo;

y avanzando por la calle
de árboles hacia él de frente,
desembocó de repente
en un pintoresco valle.

El caballero podría
la espesura conocer,
mas de seguro, a mi ver,
el valle no conocía;

pues púsose a contemplar
con arrobamiento vago
de valle, castillo y lago
el panorama sin par.

Verdeguean por las lomas
las mieses y las legumbres;
se vuelven desde las cumbres
al palomar las palomas;

recogen por los oteros
sus rebaños los pastores,

y tornan los labradores
cargados con sus aperos.

Allá viñedos ocupan
lo que ayer broncos breñales;
aquí en huertos los frutales
ya florecidos se agrupan.

Allá donde el alma arredra
el abismo de un barranco,
con solo un ojo, de un tranco
le salta un puente de piedra.

Por bajo de él con estruendo
se precipita un torrente
que le está continuamente,
aunque en vano, sacudiendo;

y su honda barranca estrecha
bordea un ancho camino
que baja el trigo a un molino
que sus aguas aprovecha.

Todo acusa movimiento,
labor, cuidado, abundancia:
la montesina fragancia
perfuma el salubre viento,

y el lago undoso le entibia
del estío en los calores,

y con sus frescos vapores
el pulmón cansado alivia.

El caballero creyó
que allí moraba alguna hada
que, del edén desterrada,
allí un edén se labró;

y estuvo espacio no corto
contemplando en su belleza
valle, lago y fortaleza,
embebecido y absorto.

Y no pudo comprender
quién, cómo y para qué quiso
tan risueño paraíso
en tal desierto esconder.

«¿Quién será la hada dichosa,
se dijo, que este edén more?
¡Dichoso quien la enamore,
si es como su edén, hermosa!

Yo la veré.» Cual si un mago
realizara complaciente
su anhelo, vió de repente
salir del bosque, y del lago

avanzar por la ribera,
una dama coronada,

sobre una yegua montada
como una corza ligera.

Traía encapirotado
en su diestra un alcotán,
y el cuerpo en aire galán
en la silla colocado;

y traía en pos, en traje
de caza, un viejo sombrío,
dos mancebos de buen brío,
dos halconeros y un paje.

Quedó un punto el caballero
encantado contemplándola,
la agria subida mirándola
emprender por un sendero,

y como que era entendió
la dueña de aquel castillo,
otra senda, que al rastrillo
vió que guiaba, tomó.

Y de él la dama subía
sin apercibirse acaso,
mientras de intento su paso
él por los suyos medía:

de manera que al pisar
la plataforma ella y él,

del postigo ante el cancel
se vinieron a encontrar.

Contemplóle ella gran pieza
silenciosa, mas no esquiva,
y los de su comitiva
con acusada extrañeza.

Él a su vez contemplóla
con admiración tan franca,
que ella tornó su piel blanca
de azucena en amapola.

Mas como la situación
comenzase a ser violenta,
él de sí dándola cuenta
trabó así conversación:

—«Dama hermosa, perdonad
si un desconocido errante,
de vuestra puerta delante
os pide hospitalidad.»

La dama permaneció
aún un momento indecisa;
y luego, como con prisa
de excusarse, respondió:

—«Servíos vos de excusar
el silencio en que vacilo,

porque hospedaje ni asilo
no estoy hecha en ella a dar.»

Y aquí el caballero fué
quien a su vez vaciló,
de la razón que ella dió
no comprendiendo el porqué;

y siendo él quien es, y en sí
derecho habiendo sobrado
para ser bien hospedado,
el diálogo anudó así:

—«Creed que aunque solo vengo
y asendereado, tal soy
que a par con príncipes voy,
pendón alzo y hueste tengo;

mas no os enoje ni asombre
que mi nombre aquí no os diga,
porque en público me obliga
un voto a callar mi nombre.

—Calladle: que aunque no entiendo
cómo habéis llegado aquí,
lo que ignoráis vos de mí
saber de vos no pretendo.

—Hasta vos para llegar
bregué el bosque hasta romper;

mas por llegaros a ver
volvería a comenzar.

Y desde el punto en que he visto
vuestra beldad soberana,
de vos, noble castellana,
quién soy en velar no insisto.

Dar puedo mi nombre a quien
me dé un nombre al mío igual.
—Entrad: yo os daré uno tal
que esté junto al vuestro bien.

Y aunque es la primera vez
que mi nombre doy a un hombre,
dársele puedo a quien nombre
me pueda dar de igual prez.

—Si es mi demanda, señora,
importuna o temeraria,
la retiro. —Solitaria
he vivido aquí hasta ahora,

y como hospitalidad
nadie a pedir vino aquí,
el primero que de mí
la obtenga seréis: entrad.»

Picó, esto dicho, su yegua
que ya escarbaba impaciente,

y cruzó a galope el puente
poniendo al coloquio tregua.

Picó a su vez su corcel
el caballero tras ella,
y su séquito, tras él
picando, sobre su huella
marchó en sonoro tropel.

Tras ellos cayó el rastrillo
y alzóse crujiendo el puente;
y el crepúsculo amarillo
sumió en sombra lentamente
valle, laguna y castillo.

Y unos por otros después
de mis personajes tres,
la dama y el caballero
y otro a quien nombrar no quiero,
pensaban al par: «¿Quién es?»

¿Quién es la que nunca dió
a nadie hospitalidad?
¿Quién es quien se la pidió?
¿Quién el viejo que guardó
tan muda severidad?

Mientras sueña el caballero
en su lecho con la dama,
y ella en el audaz viajero

inquieta piensa en su cama,
vamos al viejo severo.

Capítulo III de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

III

Un poco antes que la luna
del horizonte saltase,
que era la del primer día
de un primer cuarto menguante,
por una poterna al foso
salió el viejo personaje
con dos lebreles, que pegan
el morro a sus calcañares.
Desató una balsa oculta
debajo de los sillares
que el umbral de la poterna
prolongan, quedando al aire,
y atravesó el foso en ella:
tras él los perros entrándose,
como bestias avezadas

a transporte semejante.
Ató la barca a otra argolla
aferrada a la otra parte:
tomó tierra allende el foso,
y echó hacia los encinares,
descendiendo por la senda
que lleva a la calle de árboles
por donde fué el caballero
a desembocar al valle.

Es un hombre alto y robusto,
de resueltos ademanes,
de barba gris, aguileña
nariz y ojos perspicaces.
Pisa firme, mira fijo,
lleva el cuerpo con buen aire,
la cabeza alta, y con garbo
de caballero su traje.
Éste es un jubón de paño,
sobre el cual ajusta al talle
una túnica sin mangas
con un ancho talabarte.
De él un puñal de *merced*
pende en un doble tirante,
y va una linterna sorda
presa en un gancho de encaje.
Un pantalón frigio viste

sus piernas correctas y ágiles,
que a la pantorrilla ajusta
con finas correas de ante.
Lleva sobre el hombro izquierdo,
haciendo extraño contraste
con las demás, una prenda
que va mal con su talante:
que es la manta o sudadero
que los de a caballo traen
bajo la silla de guerra
para que no le maltrate.
Un gorro de piel sin pluma
y unos borceguíes árabes
de este viejo de mi cuento
completan el equipaje.

Y el llamarle viejo no es
porque en realidad le cuadre
tal adjetivo: no sólo
no hay en él aún señales
de decrepitud, sino
que ostenta aún cualidades
de robustez vigorosa
y virilidad pujante.
Le llamo viejo, primero
por once lustros que le hacen
blanquear cabellos y barba;

pero las canas se sabe
que aunque madurez acusan
no enfermiza o débil carne,
pues más pronto que los años
encanecen los pesares.
Le llamo viejo además
porque, al ir a presentársele
al lector, de un modo u otro
es necesario nombrarle:
y el interés de la historia
no permite a este romance
dar de sus héroes los nombres,
sino señas personales.
Por eso a éste llamo el viejo:
y a quien no le contentare,
que le bautice a su gusto;
yo voy con él adelante.

Él, pues, con planta segura,
sin dudar y sin pararse,
siguió hasta donde el arroyo
sirve al encinar de margen:
mas al comenzar lo espeso
de los silvestres breñales,
cual si se desorientara
detúvose vacilante.
Silbó a sus perros, y a oler

la manta que lleva dándoles,
«¡hus!», dijo: y sin vacilar
partieron los animales.
Tras ellos bordeó el lindero
del embreñado ramaje,
hasta el sitio en que de muestra
vió a sus lebreles plantarse.
Fiado en su instinto, al punto
luz con la linterna dándose,
empezó a hacer del lugar
el más detenido examen.
Las huellas del caballero
y del caballo palpables
halló en la brecha por ambos
abierta en los matorrales,
sobre tal rastro podía
sólo un ciego descarriarse:
el paso del caballero
era por allí indudable.
Su brazo era poderoso,
su hacha pesada y cortante
y el corcel de grande empuje
con que el destrozo era grande.
Del examen satisfecho
y seguro del paraje,
cerró el viejo su linterna

con intención de tornarse.
Silbó a sus perros, mas ellos
callaron: volvió a silbarles,
y aullaron desde su puesto,
pero sin abandonarle.
«¡Hola!, dijo el viejo, hay caza;
y a los perros acercándose,
«*¡hus!,¡hus!*», les dijo, y los perros
en el matorral lanzáronse.
A poco oyó en la maleza
ladridos descomunales,
y luego rumor de lucha
cual si a una res acosasen.
«Diablos, ¡qué alimaña es esa!»,
dijo, a luchar preparándose,
el viejo, tirando al punto
del puñal que al cinto trae.
Mas de pronto y con asombro
oyó juramentos y ayes
de alguno que con sus perros
en la oscuridad combate.
Lanzóse al lugar de donde
el ruido y las voces salen,
y a la luz de la linterna
vió a un hombre que, revolcándose,
no impide, aunque se defiende,

que los perros le ataracen,
y que ya apenas rebulle
entre los dos que de él asen.
Contúvoles, y poniendo
la luz y el puñal delante
de los ojos del caído,
le dijo resuelto: —«¡Date!
—Me doy, respondió el que en tierra
mohino y mordido yace;
me doy: tened vuestras bestias,
y a levantar ayudadme.
—No te menees: espera
que pies y mano te amarre.
—¡Eso no! —Pues cenarán
carne mis perros. —...Atadme.»

Dejó el del castillo en tierra
la luz: bufó de coraje
el derribado entre aquél
y sus lebreles mirándose.
Con un cordón del justillo
le ató el viejo los pulgares
a la espalda, y con el cinto
le dijo, los pies atándole:
—«Por amor sólo o por odio
lo que tú hacías se hace:
tú sigues la pista a un hombre;

pues le buscas, quién es sabes.»

Calló el atado; y el viejo
de hito en hito contemplándole
volvió a decir, así diálogo
entre los dos entablándose:
—O me respondes, o dejo
que mis lebreles te masquen
el corazón. —¡Más valiera!
—¡No bravees! —No amenace:
dar carne cristiana a perros
es un pensamiento infame.
—Y será un hecho. ¿Respondes?
—¡Maldígaos Dios!... Preguntadme.
—¿Quién es el hombre a quien sigues?
—Un varón de alto linaje.
—¿Cómo viene solo? —Huyendo.
—¿De quién? —De los catalanes.
—¿Es su enemigo? —Es quien lleva
de un partido el estandarte.
—¿De cuál? —Del que en él tremola
los blasones imperiales.
—¿Y a cuál sirves? —A ninguno.
—No rodees ni dilates
tu relación: necesito
saberlo todo; despáchate.
—Oíd, pues. —Habla más bajo.

—¿Hay quien nos oiga? —¡Quién sabe!
Dicen que oyen las paredes,
bien pueden oír los árboles.»

Puso el viejo sus lebreles
del caído por guardianes;
mató la luz, y a su lado,
desnudo el puñal, sentándose,
colocó su atento oído
tan cerca del relatante,
que su relación no estuvo
más que del viejo al alcance.
Sobre ella se extendió el ruido
misterioso, indescifrable,
fantástico y melancólico
que exhala de noche el aire.
Ese son, conjunto vago
de esos rumores errantes,
de esos gérmenes de ruido,
cuyos miles de millares
componen la voz de Dios
que en las tinieblas se esparce:
y la llamamos silencio
por no comprender sus frases.

Alguna vez husmearon
y ventearon los canes
algo que en la oscuridad

debió acaso avizorarles:
mas se engañaron sin duda,
pues tornando a adormilarse,
tornó a envolver el silencio
la escena y los personajes.

Capítulo IV de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

Al mediodía siguiente,
del castillo en una cámara
que alumbran con luz espléndida
dos bizantinas ventanas,
ponen fin a la primera
comida de la mañana
los comensales y el huésped
de la misteriosa dama.
Alrededor de la mesa
y del caballero, se halla
cuanto forma su familia
y la encadena a la humana.
Entre ella y el caballero
los dos mancebos que, a caza
yendo con ella, volvían
con ella cuando él llegaba,
con muda atención están

pendientes de sus palabras,
sin perder una, siguiendo
las aventuras que narra.
Entre estos mancebos y ella
y dando al huésped la cara,
está el misterioso viejo
que escucha, medita y calla:
y no lejos sus lebreles,
que obtienen la confianza
y derechos de familia
por la ley con que la guardan.
Mientras los pajes retiran
el servicio y las viandas,
en su lugar colocando
los picheles y las ánforas;
mientras que los ministriles,
guzlas, chirimías y arpas
recogiendo, el aposento
a abandonar se preparan:
y mientras los comensales
oyen y el huésped relata,
en pie le escucha y contempla
la graciosa castellana.
Ésta que, aún niña, atropella
la cortesanía falsa
que a las conveniencias y usos

de la sociedad se adapta,
aún hace como una niña
los honores de su casa;
y como obsequiosa, inquieta,
da, pide, dispone y manda
a los pajes los objetos,
que a la bizantina sala
desde la repostería
por un caracol la bajan.
Benévola, como amigos
a sus servidores trata,
porque todos ellos siervos
o hijos de los de su raza,
o la han, viejos hoy, en brazos
mecido cuando mamaba,
o han sido, niños con ella,
sus compañeros de infancia.

Y ahora que están todos juntos
en buen lugar y a luz clara,
mientras que la servidumbre
va despejando la estancia,
vamos de mis personajes
las figuras y las caras
a detallar, dibujándoles
en cuatro líneas muy rápidas.

Ella... (y fuera del lector
injuriar la perspicacia
decirle que de mi cuento
es la heroína fantástica)
es, sin ser como heroína
de cuento beldad sin tacha,
un modelo primoroso
de donosura y de gracia.
Quiebran la luz sus cabellos
castaños de oro con ráfagas
que orlan su cabeza a veces
como una aureola santa.
La paz va escrita en su frente,
el pudor en sus miradas,
y conserva en su sonrisa
la candidez de la infancia.
Esta es tan fresca y alegre
que torna en cielo su cara;
cielo que alumbran sus ojos
como luceros del alba.
Su piel, cual de la azucena
la hoja, aterciopelada,
unida, tersa y sin pecas,
es intensamente blanca.
Bajo ella, como los juncos
se ven a través del agua,

la red sutil se percibe
de sus venas azuladas:
y en la modesta caída
de sus párpados de nácar
las niñas transparentándose,
parece que se la manchan.
Sus facciones son tan móviles
y su expresión es tan varia,
que de semblante parece
que con cada afecto cambia.
Su cabeza va en su cuello
con gentileza gallarda,
y sus hombros se derriban
airosamente en su espalda.
Su estatura, sin exceso,
mide más que la mediana,
y el conjunto de sus miembros
la proporción más exacta.
Su talle ondea y se cimbra
como la mies y las palmas,
y al ponerse en movimiento
se duda si flota o anda.
Un ampo como a la nieve
la circunda, y la acompaña
un aroma propio suyo
como a las marinas auras.

Todo en ella emanaciones
de virginidad irradia:
todo en ella es puro y virgen,
y lo más virgen es su alma.
No ha amado nunca: ha vivido,
paloma nunca apareada,
como en claustral aislamiento,
ignorante, libre cándida:
y todo es inmaculado,
puro cuanto de ella emana;
son castos sus pensamientos,
su fe y su lengua son castas.
Sus ideas en períodos
tan sin artificio vacia,
que hablar con ella es sentir
correr una fuente mansa,
y al brotar la melodía
de su voz en su garganta,
su boca parece nido
de ruiseñores que cantan.

El caballero es un hombre
que en los siete lustros raya,
y cuya belleza es tipo
de varonil elegancia.
El movimiento a sus miembros
lo fácilmente que manda,

la agilidad y la fuerza
que hay en su cuerpo señala.
Su cabeza desdeñosa,
naturalmente elevada,
revela que ante muy pocos
y pocas veces la baja:
pero la benevolencia
de que procura impregnarla
quita a su faz lo antipático
de una cerviz engallada.
Sus modales algo lánguidos
y su tez un poco pálida,
de vigilias o pasiones
la historia en su rostro marcan.
Por cortesano sus aires
señoriles le delatan,
y todo en él por sus hábitos
cortesaniles agrada;
y alegra su compañía,
su conversación encanta,
con sus frases favorece
y las voluntades gana.
En el trovar es maestro:
de cetrería y de caza
sabe secretos que sólo
príncipes tal vez alcanzan:

y en sus pláticas sus raros
conocimientos engarza
con tal discreción, que instruyen
sin pretenderlo sus pláticas.
Noble sin altanería,
franco sin bajeza llana,
de todos igual parece
cuando sobre todos se alza.
Aún no ha hecho en el castillo
más que unas horas de estancia,
y en él más que como huésped
como familiar se instala:
la conversación dirige,
y de mundo con gran práctica
sin preguntar averigua,
sin inspeccionar repara.
Dos horas ha ya que tiene
a la linda castellana
y a sus gentes de sus labios
pendientes y embelesadas;
y a pesar de haberles dado
detalles de una batalla
en que han sido él y sus huestes
derrotado y dispersadas,
tras de dos horas, en suma,
aún de sí no ha dicho nada,

ni ha revelado su nombre,
ni su empresa, ni su patria.
Noble, sagaz, poderoso,
versado en letras y en armas,
maestro en amor acaso
como en guerra y diplomacia,
tal vez cae en el castillo
como entre alondras el águila.
Tal vez su venida pese
a la hermosa castellana;
porque ella es noble, sencilla,
flor silvestre, niña cándida,
y él tal vez sus intenciones
con sus discursos disfraza;
tal vez las espinas cubre
con las flores que derrama,
y trae la miel en la boca
y la ponzoña en el alma.
¿Quién sabe? Con placer ella
sus ojos mantuvo incauta
sobre su faz escuchándole:
muchas veces la mirada
del narrador con la suya
se encontró mientras narraba:
muchas veces en su mente
evocó ideas extrañas

con frases cuyo sentido
su sencillez aún no alcanza,
y en su corazón vibraron
latidos que nunca daba.
¿Quién sabe? Poder extraño
ejerce la voz humana
sobre el corazón: la lengua
por el oído le habla,
y él por el oído escucha
la voz que al corazón pasa
por él; y en el corazón
la espera y comprende el alma.
Y la voz del caballero
escuchó la castellana;
y aquella voz que su oído
halagó, como si un arpa
de sus frases cadenciosas
la música acompañara,
puesto detrás de su oído
el corazón escuchaba.
¿Quién sabe? Del caballero
las maneras cortesanas,
de las gentes del castillo
las simpatías le captan.
Y aprender de él sus secretos
los cazadores aguardan,

el trovador nuevos motes,
novedades las muchachas,
los dos mozos pasos nuevos
en equitación y en armas,
y todos con él esperan
en el castillo mudanzas.
Tan sólo el viejo sombrío
le escucha, contempla y calla;
mas no es hombre el caballero
que sondar no sepa el agua
donde se echa, ni apartar
de su camino las zarzas,
lo mismo que supo abrírsele
por la selva con el hacha.

Mientras verbosa, voluble,
versátil y calculada
su plática a sus oyentes
distraía y fascinaba;
mientras que de sus modales
y sus formas la elegancia
mantenía embebecidos
a los que le contempaban,
él, observador profundo,
recogió al vuelo, excitándolas,
de todas las impresiones
para leer en sus almas.

En la faz de los dos mozos,
con el placer dilatándolas,
con el terror contrayéndolas
para mejor estudiarlas
en todas las expresiones,
vió claro que eran dos ramas
del tronco viejo, dos vástagos
que nutre la misma savia.
Francos, leales, sinceros
todavía, si prepara
sus corazones el viejo,
algún legado de raza
para recibir, o un cargo
ya de amor, ya de venganza,
su alma aún no le ha recibido
aunque a él esté preparada.
Los mozos, pues, no le inquietan:
para una danza de espadas
buenos, la materia bruta,
son de inteligencia escasa.
Mas en la sangre del viejo
percibe la perspicacia
del caballero un ruin átomo
bullir de desconfianza.
Consumado cazador,
al ver la excelente casta

de sus lebreles, con ellos
levantó sagaz la caza.
Los perros no se han llegado
a husmearle, y siempre en guardia
pendiente del viejo, están
de su persona a distancia.
Lebreles que no olfatean
a un extraño ni le ladran,
o ya han venteado su rastro
o mala intención le guardan.
Él, cazador, sabe bien
que un buen perro no se planta
huraño ante las caricias
de cazadores sin causa;
y él la mano en los lebreles
como en acción impensada
tendió, sin que ellos mostrasen
de corresponderle traza.
Luego han venteado su rastro:
y pues no les son simpáticas
sus emanaciones, dieron
sobre él a sus huellas caza.
Luego hay de él recelos, y hay
prevenciones a él contrarias,
por el instinto del perro
al cazador reveladas.

Con que ha sido una imprudencia
en un cazador de práctica
dejar que el hombre rastreado
a los lebreles rastreara.
Y así, viendo el caballero
que ha despejado la estancia
la servidumbre doméstica,
y que el porvenir le empañan
de desconfianza nieblas
que acaso un nublado cuajan,
sagaz determinó a tiempo
desvanecerlas soplándolas;
y despistando del viejo
la sagacidad taimada,
de la red que teje a oscuras
inutilizar la trama.

Interrumpiéndose, pues,
y abandonando su silla,
hincó en tierra una rodilla
de la doncella a los pies:

y así, con la gentileza
de quien la hinca solamente
galán y no reverente
a los pies de la belleza,

la dijo, depositando
un beso en la mano bella,
que besar le dejó ella
confusa y casi temblando:

—«Castellana misteriosa,
que en vuestro blanco castillo
parecéis en canastillo
de jazmines una rosa,

para bien agradecer
vuestro hospedaje y favor,
debo nombrarme, y mi honor
debe un voto de romper.

Hícele de no llevar
mi nombre hasta no vengarle;
mas no es llevarle dejarle
de un ángel en el altar.

Dignaos, señora, pues,
escucharle a solas vos;
y que me perdone Dios
si romper mi voto es.»

Dijo el cortesano: y viendo
a dama y viejo indecisos,
continuó al punto, sin visos
de repugnancia, diciendo:

—«Si escucharme en soledad
tuviereis por mal consejo,
un sacerdote o un viejo
que me oiga con vos mandad.

—Recordad que ayer os dije,
respondió la castellana,
que aquí ninguno se afana
por saberle, ni os le exige.

—Dignaos vos recordar
que darme ofrecisteis uno
par al mío: aunque hombre alguno
con vos merezca ir al par.

Y pues de este caballero
y de estos mancebos fiais,
la fe que les otorgáis
también otorgarles quiero.

Aunque mi doble corona
debo al poder de Alemania,
soy duque de Septimania
y conde de Barcelona.

Las montañas que habitáis
están en mi señorío,
y nunca soñé en el mío
edén como el que moráis.

—Hasta hoy jamás creí ser
en tierra ajena vasalla:
mis bosques fueron la valla
de todo humano poder.

Paloma mansa, heredera
de una audaz raza de halcones,
jamás de mis torreones
he quitado su bandera.

Libre viví en mi retiro
que heredé de mis abuelos,
y no cuento propios duelos
que me cuesten un suspiro:

pues aunque os parezca insania
que maravillaros pueda,
en su alcázar os hospeda
Genoveva de Aquitania.»

De su nombre al escuchar
los dos la revelación,
su nombre en el corazón
quisieron tal vez grabar:

pues quedaron un momento
uno a otro contemplándose,
como en pintar ocupándose
su faz en el pensamiento.

Y acaso en aquel instante
sintieron cruzar por él
de recuerdos un tropel
confuso, vago y errante;

y puede tal vez el viejo
ver cómo los de ambos giran,
según sus ojos les miran
por bajo de su entrecejo.

Los dos mancebos... quizás
ven y oyen sin comprender,
alcanzado por no haber
los turbios tiempos de atrás.

El conde, empero, que explora
pronto la tierra que pisa,
dijo, al fin, con la sonrisa
más falsa y fascinadora:

—«Excusadme que me asombre:
borrado habían del mapa
el Emperador y el Papa
los Estados que os dan nombre.

—Los han borrado: es un hecho;
mas no hay humano poder
que de otros padres nacer
me haga ya sin mi derecho.

—Ni seré yo quien pretenda
disputárosle jamás;
quien le mantenga de hoy más
por vos seré, aunque os sorprenda.

Yo soy, porque Dios lo quiso
y de la guerra un azar,
quien ha venido a turbar
la paz de este paraíso.

Vuestra raza está proscrita,
vuestra existencia se ignora;
la guerra civil que ahora
nuestro territorio agita

yo no sé a quién recordar
hizo que en esta aspereza
había una fortaleza
que importaba utilizar;

y he aquí cómo, imprudente,
vencido en esta campaña,
en torno de esta montaña
he dado cita a mi gente.

El misterio delicioso
que os ha cercado hasta hoy,
a romper sin culpa voy
y a turbar vuestro reposo.

El aislamiento profundo,
poético, dulce, santo,
que cual por obra de encanto
tal cielo os labró en el mundo,
vengo, insensato, a romper;
y os vais a tener que echar
del mundo al revuelto mar,
sus aguas sin conocer.

Y por fatal consecuencia
de mi error involuntario,
profané vuestro santuario
e inquieté vuestra existencia;

mas como manchar no quiero
con este baldón mi fama
si me aceptáis, noble dama,
seré vuestro caballero.

Tengo en la corte favor
y oro en la tierra y poder:
yo sostendré a la mujer
contra el mismo Emperador.

—Caballero, pues por tal
os dan tan nobles ofertas,
aunque un evento a mis puertas
os trae para ambos fatal,

si un Emperador tener
puede a una mujer encono,
su causa contra su trono
os fiará la mujer.

Yo iré, a la merced de Dios,
amparo en el soberano
a buscar: si obra villano
conmigo, cuento con vos.

—Y si su favor no alcanza
vuestro nombre en Aquisgrán,
mis huestes le llevarán
en el pendón de mi lanza.

—Huésped sois en mi castillo:
sólo a vuestra voluntad
puede mi hospitalidad
cerrar o abrir su rastrillo.

Obrad, pues, como os importe.
—Un servidor mío espero,
y un seguro mensajero
deseo enviar a la corte.

Aquél debe de seguir
mi rastro como un sabueso,
y éste, si llega a ser preso,
sin hablar debe morir.

—Al esperado aguardad,
dijo la dama al anciano,
y a la corte del germano
al que ha de partir, buscad.»

Firme el viejo en su papel,
oyó esta orden impasible,
mientras echó imperceptible
mirada el conde sobre él.

Así, por su propia insania
o su tenaz fatalismo,
su edén convirtió en abismo
Genoveva de Aquitania.

¡Raza de Waifro precita!
¡Ni los ángeles que nacen
de ti, tornar a Dios hacen
hacia ti su faz bendita!

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

I

Antes de expirar el día
se halló y partió el mensajero:
mas el que seguir debía
el rastro del caballero,
ya era noche y no venía.

Y he aquí la situación:
demostrando cada cual
serena satisfacción,
oculta en su corazón
algo que en él sienta mal.

Teme el conde haber sin fruto
soltado ante el viejo prenda:
teme el viejo al conde astuto
que, al descuido de un minuto,

pondrá el pie sobre su senda.

Teme uno y otro mancebo,
al galán conde admirando,
que un mundo al abrirles nuevo
torne en sombras del Erebo
la luz de que están gozando.

Siente y teme Genoveva
una insólita inquietud
que en su corazón se eleva:
mas la acaricia y la ceba
con ciega solicitud.

Teme algo desconocido
que en su interior se despierta,
y que jamás ha sentido,
y que en su alma del oído
se introdujo por la puerta.

Y el secreto al deletrear
del alma de la mujer
el conde y el viejo al par,
lee el viejo con gran pesar
y el conde con gran placer.

Por eso a su habitación
al volverse cada cual,
llevaba en su corazón
algo que le hacía mal:

tal era la situación.

La dama y el conde el día
pasaron juntos: empero
aquel que seguir debía
la pista del caballero,
anocheció y no venía.

El conde de Barcelona,
que al doble afán avezado
de la guerra y la corona,
nunca olvida ni abandona
sus afanes de soldado,

antes de ir en su aposento
comodidad para él
a buscar, procuró atento
comodidad y alimento
para su noble corcel.

Mas por él al procurar,
le halló limpio, en buen lugar
y sobrado de forraje;
y a su aposento al tornar
halló a su servicio un paje.

Pero no hay por qué se asombre
de esmero y cuidado tal;
desde que ha dicho su nombre
le han de tratar como a hombre

de rango tan principal.

Así el paje que le espera
de su puerta junto al quicio,
mancebo al parecer era
que estar nada más pudiera
de príncipes a servicio.

De los dos pajes gentiles
de Genoveva, el más mozo
es, y en sus diez y ocho abriles
aún no descontorna el bozo
sus facciones juveniles.

Su tez de frescura llena,
sus risueños labios rojos,
y la mirada serena
de sus dos azules ojos,
y su abundosa melena

que hace cuadro a su semblante,
y la gallarda apostura
que da a su cuerpo elegante
los contornos y el talante
de un modelo de escultura,

abogan en su favor
tan francamente, que el conde,
experto conocedor,
le acogió con el favor

que a gracia tal corresponde.

Con él, pues, con rostro ledo
así diálogo entabló:
—«¿Qué nombre lleváis? —Wifredo,
—¿Y en qué aquí serviros puedo?
—Quien va a serviros soy yo.
—¿Vos a mí? —Y de buena gana.
—¿Pláceos, pues, mi compañía?
—Desde que oí esta mañana
quién sois. —¿Y quién os envía
ahora aquí? —La castellana.
—¿Venía por su orden expresa?
—No hay quien órdenes me dé
aquí más que la duquesa:
mas si, como temo, os pesa
de mi venida... —¡No, a fe!

Ni sé paje tan gentil
cómo de admitir me excuse,
ni siendo orden mujeril,
cómo, sin ser incivil,
obedecerla rehuse.»

Y así hablando, en él tenía
fija el conde su mirada,
que él tranquilo sostenía
aunque el rubor encendía

su tez aterciopelada.

Siguió el conde de hito en hito
mirando un trecho al doncel:
y con su tacto exquisito
vió en su faz el sobrescrito
de un alma sincera y fiel.

Mas como jamás se fía
de sólo un buen parecer
ni de amistades de un día,
no osó en su cuarto un espía
la primer noche meter.

Con gracia, pues, soberana
de soberano artificio,
le dijo: —«A la castellana
decid que vuestro servicio
acepto... para mañana.

Que hoy, errante aventurero,
no irá bien a mi persona
un tan apuesto escudero:
mas que os acepto y os quiero
paje mío en Barcelona.

Y como en ella que entrar
tendremos con lanza en ristre,
buena ocasión de ganar
en mi campo buen lugar

podrá ser que os suministre.»

Y con el más cortesano
ademán y lisonjera
sonrisa, le dió la mano,
y de tal repulsa ufano
tomó el mozo la escalera.

Cerró, y en su pensamiento
se dijo el conde: —«No hay dolo
en él: mas en mi aposento
quiero de noche estar solo.
Veamos mi alojamiento.»

Del de la noche anterior
era su cuarto distinto:
mas le da, con ser mejor,
muestra de estima mayor
quien le hospeda en su recinto.

Abrió armarios y alacenas;
las alacenas y armarios
halló provistos y llenas;
y aun más de los necesarios
trastos ricos, ropas buenas;

cuantos útiles de lujo
la moda ideaba ya;
con los que Europa produjo,
cuantos el moro introdujo

desde que en España está.

Respira luz, alegría,
todo en aquella mansión,
frescura y coquetería:
chinesca tapicería
en lecho, puerta y balcón.

Porcelana, argentería
y flores en profusión;
alguna hada parecía
que de pasar concluía
por aquella habitación.

La armadura colocada
en su percha en un rincón,
pulida y encubertada;
nueva y recién encordada
un arpa junto al balcón;

reclinatorio a cincel
trabajado junto al lecho,
y un gótico horario en él,
donde primores ha hecho
de miniatura el pincel;

la lámpara perfumada,
el espléndido bordado
que orla la colcha y almohada...
todo muestra de aquella hada

invisible los cuidados.

Todo lo repara el conde
y a todo su precio da,
puesto que no se le esconde
de dónde viene y adónde
esmero tan nimio va.

Mas por si de su balcón
hay otro balcón enfrente
desde el cual una atención
curiosa tenga ocasión
de acecharle ocultamente,

se acordó a su barandaje,
distraído al parecer,
mas registrando el paraje
sobre el cual de su hospedaje
van las luces a caer.

Es una torre cuadrada
de aquella fábrica inmensa,
por dos lienzos flanqueada
de una galería arqueada
que corona el muro extensa.

De un adarve, convertido
de la torre al pie en jardín,
en rachas de aire perdido
le envían su olor subido

la retama y el jazmín.

Al cabo de ambas arcadas,
dos torres como la suya
se ven a otras enlazadas,
cuya hilera sus miradas
no alcanzan dónde concluya.

Al frente tender podía
la vista por sobre el lago,
a través de la sombría
calígine que tupía
el azul del aire vago.

La luna, que ya puntea
al horizonte, allá... lejos,
la cresta calva platea
del monte en que titubea
con luz pobre de reflejos.

La vista en el valle acota
sobre el lago allá en la hondura
masa de niebla que flota,
a trechos del bosque rota
entre la informe espesura.

Todo es calma en derredor:
no hay voz ni son que devuelva
el eco remedador:
sólo trina allá en la selva

muy lejano un ruiseñor.

Mas cada torre vecina
luz tiene en una ventana:
y de una tras la cortina,
no la ve, mas adivina
el conde a la castellana.

Y por si su voz llegar
hasta la en que vela puede,
su voz se resuelve a enviar
a entrambas con un cantar,
aunque en el aire se quede.

Diciéndose, pues: «Es llano
que no han de haber puesto aquí
tan buen instrumento en vano»,
puso en el arpa la mano,
floreó el tono y cantó así:

MOTE
Sal a ser sol, estrellita;
reina a ser, zagala, sal;
sé magnolia, vellorita;
fuentecita, sé raudal.

No preguntes a mi acento
por el viento dónde va:
si tu alma no halla abierta,
¿a qué puerta llamará?

Azucena
de ámbar llena,
cuyo aroma
vida da,
mi existencia
de la esencia
que en ti toma
llena está.
Mi existencia en adelante
de tu esencia vivirá;
y en tu ausencia mi alma amante
a presencia tuya irá.
Tu fe sola
la sostiene,
la acrisola,
la mantiene
como lluvia de maná;
y en ti mi alma
su luz tiene,
mariposa
revoltosa
que en tu llama se entretiene,
y afanosa
vuela, gira,
se detiene,
se retira,

y a ti viene
y a ti va.
Blanca rosa, nacarina
y aromosa, que se inclina
de la móvil agua undosa
sobre el líquido fugaz,
cuya grata, peregrina,
pudorosa, casta faz,
de su plata cristalina
se retrata sobre el haz;
y a quien brisas
y auras suaves
van sumisas
a arrullar,
y ondas, hierbas,
algas y aves
como siervas
a besar:
sal, señora, a tu ventana
mis acentos a escuchar,
y abre tu alma, castellana,
a mi amor y a mi cantar.
Sal, aurora
de mi cielo,
fe y consuelo
venme a dar:

sal, señuelo
de esperanza,
do mi anhelo
sólo alcanza
luz y puerto desde el mar.
Sal, estrella rutilante,
y en el aura matinal
de tu amor manda a tu amante
el rocío celestial.
Transfigúrate a mi acento,
colibrí primaveral,
y bajo otro firmamento
ven a ser neblí condal,
ven: verás que da mi aliento
a tu vuelo viento tal,
que podrás cortar el viento
al del águila imperial.

MOTE
Sal a ser sol, estrellita;
reina a ser, zagala, sal;
sé magnolia, vellorita;
fuentecita, sé raudal.

No preguntes a quién llama
ni reclama mi cantar:
si a él tu alma no está abierta,
a tu puerta va a expirar.

Filomena
de amor llena,
que suspiros
de amor da
y anchos giros
tras de otra ave,
y aún no sabe
dónde está:
ya no píes sin reposo,
que tu esposo ya a ti va:
no le envíes por el viento
un lamento inútil ya.
Tu fe sola
se sostiene,
se acrisola,
se mantiene
de esperanzas con maná:
pero tu alma
luz ya tiene,
y amorosa
mariposa
que en su llama se entretiene,
afanosa
torna, gira,
se detiene,
se retira,

de ella viene
y a ella va.
Vagarosa golondrina
de sedosa pluma fina,
que la móvil agua undosa
rasas rápida y fugaz,
silfo vago que haces nido
de florido rosal fresco
que de un lago pintoresco
te columpia sobre el haz;
Y a quien brisas
y auras suaves
van sumisas
a arrullar,
y ondas, hierbas,
algas y aves
como siervas
a besar:
desde el cáliz de tu rosa,
nido, tienda y barco al par:
Abre tu alma, ¡oh hada hermosa!,
a mi amor y a mi cantar.
Sal, paloma,
de tu nido;
sal sin ruido,
sin luz sal:

y atrevido
vuelo toma,
y el tendido
viento doma
como el águila caudal.
Sal, y en brazos que te cierna
el deshecho vendaval,
cuando le hace la ira eterna
de sus rayos arsenal.
Transfigúrate a mi acento,
ruiseñor primaveral,
y bajo otro firmamento
ven a ser águila real:
y verás que da mi aliento
a tu vuelo viento tal,
que tu vuelo corta el viento
al del águila imperial.

MOTE
Sal a ser sol, estrellita;
reina a ser, zagala, sal;
sé magnolia, vellorita;
fuentecita, sé raudal.

Así el cantar concluído,
sostuvo el último son
del mote en él repetido,
mientras, atentos oído

y ojo, salía al balcón.

Miró a las torres: no había
luz en sus ventanas ya;
pero su voz todavía
vibrar por el viento oía
donde apagándose va,

cuando a lo lejos el hueco
de la atmósfera rasgó,
agudo, rápido, seco
de su cantar como un eco,
un grito que le asombró.

En el barandal de pecho,
como dos carbunclos rojos
los ojos, y un arco hecho,
miró y escuchó buen trecho,
todo oídos, todo ojos.

Irguiéndose de repente
y aspirando fuertemente,
pujante, seco, bravío,
lanzó un grito en el vacío
a modo de una serpiente.

Desgarró el viento su agudo
salvaje y extraño acento:
y tras un instante mudo,
le devolvió agreste y rudo

su voz de serpiente el viento.

«¡Él es!», exclamó: y calándose
sobre el birrete el capuz
de la malla, apoderándose
del hacha, salió llevándose
del aposento la luz.

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

II

Y alumbrándose los pasos
con su móvil resplandor,
bajaba por el estrecho
y empinado caracol,
cuando como ecos del suyo
los de otro paso sintió
que, a su descenso, emprendía
de la espiral la ascensión.
—«¿Quién sube?, dijo. —¿Quién baja?,
repuso abajo otra voz.
—El conde de Barcelona:
y vos que subís, ¿quién sois?
—Iba a buscaros: mas vuélvome
y abajo espero. —Allá voy.»
E hicieron lo que decían

al mismo tiempo los dos.
Percibió, pues, del de abajo
el conde la evolución,
y sus pasos ascendentes
que descendían sintió.
Oyó al par el que subía,
tornando a bajar, el son
de las pisadas del conde
que bajaba de él en pos:
y al salir de la escalera
por el postigo inferior,
vió el conde al viejo esperándole
con sus perros y un farol.

Al ver al conde, dejaron
oír amenazador
los perros sordo gruñido,
que el viejo imperioso ahogó:
y el conde, sin dar señales
de apercibirse del son
del gruñido hostil, el diálogo
así con su amo entabló:
—«¿Íbais a buscarme? —Sí,
señor. —¿Qué es lo que ocasión
a vuestra visita daba?
—Pues bajáis armado vos,
la ocasión de mi subida

debe de ser la razón
de vuestra bajada. —Iba
también a buscaros yo
para que abrirme mandarais
un postigo: al campo voy.
—Para ir al campo os buscaba;
oí que a vuestra canción
contestaba un grito extraño.
—El de una serpiente. Dios
me dió esa gracia: las bestias
alzan su voz a mi voz.
—Es don raro. —Vuestros perros
la prueba evidente son
de que le tengo: cuando hablo,
gruñen. —Extraño les sois.
—¿Extraño? ¡Bah!, haber demuestran
recibido educación,
y no pueden extrañarme
después de un día que estoy
aquí con vosotros: conque,
si de mis huellas en pos
no han corrido, es positivo
que tengo ese extraño don.»

Y esto dicho, al parecer
con la candidez mayor
del mundo, clavó en el viejo

el conde su ojo de halcón:
y a su vez con aire cándido
el viejo no pestañeó,
como si nada entendiera
de semejante alusión.
—«¿Vamos?, dijo el conde. —Vamos»,
respondió el viejo: y en pos
echando el uno del otro
uno y otro corredor
en silencio atravesaron,
y uno y otro caracol
descendieron, hasta dar
de la muralla exterior
en el cubo embovedado
del macizo torreón,
en donde mora el vigía
del rastrillo guardador.

A la voz del viejo, el aspa
aquél desapalancó,
y el rastrillo con el puente
moviendo en combinación,
el paso por sobre el foso
puso franco ante los dos.
Mas en el opuesto encaje
no bien el puente tocó,
un hombre que allá esperaba

metióse por él veloz,
y el conde y él se dijeron:
—«¿Todo está? —Todo, señor.»

Antes que sobre él pudieran
los perros abalanzarse,
el conde, con brazo hercúleo,
les asió por los collares:
y el viejo, en sus manos viéndoles,
acudió al punto a amansarles,
comprendiendo bien que el conde
es capaz de estrangulárseles.
—«He aquí el hombre que esperaba,
dijo éste al viejo soltándoles:
acostumbrad vuestros perros
a que a mis gentes no ladren,
porque hay cerca huestes mías,
y hombres en ellas capaces
de soltarles una flecha,
con lobos equivocándoles.
—Los perros tienen su instinto,
dijo el viejo sin turbarse,
y ladran al forastero,
de su amo y casa guardianes:
pero si tienen palabra
los varones de linaje
yo espero que vuestras huestes

no entrarán en nuestro valle.
—En cuanto sepa las nuevas
que este escudero me trae,
yo veré a la castellana
y se hará lo que ella mande.
Cuidad vos de vuestros perros,
que yo hallaré por mi parte
modo de que mis palabras
vayan con mis hechos pares.»

Tal diciendo al viejo el conde
y las espaldas tornándole,
tomó a su torre la vuelta
de su escudero delante:
y tal escuchando el viejo,
libre del conde mirándose,
salió aprisa del castillo,
que tras él volvió a cerrarse.

Y de su aposento el conde
dando una vuelta a la llave,
a solas con su escudero
cambió estas rápidas frases:

—«¿El Emperador? —Da a su hijo
Pepino sus facultades;
y éste cruza la Provenza
con vos y Ayzón a abocarse.

—¿Y Ayzón? —Les llamó en su ayuda
y es víctima de los árabes:
riñeron por el botín
y le abandonan robándole.
—¿Se le han vuelto? —Ya está solo.
—¿No podrá, pues, presentarse
conmigo al rey? —No. —¿Tampoco
podrá esperar nuestro ataque
con ventaja en Barcelona?
—Imposible: sus parciales
engruesan ya vuestras huestes
a nuestro campo pasándose.
—Nuestra derrota es un triunfo.
—Si sabéis aprovecharle.
—¿Cuántos somos? —Cinco mil
acampan en los breñales
al pie del monte, y seiscientos
jinetes, con vuestros pajes
y escuderos, con la cerca
de maleza tocan cuasi.
—Que no la pasen. —Ninguno
lo que hay detrás de ella sabe.
—¿La Emperatriz? —En el claustro.
Y dispensad: su mensaje
vió Ayson primero que vos.
—Yo no le he visto. —A enseñársele

fué Laimo, y vino escoltado
por él hasta estos parajes.
—¡Traidor! —Él por vuestro rastro
vino, y yo vine espiándole.
—¿Por qué no le diste muerte?
—Porque cuando a los alcances
le iba, le dió otro caza
como a una bestia salvaje.
—¿Quién? —Ese que quedó abajo
con sus lebreles. Los árboles
me libraron a mí de ellos.
—¿Cómo? —Tiempo sin dejarles
para ventear mi rastro,
con Laimo en lucha dejándoles,
pude en salvo, como un pájaro
a una encina encaramándome,
sentir oculto en las ramas
cómo sobre Laimo echándose,
se le entregaron rendido:
y a su gusto maniatándole
ese viejo, que es un hércules,
cargó, tras de confesarle,
con él en hombros. —¿Por qué
entonces no les lanzaste
un dardo que les cruzara
a los dos? —Porque el ramaje

y la oscuridad hacían
mi tiro incierto, y matándoles
no podríais sus secretos
arrancar a sus cadáveres.
Volví sobre vuestro rastro
de nuestra gente a ampararme,
para hallaros a la fuerza
si la astucia no bastase.
La aposté, y otra vez solo
al castillo aproximándome,
os oí, con mi silbido
hice eco a vuestros cantares,
oí el vuestro y llegué al puente
al caer éste en sus pilares.
—Ahora comprendo a ese hombre
el aplomo inexplicable:
todo lo sabe por Laimo,
mas que yo lo sé no sabe.
Paulo, a partir volverás
antes de que el día raye.»

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

III

Dulces afanes del amor primero,
vírgenes y sabrosas sensaciones
que, al invadir el corazón sincero
de una doncella casta, de ilusiones
santas henchís su corazón entero,
¿cómo entráis en su alma? ¿Cómo de ella
señores os hacéis, y desde el punto
en que el alma asaltáis de una doncella,
toda su vida entera es un conjunto
de esperanzas, recuerdos y temores,
que del primer amor la imagen bella
doquier la muestran entre luz y flores?
Por dondequiera que sus ojos vuelva
con el vago poder del pensamiento,
en la sombra, en la luz, como elemento

único de su ser, la trae el viento
con el rumor del mar o de la selva,
la bella imagen, el sonoro nombre,
la fe leal del corazón de un hombre.
Su ansioso corazón, su oído atento,
su mirada voraz, tan solamente
con afán delirante
en cuanto abarca en el azul ambiente
su enamorado pensamiento errante,
la faz contempla de su amor ausente,
las frases oye de su voz amante
y el son lejano de sus pasos siente.
¿Por qué impregnan de amor el mundo entero
las sensaciones del amor primero?
Dios lo sabe no más, que el amor hizo
para el alma del hombre, y que absoluto
le da para él inexplicable hechizo,
deleite espiritual que niega al bruto.
Porque el amor del corazón humano,
chispa encendida en el amor divino,
no es el instinto irracional, villano,
ciego, torpe, brutal, loco y sin tino
que a un placer material sólo conduce,
instinto que las razas reproduce.
Dios inspira otro amor al alma humana:
germen de mutua fe, que en dos encierra

para que encuentren dos un alma hermana
que acompañe su viaje por la tierra,
dejan de la existencia en el camino
con sus besos de amor alimentados
y en la agua de sus lágrimas bañados,
hijos de su alma, que en su ser divino
el germen puro de su amor reciben
y en la que fueron engendrados viven.
Por eso es siempre nuestro amor primero
casto, infantil, poético y sincero.

La sociedad hipócrita, mundana,
es quien de esta pasión santa y serena
el germen vicia y el altar profana
y del amor los frutos envenena.
Siempre el primer amor, rosa temprana
de fe y aroma de inocencia llena,
marchita a poco de nacer se inclina
y en el alma no más deja una espina.

Nunca primer amor fué bien logrado
para esas nobles almas, cuya esencia
es ese amor por Dios inoculado
en el germen vital de su existencia.
Los que ese único amor sólo conciben,
los que para ese amor único viven
en la tierra, al sentir su flor marchita,
vuelven de esa pasión la fe infinita

a Dios, de cuyas manos la reciben:
siempre es fin de este amor, de fe misterio,
la desesperación o el monasterio.

Genoveva, en su espíritu sentía
brotar ese amor único, exclusivo:
cuadro de flores, luz y poesía
de irresistible y mágico atractivo;
panorama de flores sin abrojos
puesto por vez primera ante sus ojos.
En ese estado plácido, halagüeño
en que entregada el ánima tranquila
de la vigilia a la merced y el sueño,
suspensa en brazos de los dos oscila,
veía al conde por él, sola figura
animada del cuadro, atravesando
su fantástico edén, de una ventura
imaginaria un porvenir labrado:
y risueña, gentil, aérea, errante,
cambiada, por la atmósfera flotando,
de forma y de lugar a cada instante.

A través de los párpados cerrados
de la amante doncella las pupilas,
de sus futuros días enlazados
sólo con horas de placer tranquilas,
veía al conde por el campo ameno
adelantarse rápido y sereno,

como maná de bendición vertiéndolas
por la tierra feliz de sus Estados,
que en los deleites de la paz perdiéndolas
convertíanse en huertos encantados
en cuyos frescos árboles floridos
colgaban, columpiándose, sus nidos
colibrís, cardenales y oropéndolas.
Y la imagen del conde vagarosa,
mil veces por doquier reproducida,
iba con hebras tenues de oro y rosa
tejiendo el hilo de su doble vida;
porque ella iba tras él entre las flores
en la sonora vibración mecida
del dulce son de un cántico de amores
que el conde, reclamándola, entonaba
y un ángel con un arpa acompañaba.
Y de delirio tal en el empeño,
y con el sueño y la vigilia en lucha,
cediendo un punto a la vigilia el sueño,
los sentidos cobrando, cree que escucha
de lejano cantar son halagüeño;
y según de su ser va siendo dueña,
convenciéndose va de que no sueña.
Salta del lecho, el pabellón descorre
que la ventana gótica tapiza,
y al divisar desde su enhiesta torre

la torre fronteriza
donde su huésped mora,
siente venir desde ella a su aposento
el son de su arpa y de su voz sonora,
que la trae una ráfaga incolora,
suave suspiro del dormido viento.
Aura que aroma y que refresca el lago,
y que a la par que de su faz orea
la fina piel con cariñoso halago
y en sus revueltos rizos juguetea,
a sus oídos la canción conduce,
y el corazón amante la recrea,
y el veneno en el alma la introduce
de ese primer amor jamás dichoso:
poética pasión, de fe misterio,
a la que sólo dan paz y reposo
en la tierra el panteón o el monasterio.
De ese primer amor la savia nueva
que dentro de su ser circular siente,
deja que se introduzca Genoveva
y que en su amante corazón fermente.
No ve que se le brinda, como a Eva
el pecado primero, una serpiente;
que amor cuando en el alma se introduce
locura en ella y ceguedad produce.

¡Raza infeliz de Waifro, que se olvida
de que Dios de sus madres en el seno
a sus hijos maldice, y que su vida
con su leche al nutrir les dan veneno,
y que su odio y su amor deben lo mismo
abrir bajo sus pasos un abismo!
¡Raza infeliz de Waifro! Genoveva,
la última flor que das en tus montañas,
el fatalismo de tu sino lleva
con su primer amor en sus entrañas.

Aquella noche por la vez primera
de la dama turbaron el reposo,
pasando en larga y silenciosa hilera
y en giro interminable y vagaroso
por su imaginación, las mil visiones,
quimeras, esperanzas e ilusiones
con que de una pasión el primer día
llena el alma dejándola vacía:
que al hacerse el amor del alma dueño
engendra la inquietud, ahuyenta el sueño.
Las palabras del cántico amoroso,
a las cuales hizo eco la bravía
y única nota del salvaje acento
que introdujo en su cámara sombría
desgarrada una ráfaga de viento,
exaltaron después su fantasía

con el vago temor de algún evento
a cuya indagación en horas tales
su decoro entregarse la impedía.
Así fué que leyendo y releyendo
y volviendo a leer las desiguales
páginas, y en su afán las hojas sueltas
de aquel poema de su amor uniendo
y rompiendo una y cien, mil y mil veces,
con su amor en su lecho anduvo a vueltas
y olvidó acaso sus nocturnas preces:
cuando en un corazón amor se anida,
de sí mismo y de Dios por él se olvida.

Febril, inquieta, insomne y anhelosa,
y sin darse razón de la impaciencia
que así la agita el pecho,
pálida, fatigada y ojerosa,
con estrellas aún saltó del lecho.
Despertó a su nodriza
que duerme en una cámara inmediata;
y como muchachuela antojadiza
que de su humor excéntrico desata
el raudal, y con hechos y con dichos
muestra que obra, víctima insensata,
a impulso y a merced de sus caprichos,
mandó por primer vez con aspereza
enjaezar su yegua aún fatigada,

desvelar a sus pajes aún dormidos;
se quejó de la inercia y la pereza
de los de quien, por ella preferidos,
debería de ser más contemplada,
extrañando que duerman todavía:
aunque, por más que esté muy avanzada
la noche y por la luna iluminada,
aún está lejos y a clarear no empieza
la ansiada luz del venidero día.

Por la primera vez de su existencia
tal vez, mientras a solas se vestía
dió señales de insólita impaciencia,
casi sintiendo impulsos de coraje
mientras, equivocadas, se vestía
las conocidas prendas de su traje.
Acciones y propósitos extraños,
que la nodriza ve y oye espantada
también por vez primera en tantos años;
el intéprete a ser mustia y callada
partió, sin darse cuenta del misterio
de esta acritud y desusado imperio.

Genoveva salió tras de su huella
y a aguardar en el patio fué impaciente
su yegua enjaezada: montó en ella,
y sola y en silencio cruzó el puente;
mientras su servidumbre soñolienta

buscaba al conde y al sombrío viejo,
de tal salida para darles cuenta
y demandarles orden y consejo.
Mas el viejo y el conde habían partido,
con sus perros aquél, y acompañado
éste del escudero, que a un silbido
suyo se apareció como evocado.

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

IV

¿Qué busca, qué desea y adónde va? ¡Quién sabe!
En torno de su jaula girando sin cesar,
do hacer el primer nido se ve buscar a un ave
a quien, aislada, agita su instinto de anidar.
¿Qué busca, qué desea y adónde va? La clave
de la inquietud de un alma que necesita amar
la tiene Dios, que guarda del corazón la llave
y a la mujer y al ave crió para anidar.

Y lágrimas sin causa, temor sin fundamento,
irritación injusta, voluble voluntad,
afán inexplicable de cambio y movimiento,
han sido y serán siempre de amor necesidad.

Por eso una barranca, que su corriente lleva
al lago que la ofrece su seno de cristal,

bordeando distraída recibe Genoveva
sobre su faz los besos del aura matinal.

La luna, que el espacio cruzando va tardía,
con un afán inútil de oposición tenaz
luchar intenta en vano con el albor del día,
que absorbe la luz débil de su amarilla faz.

Tal vez desarraigados los árboles parece
que flotan de hoja ricos y secos a la par:
a veces que el castillo se aclara, se ennegrece
y cambia de contornos y muda de lugar.

A veces los vapores con sus movibles brazos
pedazos cubren y orlan de su extensión total,
e informes e incompletos, parecen sus pedazos
en ruina los escombros de la mansión feudal.

Platea aún la luna la superficie tersa
de las peladas rocas y el agua del raudal;
mas, aunque lucha, la alta calígine dispersa
encima de los montes la luz matutinal.

En medio de esta doble, fantástica, dudosa,
crepuscular y móvil y parda claridad,
avanza Genoveva, como ella vagarosa,
sin movimiento propio, ni propia voluntad.

Las riendas sobre el cuello del animal paciente
y el cuerpo abandonado sobre la silla va,

sin verlas, contemplanndo las aguas del torrente
que riegan el desierto donde perdida está.

¿Adónde va, qué busca, qué anhela? No lo sabe.
En torno de sí misma da vueltas sin cesar:
así en redor de un árbol revolotea un ave
a quien, aislada, agita su instinto de anidar.

Absorta, ensimismada, su yegua la conduce:
y sin tensión la brida sintiendo el animal,
al conocido bosque torciendo, se introduce
en él, la cerca virgen bordeando del breñal.

A un lado, rudo, agreste, tupido y espinoso
el círculo se extiende del áspero zarzal;
al otro, verde, fresco, balsámico y umbroso
el bosque con su nuevo verdor primaveral.

Los lirios campesinos, las leves amapolas,
las margaritas frescas, los nardos de San Juan,
las mil silvestres flores que nacen por sí solas
y al campo mejor manto que el de los reyes dan,

los sotos entapizan que Genoveva cruza
sin percibir su aroma, su vista sin gozar,
sin ver los miles de ellas que aplasta o desmenuza
su yegua, los retoños al paso al desputar.

Y a antojo de la bestia mohina o indolente
la dama descuidada sobre la silla va,

cuando encarcando el cuello plantóse de repente
la yegua, rehusando pasar de donde está.

Del cielo de sus sueños de amor la castellana
cayendo, con asombro reconoció el lugar:
y hallóse en el remate de la alameda llana
que corta como cinta de felpa el encinar.

Enfrente, a pocos pasos, los densos matorrales
comienzan con que aísla la selva artificial,
en red de nopaleras y recios enebrales
tejidos con espinos, su valle señorial.

Y en ella, por un brazo de brío hercúleo hecha
y que el prestigio ha roto del círculo guardián
del misterioso valle de Waifro, está la brecha
asombro de la yegua y de la dama afán.

Detrás de sus chaparros hay algo que avizora
el receloso instinto del dócil animal,
y que el afán aviva de ver en su señora
lo que a la bestia asombra detrás del matorral.

Allí, tras los chaparros moviéndose, se esconde
alguno a quien la dama interpeló: «¿Quién va?»,
Y por la brecha al soto desembocando el conde,
la dijo: «Un siervo vuestro que a vuestros pies está.»

«¡Vos!», dijo Genoveva sintiendo a su semblante
del corazón la sangre subírsela en tropel:

«¡Vos!», dijo el conde, de ella llegándose delante,
trayendo de las riendas en pos a su corcel.

«¡Vos!¡Vos!», dijeron ambos, un punto de hito en hito
absortos del encuentro mirándose los dos:
y el «¡vos! en él de triunfo se asimilaba a un grito
y en ella a una plegaria de protección a Dios.

No que ella nunca osara dudar del caballero,
ni que él saltar osara por su deber de tal:
siente ella que la vende su corazón sincero,
y él lee lo que en él pasa sobre su faz leal.

Mas con la ingenua virgen el conde generoso,
la situación para ella difícil allanó;
e interrumpiendo el breve silencio embarazoso,
así con ella fácil la plática entabló:

—«Hallaros es augurio de venturoso día.
¡Bien haya la fortuna que me depara Dios!
—¿Fundáis buenos agüeros en la prensencia mía?
—¡Pues no, si habéis llegado cuando pensaba en vos!

Mirad: de margaritas tejía una corona,
pensando de ella haceros en el castillo don:
salido habéis sin toca: ceñíosla, me abona
vuestro descuido: flores de buen agüero son.

Yo os la pondré: inclinaos. Si rehusáis la ofrenda
en que mi buena suerte simbolizó mi fe,

haréis que se convierta de desventura en prenda,
y por divisa infausta desde hoy la adoptaré.»

Y él diestro y persuasivo cuanto inexperta ella,
sus frescas margaritas en alto levantó:
que su rubor mirara no quiso la doncella,
y su gentil cabeza de querubín dobló.

El conde puso en ella las campesinas flores
que, símbolos paganos de oráculos de amor,
son aún entre cristianos horóscopo de amores
para quien da o acepta la misteriosa flor.

Y al recobrar su cuerpo la grácil gentileza
con que en la silla cae cuando a caballo va,
la dama ya a caballo, sin toca en la cabeza,
vió al conde que aguardando sus órdenes está.

Le envió la castellana, partiendo, una sonrisa,
y el conde al lado suyo, galán, se colocó:
y el sol, ante sí enviando la matutina brisa,
tras el combado lomo del monte despuntó.

Tomaron del castillo la vuelta: ¿de qué hablaban?
Crecido estaba el césped, los árboles en flor,
y en ellos, ya apareados, los pájaros cantaban
los no aprendidos himnos de su primer amor.

La creación henchía de amor la primavera
y en nuestro globo todo se preparaba a amar:

temblaba estremecida de amor la tierra entera
del uno al otro polo, del uno al otro mar.

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

V

¿Qué pudo, pues, el conde decir a Genoveva
de ese cantar de amores universal al son?
¿Qué pudo oír de él ella, que en sus entrañas lleva
el germen del incendio de su primer pasión?

De amor hablaron ambos. ¿Hay alguien que se atreva
ni a imaginar que tengo la absurda pretensión
de traducir la lengua que celestial y nueva
inspira a un labio virgen un virgen corazón?

De amor hablaron ambos: el corazón baldío
de la amorosa virgen voraz se abrió al amor,
como la tierra seca recibe en el estío
de la primera lluvia el jugo bienhechor.

De amor hablaron... basta. Cuando al castillo entraron
sus lenguas de palabras no habían menester:

se hablaban sus dos almas, el corazón cambiaron,
y así el amor primero se expresa, y así hablaron
de amor el primer hombre y la primer mujer.

Mas quien con brasas juega por abrasarse acaba,
y es presa de las ondas quien juega con el mar.
El del mayor incendio, el de la mar más brava,
no es del amor primero con el peligro par.

De la pasión de virgen de la gentil doncella
irresistible el fuego prendió en su corazón,
y el cortesano experto cayó a las plantas de ella.
Amor es dios, y un monstruo muy torpe la ambición.

La poesía virgen de aquel amor primero,
el celestial hechizo de su virgínea fe
del conde embelesaron el corazón artero.
Amor es dios, y aplasta los monstruos con el pie.

El cazador tendía su red a la paloma
y con su pico débil el ave la rompió:
él queda en su red preso y el ave vuelo toma.
Amor es dios: él prende, ninguno le prendió.

A la inexperta virgen adora el cortesano,
e idólatra en su alma la levantó un altar:
jugaba con las ascuas y se abrasó la mano,
jugaba con las ondas y se perdió en el mar.

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

VI

Y yendo días y viniendo días
pasan los veinte, y descuidado el conde
con Genoveva en el castillo pasa
las horas que no cuenta, mas que corren:
y ella con él las pierde recorriendo
el soto, el lago, el pedregal y el bosque:
con él corre las liebres por el soto,
con él sigue las corzas por el monte,
con él tiende las redes en el lago,
con él suelta en el viento los azores,
con él vuelve al castillo, y con él habla
de los lances del día por la noche.
Y uno del otro en el amor se embriagan
con las volubles mil conversaciones
con que el veneno del amor, hablando,

con la palabra el corazón absorbe.

Y él la canta baladas mientras borda,
y la narra leyendas mientras come,
y la envía en la noche cantilenas
cual trovador galán de torre a torre;
y el viejo torvo y silencioso escucha
y los dos mozos encantados oyen
las trovas, las leyendas, las historias
que canta y cuenta a Genoveva el conde.
Y él y ella de ellos a la vista cruzan
el firmamento azul de sus amores,
que alumbra un sol perenne y sin ocaso,
cuya luz no se quiebra en horizontes.
Corre así el tiempo, y para el conde astuto
aunque parece que sin cuenta corre,
enamorado y capitán, atiende
del amor y la guerra al juego doble.

Poco a poco ha alojado en el castillo
de sus huestes de guerra algunos hombres
que, como él, con leyendas y cantares
se atraen a sus sencillos moradores:
se captan su amistad, sondan mañeros
el fondo de sus francos corazones,
no inquieren nada y lo averiguan todo,
sin pedirlos les dan de todo informes:
a cambio de sus cuentos, del castillo

se hacen contar la historia y tradiciones,
estudian de su gente las costumbres,
del servicio interior las horas y orden,
su estado militar como castillo,
como finca su renta y producciones,
y en fin la noble fábrica de Waifro
con vista inteligente reconocen.
De modo que postigos y poternas,
silos, cuevas, depósitos, prisiones,
aljibes, escaleras, subterráneos,
crujías pasadizos, caracoles,
distancias, vientos, espesor, alturas,
cuanto desee del castillo el conde
saber, no tiene más que preguntárselo
y a ciegas podrá andar por sus rincones.

A más, la brecha que hizo en la maleza
es ya sendero fácil que recorren
los mensajeros ágiles y fieles
de su correspondencia portadores:
y a abrigo de las rocas embreñadas
va de los Pirineos españoles
volviéndose a acampar bajo su enseña
el disperso tropel de sus cohortes.

Mientras él de la dama del castillo
conquista el corazón en sus salones,
en sus patios y campos le conquistan

su gente sus astutos servidores:
y el hijo del piadoso Ludovico,
cuando rey de Aquitania se corone,
en el conde galán de Barcelona
tal vez de Waifro al heredero tope.
Hoy la vergüenza del vencido arrostra:
pero mientras se van sus vencedores
haciendo en Cataluña impopulares,
degenerando en bandas de ladrones,
él, en el aislamiento misterioso
del castillo de Waifro se repone;
y tan alto desde él volar espera,
que su vuelo a las águilas asombre.
Corre así el tiempo: mas para él los días,
aunque parece que sin cuenta corren,
de su fortuna van uno tras otro
afirmando al pasar los escalones.
¡Oh! Y si logra anudar todos los hilos
cuyos perdidos cabos busca y coge,
tal trama hará con ellos, que su tela
cuando el bajel de su fortuna enlone
le podrá conducir a mar tan alta,
que seguirle las águilas no osen;
mas a aire y mar para lanzarse espera
no más que viento favorable sople.

Y sopló, al fin, la deseada brisa,
brisa pujante y rápida del Norte,
que rompiendo a su barco las amarras
le impele al centro de la mar salobre.

Paulo trajo esa brisa, al fin tornando
después de un mes de ausencia: venir vióle
el conde: bajó al puente a recibirle,
y con él en su cámara encerróse.
Los escritos leyó que le traía,
las nuevas que traíale escuchóle:
y de unas y otros inquiriendo y dando
a su vez necesarias ampliaciones,
quedaron, lo escuchado y lo leído
en su memoria colocado en orden,
pensativo el señor, y en pie aguardando
el fatigado servidor sus órdenes.
El caballero, al fin, exclamó irguiéndose:

«Paulo, tiempo es de que otra vez se tornen
las palomas que huían en milanos,
los fugitivos corzos en leones.
La victoria es hoy fácil: mas quedemos
del castillo de Waifro posesores;
que pues crean un reino de Aquitania,
su derecho ducal tal vez no estorbe.»

Dijo, y mientras que Paulo los detalles
de la partida próxima dispone,
él bajó al camarín donde la dama
ya le aguardaba inquieta. Los dos jóvenes,
con el viejo sombrío, de la mesa
ya alrededor estaban, pues de noche
a las veladas de la dama asisten
y oyen del adalid las relaciones.

Cuando él apareció, los dos mancebos
y el viejo levantáronse: acusóles
con leve inclinación de la cabeza
su cortesía él, y dirigióse
a Genoveva, cuya tez de rosa
se tiñó de carmín, y los dos soles
que puso Dios por ojos en su cara,
le enviaron a la faz un rayo doble.
Él recibió la luz de sus luceros
como reciben la del sol las flores
cuando el rayo primero que las manda
la niebla azul que las enfría rompe.
Los pliegues de su falda recogiendo
para que cerca de ella se coloque,
le hizo sitio la dama, y a su lado
él como igual y familiar sentóse.
Mas en lugar de la atención curiosa
que solía excitarles otras noches

algún cuento anunciándoles, así ésta
con desusada gravedad hablóles:

«Llegó, por fín, el día en que debemos
acudir a supremas atenciones:
oídme, pues, señora, y mis propuestas
pesad aunque os extrañen u os enojen.
El viejo emperador parte su imperio
entre sus hijos: mas en vez del orden
que anhela establecer, va la anarquía
a atizar: crecerán las ambiciones:
los que hoy reciben de su imperio parte
al todo aspirarán: Roma a la postre
será contra él, y librará con suerte
si del trono imperial no le deponen.
Aceptado me habéis por caballero:
y si no logro hacer que se revoque
por el Emperador de vuestra raza
la inútil proscripción, yo vuestro nombre
bordaré en mi tabardo, de mi escudo
sobre la empresa le pondré por mote,
y a la luz a salir volverá escrito
por INRI de su cruz en mis pendones.
Mas no hay ya que pensar en presentaros
al viejo Emperador; porque el más joven
de sus hijos, Pepino, está en Provenza
ya por Rey de Aquitania, la que en lote

le cupo en el reparto. Yo le debo
amistad y obediencia, y él me impone
la ley de que la suya o mi bandera
de Waifro en el castillo se enarbole.
Enarbolar la mía, sin derecho
mejor que su mandato que me abone,
me deshonrara: enarbolar la suya,
os ultrajara. Es fuerza que se adopte
medio mejor de izar una bandera
que ni os ultraje a vos ni me deshonre,
que sea vuestra aunque distinta fuere,
y la misma aunque cambie de colores.
No os propongo, señora, una alianza
que en interés político se apoye,
sino un nudo más sólido que pueda
con el derecho atar los corazones.
Vuestro blasón doblad: ceñid a un tiempo
la corona ducal y la de conde:
sed mi mujer, en fin, y en el castillo
que sin rival vuestra bandera flote;
y pues se erige la Aquitania en reino,
que el primer rey en ella se corone
dejad: crear un reino es más difícil
que del difunto rey ser sucesores.
El castillo de Waifro está muy alto,
desde muy lejos se divisa, y ponen

hoy sus ojos en él cuantos monarcas
tienen en esta marca dos terrones.
No hagamos cara al tiempo, que atropella
a quien su paso a detener se pone.
El castillo de Waifro ha de ser presa
del odio o del amor: a los rencores
de raza demos fin: que el tiempo nuevo
como viejas memorias los devore:
en el amor de una mujer el odio
se sofaca de diez generaciones.
Yo soy de raza franca, y por las vueltas
del tiempo, que nada hay que no trastorne,
salgo a lid por campeón de la Aquitania
y unir quiero a los suyos mis blasones.
El castillo de Waifro a amparo mío
parecerá del rey; en vuestros montes
todo el estío acampará una hueste
mía sujeta a vos: tenéis un hombre
en quien fiado habéis desde muy niña
(y esto decía por el viejo el conde):
que él gobierne el castillo: de mi hueste
que tome la porción que le acomode:
y si el riesgo se acerca, en el castillo
que todo el resto de su gente aloje.
Yo con el grueso partiré: ya importa
que a Barcelona mi poder recobre.

Nuestro enlace nupcial, si es aceptado,
se hará cuando os pluguiere, y hasta entonces
Wifredo, paje mío, sus primeras
armas hará en mi ejército: a las cortes
de Aquisgrán o Aquitania irá conmigo;
yo atenderé a los riesgos exteriores;
y si la guerra universal se rompe,
si tienen con las plumas de las flechas
los reyes que volar y emperadores,
el castillo de Waifro está muy alto:
y ni hay viento que tanto las remonte,
ni cuando el hielo del invierno crudo
sus peñas de carámbanos alfombre,
podrán llegar a él más que las águilas
y toparán en él con los halcones.
De la raza de Waifro acepto el sino;
cuando Dios por ser de ella me abandone,
si muero a vuestros pies, siempre habrá un ángel
que por mí ruegue a Dios y por mí llore.»

Este discurso artificioso, hecho
para halagar de todos las pasiones,
para excitar en todos confianza,
hizo el efecto, al parecer, que el conde
de él esperaba. Genoveva, ingenua
y enamorada, el plan que la propone
tuvo por el mejor: el viejo torvo

objeción no le puso: los dos jóvenes
vieron el porvenir que en él les cabe
a su carácter y afición conforme.
Se aceptó: y convenidos, estas frases
con sequedad el viejo dirigióle:

«Cuanto sanciona mi señora debo
sin reparo aceptar, mas en la hipótesis
de que estén hoy vuestra alma y vuestro brazo
libres de otros empeños anteriores.
Si algún lazo os ligó, que esté ya roto;
que no sean dogales que os ahoguen
palabras empeñadas ni deberes
que cumplir con los nuevos os estorben.
La situación es crítica; aceptables
vuestras ofertas son, y vos sois hombre
de llevar a buen puerto vuestro barco
por mucho que la mar se os alborote:
mas la raza de Waifro, condenada
peleando a morir con todo el orbe,
con su espíritu audaz tiene bastante
contra reyes al par y emperadores.
Dice la tradición que el viejo Hunaldo
llamaba a las ondinas desde el monte,
y que a su voz trazaban sobre el lago
los diabólicos círculos veloces
de su ronda infernal: Waifro, el misántropo,

hablaba con los silfos de los bosques,
cuando van a la luna a columpiarse
o nido a hacer en las silvestres flores:
y yo sé que su espíritu ha quedado
entre esas impalpables creaciones
de la pagana edad, y que protege
a su última heredera de traidores.
Haced, pues, que en el lóbrego pasado
de vuestra vida mis preguntas sonden;
porque, a más de que creo en los espíritus,
derechos hay en mí que me lo abonen.»

A estas frases osadas sonreía
con su sonrisa más graciosa el conde,
callaban los mancebos, y la dama
sentía sus mejillas sin colores.
Pero aquél, a quien nunca desconciertan
las más comprometidas situaciones,
le contestó cortés, como quien goza
en que a cuestión difícil le provoquen:

«Quienquier que fuereis, cualesquier que sean
aquí vuestro derecho y pretensiones
sobre la última dama que los tiene
al trono de aquitania: ya que os toque
derecho tal por sangre, ya que os le hayan
legalmente acordado sus mayores
al expirar, yo los respeto, y nada

hay en vuestra demanda que me enoje.
Mas tales cuales son, vuestros derechos
ir de hoy más deben con el mío acordes:
porque unidas desde hoy nuestra fortunas,
en un mismo bajel fuerza es que boguen,
fuerza es que juntas a la orilla arriben
o que en las ondas a la par zozobren:
conque yo os voy a abrir el panorama
que ansiáis ver de mis años anteriores.
Oídme, pues, vos y esos mozos: ellos
para que sobre mí no se equivoquen;
vos para que al contar con mi pasado
podáis sacar la cuenta sin errores.
A más, ya he adquirido la costumbre
de abreviaros la noche con canciones
y relatos, y debo hasta la última
ser vuestro trovador, aunque hoy evoque
recuerdos tristes para mí. Mi historia
oíd, pues. Hoy milito de la corte
fuera, bajo el poder de una calumnia
que no pudo encontrar mantenedores.
Viudo el Emperador, volvió a casarse:
pero, viejo, eligió mujer muy joven,
instruída y hermosa: yo fuí el ayo
del hijo de estos ímpares consortes.
La calumnia de aquí. De mi privanza

se encelaron los clérigos, los nobles
y los que lucro y medras esperaban
del favor de los príncipes mayores,
los hijos de Hermengarda. Creció Carlos,
el hijo de Judith: su padre dióle
parte en la sucesión con sus hermanos,
lo que de ellos menguó las particiones.
Viejo el Emperador, Judith hermosa;
yo, como ayo del príncipe, en honores,
rentas y dignidad más avanzado
que ellos, continuo y familiar mi roce
con la imperial familia y, sobre todo,
con la madre del príncipe... en menores
apariencias basáronse calumnias
que acarrearon tan grandes turbaciones.
Pronto fueron supuestos atrevidos
los que empezaron tímidos rumores;
y, creándose atmósfera, tomaron
del escándalo al fin las proporciones.
El hijo de Judith desheredado,
los hijos de Hermengarda de su lote
harían partición: era preciso
dar incremento a la calumnia torpe.
La Emperatriz, desde que hacer osaron
villanos a su honor imputaciones
tales, con esa audacia de que sólo

es capaz la mujer, adelantóse
sintiendo el trueno a provocar el rayo,
aunque el nublado en su cerviz le arroje.
Adoptó por emblema un lirio blanco;
le mandó cuartelar en sus blasones
y grabar en su sello; de sus cámaras
desterró en su favor todas las flores,
e hizo de lirios blancos y azucenas
colmar sus semilleros y jarrones:
tomó por cetro, en fin, un lirio de oro,
y con él en la mano presentóse
en los saraos y fiestas de palacio
y en todas las solemnes recepciones,
llegando a ser sentirle entre sus dedos
necesidad e indispensable goce.
¡Nada exaspera más a la calumnia
como que su ira el calumniado arrostre!
El viejo Emperador recibió un día
un infame cartel; en sus reglones
a Judith acusaban de adulterio
tres nobles, del cartel sustentadores.
Exaltóse el monarca, y de su esposa
fuese airado a la cámara; siguióle
su servidumbre atónita; atajámosles
los de la Emperatriz; a los rumores
de pasos acudió ella, y encontrándola

el ciego Emperador en los salones,
sin más explicación empezó a leerla
del libelo las cláusulas atroces.
A afrenta tal sobrecogida ella,
a las primeras líneas desmayóse:
sentámosla; mas él siguió leyendo
dando al viento su honor hecho jirones.
Yo le escuché dispuesto a protegerla,
mas al leer del escrito los tres nombres
que le osaron firmar, campo cerrado
pedí contra mis tres acusadores.
Eran el godo Ayzón y otros dos bávaros
turbulentos: creí que el mejor corte
del escándalo era el de dos filos
de hierro de mi lanza y mi mandoble,
y apelé sólo a Dios, fiando sólo
en su amparo, en mi brío y en los botes
de mi lanza. Acordóseme el palenque:
nombráronse los jueces; preparóse
la lid; mas aguardéles en la arena
desde que el sol saltó del horizonte
hasta que tramontó, y ninguno de ellos
a la liza bajó. Por quito dióme
la ley del crimen que me fué imputado:
dió a la par por infames y felones
a los calumniadores fugitivos;

por el juicio de Dios libres e incólumes
la Emperatriz y yo de culpa y pena
quedamos; mas era otro el primer móvil
de la calumnia ruin: sembrar la duda
y germen perenal de agitaciones:
Y así fué: dudó Roma; entró en escrúpulos
el crédulo marido; dividióse
en bandería la opinión, e hicieron
del palacio un infierno los traidores,
los príncipes, los teólogos y todos
los que invocan a Dios y a Satán oyen,
y agitan las pasiones y el escándalo
clamando contra el vicio y las pasiones.
Judith resolvió airada y ofendida,
huir a un monasterio, desde donde,
creando nueva situación, pudiera
poner para su vuelta condiciones.
Yo debía volver a mis Estados,
de los cuales no hay ley que me despoje,
y de palacio y de la corte a un tiempo
partimos disfrazados una noche.
Yo, con mi servidumbre la escoltaba:
un antifaz cubría sus facciones
y un tabardo sus formas envolvía;
con que no vió su rostro ni su porte
ninguno. Al arribar del monasterio

a la abacial jurisdicción, del bosque
dejamos en el límite la escolta,
y avanzábamos solos por el borde
de una laguna pantanosa en busca
de un atajo que oculto va a los trojes
del monasterio a dar, y ya sentíamos
de sus campanas próximas el doble,
cuando del lado opuesto del pantano
vimos a tres jinetes que a galope
corrían a cortarnos del atajo
la entrada. Perspicaz reconocióles
la Emperatriz y díjome: —¡Son ellos!
—El convento ganad, la dije entonces;
yo os ganaré harto tiempo, venza o muera»,
y me lancé al escape. Bien salióme;
porque ellos, deteniéndose a esperarme,
dieron tiempo a Judith, que huyó y salvóse,
y yo le tuve de parar en firme
en su carrera mi caballo dócil.
No se engañó Judith: sí que eran ellos:
Ayzón y nuestros dos calumniadores,
Ayzón venía en medio y sonreía
creyendo en mi torpeza: imaginóse
poder en mi carrera arrebatada
cogerme entre los tres; pero burlóle
mi astuto ardid y de mi buen caballo

la superioridad; así que a voces:
«¡Es el juicio de Dios!», les dije, asiendo
de mi trompa; y con todos mis pulmones
soplando en ella, desgarré la atmósfera
con la vibrante voz del hueco bronce.
Logré mi fin; miráronse azorados
de mi seña, y partí: del primer bote
tendí al que Ayzón tenía a su derecha;
el caballo del otro encabritóse
rebelde al freno; revolvíme rápido,
y en el hocico al animal tal golpe
di, que de espalda en el pantano dieron
la indócil bestia y el jinete torpe:
y a dos pasos de Ayzón quebré en redondo,
le gané tierra y esperé su choque.
Mas, o el juicio de Dios tentar no quiso,
o de mi escolta, que acudía, el trote
tal vez sintió y me dijo: «En Barcelona
me hallarás»; con el puño amenazóme,
y poniendo el pantano de por medio
partió como un relámpago y perdióse.

Mi gente asió del muerto y del caído;
yo eché por el atajo, y ya en las trojes
no la vi; rodeé el claustro, y en el pórtico
hallé a la Emperatriz. Aseguróse
de mi fortuna en el combate, y díjome:

«Que no hallen aquí rastro de estos hombres;
entierra al muerto lejos: suelta al vivo,
y que Dios le castigue o le perdone.»
Y sacando del seno el lirio de oro
que le sirvió de cetro, añadió: «Tómale;
si vuelvo al trono, llevaré en la mano
en vez del lirio, un látigo.» Tendióme
la flor; me despidió: besé su mano:
partí: la oí llamar, y oí, en sus goznes
rechinando al girar, ante ella abrirse
y sobre ella cerrarse los portones.
Y he aquí el lirio: por nupcial regalo
aceptadle, señora.» Dijo el conde,
y del pecho sacándole, en la mesa
delante de la dama colocóle.

Quedaron conmovidos contemplándole
la castellana, el viejo y los dos jóvenes;
y en el silencio que siguió, el latido
se oía de sus cuatro corazones.

Vió bien que en su favor se les ganaba
su historia el caballero: el viejo inmóvil
y grave como siempre, mas no huraño,
cedía al parecer, y o convencióse,
o afectó convicción. De Genoveva
radiaba la alegría en las facciones;
y tras breve silencio reflexivo,

el lirio recogiendo, dijo al conde:

«Acepto vuestra ofrenda: desde ahora
será la única joya que me adorne:
y del panteón, del tálamo o del trono
yo os le devolveré en los escalones.»

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

VII

Blanquea el cielo apenas la luz del nuevo día,
los pájaros apenas comienzan a piar:
las flores, de rocío cargadas, todavía
no empieza con sus alas el céfiro a agitar.

La atmósfera encapota calígine sombría
que va tal vez en lluvia las nieblas a cambiar:
un alba cenicienta sin sol, sin alegría,
parece auguradora de un día de pesar.

El conde con Wifredo se parte del castillo,
y fuera de sus muros a los que de él se van
su último adiós con franco ceremonial sencillo
los que en su hogar se quedan apesarados dan.

Por cima del mancebo y el viejo, Genoveva
y el conde se contemplan con silencioso afán,

y de ella, de quien la alma y el corazón se lleva,
los ojos anublando las lágrimas están.

Sus almas oprimía fatídica tristeza:
del porvenir oscuro pronóstico fatal,
hasta en las mismas bestias les dió naturaleza
augurador aviso del venidero mal.

Ni un punto a Genoveva dejaron sus lebreles
mientras a vista fueron de su mansión feudal,
y el potro de Wifredo no quiso a los corceles
de guerra de Bernardo seguir por el breñal.

Que un paje de sus riendas asiera fué preciso
del valle hasta sacarle que le miró nacer,
y en tanto que sus hierbas olfateó, no quiso
a látigo ni espuela rebelde obedecer.

El conde caminaba callado y cejijunto,
cual si tras sí dejara la vida de su ser;
y no dejó la dama de contemplarle un punto
mientras de lejos pudo la cabalgata ver.

Hundióse en la espesura por fin: desvanecióse
de la ondulante selva detrás del pabellón:
en vano es que su vista tenaz y avara pose
en el lugar do acaba de hundirse su visión.

Furtiva una mirada el viejo al paso echóla:
al ángulo apoyada del grueso murallón,

en medio se creía del universo sola,
porque quedaba solo sin él su corazón.

Pasábanse los días; por cima de las peñas,
barrancos y breñales del bosque secular,
en son lejano y vago los toques y las señas
oía Genoveva del campo militar.

Y sola, inquieta, absorta, cual tórtola sin nido,
salía con sus tristes recuerdos a vagar
por entre aquellos troncos que cuando había partido
le vieron en su marcha los últimos pasar.

Los pasos de la amante tristísima doncella
de lejos su nodriza seguía por doquier,
y fuera de su vista, mas sin perder su huella,
dejábala los sitios queridos recorrer.

Mas cuando el sol poniente los montes transponía,
como se va una corza doméstica a coger,
como a la corza dócil al paso la salía
y a casa de la mano tornábala a traer.

Al cabo de diez días, trepar por el sendero
que del torrado puente remata en el cancel
se vió al gallardo paje, del conde mensajero,
montado gentilmente sobre árabe corcel.

Traíala un mensaje: y una hora y una seña
y un sitio la marcaba su enamorado en él:

leyó, y su faz sombría tornábase risueña
según iba leyendo lo escrito en el papel.

Y una hora después, en la ribera
solitaria del lago se encontraban,
y se veían por la vez postrea
y por la vez postrera se abrazaban.
Mientras en tal abrazo el alma entera
consagrarse uno a otro se juraban,
cual la gaviota que a su voz huía,
su fortuna la espalda les volvía.

Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

I

Once meses después hechos extraños,
por fábulas tomados si la historia
de ellos no diera incontestables pruebas,
la faz cambiaron de la inquieta Europa.
En su arremolinado torbellino
nuestra leyenda humilde desarrolla
su poética acción, que con él rueda
cual en un huracán rueda una hoja.
Por eso en derredor de las figuras
de sus cuadros fantásticos coloca
la poesía pláticas, escenas,
imágenes y fábricas históricas.
Confundido lo cierto y lo inventado
en la corriente va de sus estrofas,
cual la de un río dulce y cristalino

con la del mar salobre en que se arroja.

Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

I

Expiraba una noche de febrero:
su claridad de la vecina aurora
lograba apenas de las altas cimas
pardear entre la niebla nebulosa.
Los valles todavía encapotaba
la densidad de las nocturnas sombras,
y el frío del invierno entumecía
en su sueño a la tierra perezosa.
Sustituyendo al césped festonaban
crestonados carámbanos las rocas,
y bajaban por ella los arroyos
de cuajado cristal entre dos orlas.
Crecida con las lluvias invernales,
más extensa, más móvil y más honda,
el agua, que del lago desbordaba,

se deslizaba entre las peñas broncas.
Y lamiendo los pies de los peñascos
de su álveo al seguir las líneas combas,
se quebraba corriendo y se torcía
como en virgen breñal flexible boa.
De este canal por la corriente turbia,
aunque rápida no, sí peligrosa,
en una barca frágil y sin quilla
navega un hombre con audacia loca.
A través de la niebla densa y húmeda
que el cauce estrecho del canal entolda,
de su bulto se ve la mancha móvil
que tras el velo de la niebla flota.
Cuando la helada brisa matutina
sobre sus pliegues ondulantes sopla,
y desgarra los débiles cendales
que sus aéreos pabellones forman,
avanzar se le ve mudo y tranquilo,
guiando su bajel con asombrosa
destreza, el centro del canal guardando,
aunque a merced de la corriente boga.
De un largo palo de virar se sirve
de doble garfio y regatón, que apoya
o engancha a voluntad de ambas orillas
en las peñas y troncos que las bordan.
Sus formas y su faz su traje oculta;

su parte superior cubre una gorra
de nutria, la inferior espesa barba,
y ancho gabán sin cinto su persona.
Ni se puede juzgar si es viejo o joven,
pues las hebras de plata que se notan
en su barba, lo mismo puede dárselas
el hielo de la edad que el de la atmósfera.
Sus ojos centellean cuando giran
bajo de sus pestañas en sus órbitas;
y si espejos del alma son los ojos,
alma debe tener muy vigorosa.
Sobre su plano esquife conducido
a la merced del agua juguetona,
que ya se arremolina en un remanso,
ya de un liso peñón la base azota,
ya se arrastra en zigzag entre colinas
que se pisan la falda unas a otras,
ya por los techos de nivel perfecto
recta como una cinta se prolonga,
va el navegante audaz atravesando
por estas solitarias y recónditas
cavidades, del agrio Pirineo
inhabitado la región ignota.
Como uno de esos genios de las aguas
de que habla la leyenda mitológica,
desembocó aquel hombre en otro lago

que de montes se abriga en una concha.

El lago era un excéntrico capricho
de la naturaleza creadora,
que le colgó en el monte cual pudiera
su nido en los zarzales una alondra.
¿Por qué le puso Dios en aquel sitio?
¡Sus designios recónditos quién sonda!
Dios hizo el mundo como quiso: acaso
se le labró a las águilas por copa;
acaso por espejo a la montaña
para que en él se mire vanidosa
se le puso a los pies, o en sus entrañas
porque labre estaláctitas a gotas.

En cuanto entró aquel hombre de aquel agua
en la sábana tersa y silenciosa,
con dos remos que puso en los escálamos
lanzó su barca y despertó las ondas.
El agua que dormía bajo el vidrio
sutil sobre que el hielo se elabora,
rompió al ondear sus istrias mal soldadas
y alegre el barco salpicó de aljófar.
Crujieron los cristales sutilísimos
al romperse y dejar sus hebras rotas
flotando sobre el agua, que mil círculos
empezó a abrir ante ellas revoltosa.
De aquella agreste soledad los ecos,

no hechos ya a hablar en sus moradas cóncavas,
a través de la niebla contestaron
al extraño rumor que les evoca.
Era la voz del que bogaba: acaso
se ayudaba en su afán con su monótona
ruda canción, o su compás le hacía
dar regularidad a su maniobra.
Tosca, salvaje, primitiva, estaba
su canción escasísima de notas
hecha sobre una frase monorrítmica
de ocho palabras célticas o godas.
Un grito monosílabo servía
de apoyo o estribillo a cada estrofa,
que su voz sostenía mientras aire
transmitir el pulmón puede a la boca.

Ya en el centro del lago, no podía
verse la barca ni el que en ella boga,
mas se oía brotar entre la niebla
su original y bárbara salmodia.
Oyéndola, un espíritu cobarde
o un ánima de fe supersticiosa
rezarían a Dios, por voz tomándola
de aún invisible aparición diabólica.

Mientras el agua cruza protegido
por el velo de niebla que la entolda,
trepa un hombre a la altura donde el lago

en su taza de mármoles reposa.
Distinguirle la niebla no permite
tampoco; mas se siente poderosa
y uniforme su marcha en la maleza
que por la cuesta al avanzar no afloja.
Es un hombre de guerra: le delatan
por tal las piezas de metal que chocan
a cada paso que asegura en tierra
y de su marcha la igualdad sonora.
Es un hombre de guerra: sube solo
y ya al borde del lago casi toca,
cuando el rumor del cántico y los remos
del de la barca percibiendo, acorta
el paso; escucha, párase el monótono
canto a reconocer, y de una estrofa
al fin tomando el estribillo, vuelve
al de la barca su salvaje nota.
Creyó aquél una vez que era del eco
repetición, y continuó la copla;
mas al grito al tornar del estribillo,
ve bien que es de otra voz que se le torna.
Se interrumpe, y percibe del que sube
la voz que en su silencio se prolonga:
vuelve al cantar, y tornan a volvérsele:
fuerza el remo, y el otro el paso dobla.
Tomó uno tierra, aproximóse al agua

el otro, y por señal comprobadora
de identidad en ambos, se dijeron
a la vez: «Aquitania. —Barcelona.»

El sol, cuyo esplendor había ahogado
hasta entonces calígine brumosa,
comenzó a desgarrar la niebla espesa
y a alumbrar el país y las personas.

Es el paisaje en que la escena pasa
incomparable, de esos que se gozan
sólo en el Mediodía. Es, a la altura
media del monte, una ancha plataforma
que da al Oriente: su mitad ocupa
el agua perenal que el lago colma;
de la otra en el suelo accidentado,
bizantinas mitad y mitad góticas,
se levantan las ruinas de un castillo
que en convento volvió fe religiosa
y que volvió a tornar en fortaleza
la raza conservada en Covadonga.
Al Poniente la guarda de montañas
inaccesibles, ásperas, boscosas,
un triple cinturón, que ataja el paso
a la vista por tierras españolas.
En cambio, por Oriente dilatarse
puede por la comarca encantadora
que cual lápiz de frutos y de flores

desde Foix tendió Dios hasta Narbona.
Al Mediodía el golfo, que sus huertos
acaricia y arrulla con sus olas,
y al Norte las almenas y alminares
del castillo de Waifro se la acotan.
Tal es la escena en que los dos incógnitos,
penetrando en las ruinas, van ahora
a dar razón de sí, desenvolviendo
la acción de esta leyenda artificiosa.
De ellos uno era el viejo del castillo,
el que bajó por agua; el que por la otra
parte subió del monte, Ayzón, el jefe
de la hueste del conde vencedora.
Ayzón, cual godo de progenie noble,
usa luenga melena, ancha tizona,
largo manto germano y calzón frigio,
con correas sujeto hasta la corva.
Como barón independiente lleva
casco con guardacuello y con corona,
mas sin visera ni crestón: los godos
tienen cubrirse el rostro por deshonra,
y el crestón y las plumas en el casco
cual vanidades de los francos odian:
y Ayzón es godo y catalán, y ansía
ver de su patria la coyunda rota.
Quiere que libre del dominio injusto

de las razas germana, franca y goda,
gobernada por condes de su tierra,
camine libre, independiente y sola.
Tales son los dos hombres que, metiéndose
por las desiertas ruinas pavorosas,
traban plática tal bajo los restos
de los hundidos arcos de sus bóvedas.
Y así a Ayzón le decía el viejo torvo,
haciendo con su voz huir medrosas
a las aves salvajes guarecidas
en sus desiertas cavidades lóbregas:

«Esta fué la mansión de nuestros padres,
Ayzón: de aquella raza lidiadora
de independientes, que jamás el cuello
dobló bajo coyunda ignominiosa.
Aquí de lo VARONES DE LA FAMA
los descendientes se acogieron; monjas,
a quienes el estruendo de la guerra
ahuyentó como banda de palomas,
les dejaron su claustro abandonado,
que ellos cercaron de murallas sólidas,
de gruesos cubos y almenadas torres...
escombros viles, como ves, ahora.
Engendrados nosotros de su sangre,
de su idea política y gloriosa
continuadores solos, trabajamos

con serio afán en rematar su obra.
Los germanos, los árabes, los francos
usurpadores son: hasta las costas
del mar, desde estos montes, nuestros padres
conquistaron la tierra generosa
que es nuestra patria, de la cual no debe
una extranjera raza ser señora
ni protectora ya. ¡Fuera señores!
Cataluña es mayor, puede andar sola.
Sé que tal vez es pronto todavía;
mas debemos sembrar con mano pródiga
de nuestra independencia las semillas:
alguno habrá que su cosecha coja.
Nadie nos oye aquí, ni nos espía:
habla; de muertos héroes las sombras
escucharán no más nuestros proyectos,
y a ellos tal vez sonreirán gozosas.»

Dijo el viejo: y Ayzón, que le escuchaba
contemplando el lugar con vista absorta,
dijo: —«Si le hay, busquemos un abrigo
mejor y estancia para hablar más cómoda.
El tiempo es frío, asendereado vengo:
lo que yo os tengo que decir no es cosa
para dicha de priesa, y meditarlo
con más sosiego y madurez importa.

—Olvidé que tus pies, ya acostumbrados
sólo pulidos mármoles y alfombras
a pisar, y tu cuerpo, ya enervado
con el aire letal de los aromas
del imperial alcázar, se laceran
del monte con las piedras, y se dobla
bajo el arnés de guerra, más pesado
que la seda y tisú de vuestras ropas.
Como giran los astros en la suya,
giran así los hombres en la órbita
de acción en que en servicio de su patria
su valor o la suerte les coloca.
—Yo esperaba encontrar en estas ruinas
acogida mejor..., a más suntuosa
morada paso, y ocasión propicia
presentado de ser a altas personas.

—Y eso hallarás, Ayzón: pero ser deben
de tal paso y honor dignas tus obras:
si tu relato es tal que valga tanto,
realizarás tus esperanzas todas.
Sígueme: en ese claustro hay una estancia
cuya maciza fábrica, hasta ahora
más fuerte que el pillaje y el incendio,
la ira del tiempo destructor arrostra.
Ven: allí encontrarás..., si hallo yo digna
de abrir tal paso a tu ambición tu historia,

la puerta del edén que asaltar quieres
y la deidad a quien insano adoras.»

Dijo el viejo, y de Ayzón la diestra mano
asiendo con su mano vigorosa,
le hizo pasar del claustro derruído
las ojivales aberturas rotas.
Al cruzar la desierta galería,
el eco les volvió su hueca bóveda
del son descompasado de sus pasos
sobre las sueltas piedras que la escombran.
Allá en su fondo, en el macizo muro
que las arañas y el hollín empolvan,
al tacto más que con la vista, dieron
con un portón que en la pared se empotra.
Metió a tientas el viejo del postigo
una torcida llave en la mohosa
cerradura: correrse su pestillo
se oyó, y abrió empujándola su hoja.
Pasó él, siguióle Ayzón, y sobre entrambos
cerrándose de golpe, de la gótica
galería quedó vibrando el ruido
por las vacías cavidades lóbregas.

Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

II

Media hora después, en el recinto
de bizantino camarín, donde arde
en un hogar inmenso de una encina
la mitad del selvático ramaje,
de una empezada historia continuaba
la relación del godo; y escuchábale
el viejo del castillo, dando claras
de atención profundísimas señales.
He aquí lo que decía Ayzón el godo:
—«Lo que contar me resta es lamentable
prueba del poco sólido terreno
en que se asientan hoy las sociedades.
Es una triste historia: es un ejemplo
fatal para los hijos y los padres:
la exhibición a par de dos poderes

que el mundo solos por mandar se baten.
El viejo emperador, abandonado
de Bernardo y Judith, por quienes antes
de doméstica paz en hilo frágil,
empezó el sentimiento de la ofensa
a ahogar en los recuerdos agradables
de los íntimos goces y cuidados
de que su amor y su amistad colmábanle.
Del hijo de Judith haciendo un ídolo,
adoróle en ausencia de su madre;
y entre Lotario y él partió el imperio,
de sus demás hermanos olvidándose.
Lotario imaginó que aquel derecho
del hijo de Judith era muy fácil
de romper: y mostrándose sumiso,
en el trono esperó solo sentarse.
Los hijos de Hermengarda interesaron
en pro suyo al Pontífice y los grandes
del imperio, y dijeron de demencia
que daba el viejo Emperador señales.
Lotario, que les vió crecer, unióseles
prefiriendo a luchar el engañarles,
y arrojaron al padre de su trono,
preso Lotario mismo custodiándole.
Por él en vano al campo se lanzaron
bravas huestes de fieles arimanes:

Gregorio cuarto, que llevó de Italia,
excomulgó a los fieles imperiales.
A Compiegne por Lotario conducido,
para que una asamblea le juzgase,
fué Luis; y fué acusado por los clérigos
de perjuro, sacrílego e infame,
por llamar a las armas en Cuaresma,
las riquezas de Dios por apropiarse,
por juntar asamblea en Jueves Santo
y ser, en fin, rebelde al Santo Padre.
Condenado a abdicar, fué de la Iglesia
entregado a los santos tribunales,
despojado del cetro y la corona,
del cíngulo e insignias militares;
y de todos los males del imperio
declarado por solo responsable,
vistiéronle el cilicio y la capucha
y a penitencia pública humilláronle:
y el anciano infeliz, amedrentado
de audacia y ceremonias semejantes,
prosternado ante Ebbón, el arzobispo
de Reims, de todo se acusó culpable:
y en la misma ciudad do Carlomagno
le entregó las insignias imperiales,
encerrado se vió en un monasterio,
irrisión y ludibrio de los frailes.

Pero tal infortunio e ignominia
tornó Dios en su pro: de ello indignándose
los corazones nobles, declararon
crímenes y traición tantos desmanes.
A su padre a París llevó Lotario,
Emperador creyendo coronarse
alejando al anciano de sus fieles
potentados y pueblos alemanes;
mas a París corrimos diligentes
por el Emperador, de todas partes,
a arrancar al buen viejo de los claustros.
Lotario, sin luchar, huyó cobarde,
y el Pío Ludovico volvió al trono;
mas, como ejemplo de vigor notable,
a la iglesia obligó a que le ciñese
otra vez las insignias militares.
Perdonó a los rebeldes y a sus hijos:
y hoy, al frente de hueste formidable,
avanza hacia Provenza y Septimania,
cual nunca amado, poderoso y grande.
Mas viene a impulso de su amor de viejo,
que en su agitado corazón renace
más que nunca voraz, de amor en brazos
de su adorada adúltera a embriagarse.
Diestra Judith para excitar su anhelo,
su reunión haciendo menos fácil,

abandonó el convento de Borgoña
y a uno del Rosellón vino a ampararse.
Yo atravesar su pórtico la he visto;
de ella a Bernardo sorprendí un mensaje,
y tengo un plan que al favorito pierda
y a par de yugo a Cataluña salve.
Oídle y combinémosle. —Detente,
el viejo al godo Ayzón dijo atajándole;
la situación es tal que habla ella misma:
yo comprendo tu plan sin que le explanes.
—De eterna enemistad, de odio infinito
tender un mar entre los dos amantes.
—Yo haré más, mucho más: ante mis ojos
el porvenir de la venganza se abre.
La fortuna nos sirve, y es inútil,
Ayzón, que más el seso te devanes:
la independencia y la venganza a un tiempo
hoy el azar a nuestras manos trae.
Yo tengo, Ayzón, para coger a todos
en una misma red hilos bastantes:
hervirá entre los padres y los hijos
un volcán de rencor y un mar de sangre.
—¿Él está en Barcelona? —Ha entrado en ella.
—¿La tomó? —Se la dimos: dispersarse
mandé a mi gente: y mientras él se asombra
de no hallar enemigos, se rehace

mi hueste en estos montes, a su espalda
a aparecer de nuevo preparándose.
—Yo la haré que aparezca a tal altura
que, por más que Bernardo se levante,
la vea despechado de sus ojos,
pero no de sus manos al alcance.
Sígueme, Ayzón: tus locas esperanzas
de realizar al fin llegó el instante.
Paso a mejor estancia y compañía
mejor en estas ruinas esperaste
hallar, y vas a hallarlas: yo de un golpe
de señor y rival voy a librarle.
Mas si en lides de amor no eres más diestro,
que en las de guerra, Ayzón, vuélvete... parte.
—¿Tan obcecada está? —Le ama, le adora.
Mas yo la haré que le odie; alerta estáte.
Es un primer amor: es una niña.
—Sido hubiera mejor no alimentársele.
—La oposición enciende las pasiones
y convierte las chispas en volcanes.
Éste para apagar, su amor adúltero
cuéntala, su pasión cual si ignorases.
Vamos: yo te daré por el camino
de su pasión y de mi plan detalles:
y cuando tengas de los tres amores
y de la historia de los tres la clave,

tú nos conducirás al monasterio
de Judith... ¡y verás qué desenlace!»

Dijo el viejo; y a Ayzón hasta la boca
de un subterráneo caracol llevándose,
desde su entrada polvorosa y lóbrega
dijo por ella hundiéndose y guiándole:
«Baja, que aunque parece que al infierno,
a la mansión conduce de los ángeles.»
Hundiéronse... y volvió de aquellas ruinas
la muda soledad a enseñorearse.

Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

III

Era la hora de nona: del castillo
doraba el sol las altaneras torres
con luz que la calígine enturbiaba
según se iba inclinando al horizonte.
Genoveva buscando en los adarves
el calor de sus rayos bienhechores,
hacia el llano tendía melancólica
la vista por encima de los bosques.
Delirios de esperanzas halagüeñas,
quimeras de amorosas ilusiones,
deliciosos recuerdos..., los mil sueños
que pueblan el edén de los amores,
del vacío en los ámbitos azules
nacían y expiraban a montones
delante de sus ojos, y volvían

a nacer y a expirar, cual los vapores
que hace brotar el sol de haz del lago,
y cuyas manchas pálidas y móviles
apenas en el aire se dibujan
las disipa voraz o las absorbe.

Tristezas vagas del amor que espera,
que halagáis sin cesar sus ilusiones;
presentimientos vagos, que a quien ama
sin causa sin cesar tenéis insomne;
inquietudes quiméricas, que a veces
agitáis los amantes corazones
cual gritos de un instinto misterioso
que en la alma Dios de los amantes pone;
vuestro ser, vuestro origen y el impulso
que os excita en sus almas, ¿quién conoce?
¡Misterios de la vida del espíritu
que, viviendo, jamás sondará el hombre!
¡Turba invisible de átomos dañinos
que, del mal venidero precursores,
en derredor de Genoveva hierven
y a su alma dan incomprensibles voces!
Como a una garza hacia la cual, dormida
mirándola en la cúspide de un monte,
por sus opuestas faldas se aproximan,
acechándola al par, dos cazadores,
así de Genoveva la ventura

amenazan a un tiempo dos traiciones,
que por diversas vías se la acercan
para asestarle al corazón dos golpes.

Por bajo de la tierra, como *gnomos*
que un cataclismo terrenal disponen,
Ayzón y el viejo sótanos y cuevas,
al castillo acercándose, recorren.
Los macizos canceles, que franquean
complicados, difíciles resortes;
las palancas ocultas con que logran
peñas mover al parecer inmóviles;
los puentes que a su paso forman fáciles,
recios y formidables murallones,
y que hacen el camino inaccesible
al que su oculto mecanismo ignore,
ceden ante los dos, el paso abriéndoles
a la morada señorial en donde
concibe Genoveva alucinada
una de sus más dulces ilusiones.

Allá a lo lejos, la espesura hendiendo
de la maleza virgen, que ya rompe
ancho camino que al castillo le abre
desde que el hacha se le abrió del conde,
a través de los árboles sin hojas
vió salir de la selva un bulto móvil,
que al castillo acercábase cruzando

la superficie escueta de un desmonte.
Conforme va acortando la distancia,
sus formas Genoveva reconoce;
es un jinete que resuelto avanza
de la calzada entre la hilera doble
de árboles, a través de cuyos palos
vienen su vista a herir los resplandores
de los dobles pedazos de armadura
que jinete y corcel al sol exponen.
Avanza: lo tupido de los árboles
a trechos a la vista se le esconde;
mas al tomar, dejando la alameda,
del lago azul el descubierto borde,
mostrándose el que llega, de la dama
la mirada voraz reconocióle.
Del conde trae en el broquel y el traje
el escudo, la empresa y los colores.
Es su paje Wifredo, que al castillo
llegando va de su corcel al trote,
de cuyos recios cascos Genoveva
con íntimo placer los pasos oye.

Mas mientras ella con deleite cuenta
los del caballo del doncel del conde,
no siente los de Ayzón y los del viejo
cruzar los subterráneos corredores.
Según el paje por la cuesta, ellos

suben por los ocultos caracoles
de las minas recónditas, y arriban
a un tiempo al pie de las macizas torres.
Y cuando aquél se presentó ante el puente,
en uno de los patios interiores
de un cubo lateral en el postigo
Ayzón detrás del viejo presentóse.
Genoveva, que una alta celosía
abrió a Wifredo para ver, hallóles
aguardando al doncel, a quien sintieron
venir de las defensas exteriores.
Entró el paje en el patio, y hacia el viejo
que le tendió las manos dirigióse;
él con su indiferencia acostumbrada,
mas sin ceño, besárselas dejóle.
Contempló al mozo Ayzón, mientras cruzaban
el viejo y él brevísimas razones,
tras las cuales el paje al aposento
de la impaciente dama encaminóse.
—«¿Quién es ese mancebo?, dijo el godo.
—Su paje. —¡De Bernardo! —No te azores:
las cartas que le trae son hojas secas;
tú soplarás sobre ellas esta noche.»

Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

IV

Sopló sin duda: consiguió su aliento
las palabras de amor del pergamino
desparramar del conde, como el viento
desparrama de polvo un remolino.
El noble corazón de la doncella
sintió la dolorosa mordedura
del áspid de los celos: su alma pura
sintió encarnarse su aguijón en ella.
De su pasión mostrándose ignorante,
dióla Ayzón mil detalles de una historia
que el cráter de un volcán en un instante
abrió en su corazón y en su memoria.
Presentado a ella el godo por el viejo
como un jefe en la corte conocido
por hombre de valor y buen consejo,

y en los hechos de su época instruído,
explayóla su crónica política:
la situación extraña del Estado,
la audacia de los príncipes, la crítica
posición del monarca atropellado,
la Emperatriz liviana..., el adulterio
que la luz del escándalo ha alumbrado
aun para el vulgo vil, que su misterio
de infamia y de traición ha penetrado:
el viejo Luis corriendo al monasterio
cuyas puertas abrirse vió Ayzón mismo
ante su esposa, la ocasión propicia
de alzar un nuevo trono ante el abismo
en que el roído imperio se desquicia...
Todo lo puso Ayzón ante los ojos
de Genoveva, al devanar el hilo
de la historia de su época, sonrojos
causando a su alma, de pudor asilo;
e inoculando en ella diestramente
el germen de la idea madurada
de él y del viejo incógnito en la mente,
logró que la paloma fascinada
se viniera a enredar desatentada
en el lazo traidor de la serpiente.
Ni al conde nombró Ayzón en su relato,
ni Genoveva a Ayzón demandó el nombre

del galán de Judith: instinto innato
en la mujer leal cuando ama a un hombre
es guardar el secreto de su alma,
no dejar ver la sangre de la herida
que la desgarra el corazón y en calma
en la mano llevar como una palma
el dardo que a su amor cortó la vida.

Genoveva escuchó, muda y serena,
la extraña relación del adulterio,
que la estima del conde la enajena
y a extinguir su cariño la condena,
como si fuera extraña a su misterio.
Mas resuelta a sondarle por sí misma,
y la luz que la alumbre en tal abismo
a no ver a través del falso prisma
por el que ver se le haga el egoísmo
o el interés de Ayzón, en quien recela
personal interés que algo pretende
y que su candidez aún no comprende,
mas que su amante instinto la revela,
dijo, entablando el diálogo y creyendo
que es ella quien a Ayzón una red tiende,
cuando en la red de Ayzón se va prendiendo:
—¿«Decís que está la Emperatriz cercana?
—Cuando sopla del Sur, tal vez el viento
traer puede hasta aquí de su convento

el son de la campana:
de estos montes tal vez desde la altura,
del Rosellón al fin, muy a lo lejos,
se puedan alcanzar por su llanura
de la cruz de su torre los reflejos.
—¿Y decís que al convento se avecina
el viejo Emperador? —A tan buen paso,
que estuviera ya en él sin el retraso
que le ocasiona el tren con que camina.
—Y si yo, aprovechando ese secreto,
por los Emperadores intentara
recibida allí ser... con noble objeto,
¿creéis que en el convento lo lograra?
—Sin duda: el buen Emperador la adora;
y si allí con Judith se reconcilia,
quien ante ellos llegar logre en tal hora
irá bajo la sombra protectora
del ángel tutelar de la familia.
—Pues él despacio con sus huestes anda,
y ella en la soledad más abordable
ha de ser, llegó el día en que yo entable
de mi derecho ante ambos la demanda.
Pues se rompió el misterio de mi vida
y se forzó la paz de mi retiro,
sepa, cuando mi nombre al mundo pida,
si fe me otorga o si desdén le inspiro.

Dormir mañana en el convento quiero.
—Yo os apersonaré con la abadesa
de quien soy deudo. —Bien: mas ¿si prefiero
conservar el incógnito, y primero
que a Luis ver a su esposa me interesa?
—Como os plazca obraréis: y pues justicia
sólo vais a buscar, y en vos no cabe
política traición, ni vil codicia,
ni intento ruin que vuestra causa grave,
porque no se avizore la malicia
claustral, ni nada vuestros pasos trabe,
difícil no es que mi favor recabe
de la abadesa un traje de novicia
y de una celda, si queréis, la llave.
—Despuntando la aurora partiremos,
y los medios mejores
para lograr mi fin combinaremos
mientras que rumbo al monasterio hacemos.
Es tarde: adiós. No lo olvidéis, señores:
del alba a los primeros resplandores
quiero que fuera del castillo estemos.»
Dijo; y en pie poniéndose, marcóles
de la plática el fin y despidióles.

Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

V

Mientras la dama, en su aposento a solas,
dentro de su alma embravecerse siente
del turbio mar de su pasión las olas
en desatada tempestad creciente;
mientras su herido corazón agita
el demonio implacable de los celos,
que al alma triste del celoso quita
la luz de la razón, la fe en los cielos;
mientras la última epístola del conde
lee y relee con afán letra por letra,
y con celosa intuición penetra
que en ella el dolo y la traición se esconde;
mientra febril e insomne se prepara
el caos a sondar de aquel misterio,
que apaga de su amor la antorcha clara

en el aire letal de un adulterio;
mientras las fibras de su ser estallan
a impulso de un dolor nuevo y extraño,
y en su ofendido corazón batallan
su inextinguible amor y el desengaño,
Ayzón y el viejo, en cámara segura
de la apartada torre en que éste mora,
las bases pactan de la trama oscura
que del amor de la que al conde adora
darán a Ayzón la posesión futura.
Y su ambición se funda en la esperanza
de que el amor vulgar, torpe y mezquino,
como tan sólo la ambición le alcanza,
suele como un villano a la venganza
de su orgullo no más buscar camino.
Por más que de su plan el edificio
sobre la ajena voluntad construyen,
fían del tiempo a su ambición propicio;
y al poder imperial fuera de quicio
viendo, sobre él el suyo constituyen,
y así su pacto y plática concluyen:
—«Ella cuenta volver antes que el conde
y, de su amor o su traición segura,
rendirse o romper. —¿Mas quién responde,
si la vuelve a ver él, de la ruptura?
—No se verán, Ayzón: Judith es brava

y Genoveva dócil, pero altiva.
Rompa o no rompa de su amor la traba
Judith, de Genoveva no recaba
ya su perdón el conde mientras viva.
Como de la verdad del adulterio
se llegue a convencer y permanezca,
custodiándola tú, en el monasterio
hasta que el jefe del caduco imperio
en su recinto santo se aparezca,
yo te prometo, Ayzón, que mi venganza
se realiza a la vez con tu esperanza.
La Emperatriz, en su altivez herida,
para su amante infiel será una hiena;
y se le odia Judith y ella le olvida...
cuando llegue él aquí... —Cortad su vida.
—No, Ayzón; si su desdén se la envenena,
si el pesar se la roe y se la infama
el deshonor, que viva: es prenda buena
su vida de venganza, y la reclama
desde el peñón en que insepulto brama
la alma de Waifro de piedad ajena.
Que viva aún, Ayzón: yo sé lo que hago;
logrará, al fin, mi afán de años prolijos
que hierva entre los padres y los hijos
un volcán de rencor, de sangre un lago.
Con vosotros saldré; mas al convento

sin llegar tornaré. Por el camino
tú, circunspecto, a su servicio atento,
de ti ni una palabra ni un momento
la hables...: yo cuidaré de tu destino.
Sé cortés, sé galán, sé fiel con ella,
y fía, Ayzón, en mí más que en tu estrella.»

Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

I

A vista y casi a la sombra
de las cumbres del Pirene
y de la costa en que viene
su espuma el golfo a cuajar,
levántase un monasterio
al cual halagüeño arrullo
dan con su doble murmullo
la hojosa selva y el mar.

En este edificio, mezcla
de gótico y bizantino,
del Orden benedictino
mora una comunidad:
santas mujeres que elevan
en él sus preces al cielo,
guardan a Dios bajo un velo

su fe y su virginidad.

A través de la espesura
brotan de este asilo santo,
de sus salterios el canto,
de sus campanas el son,
que a llevar van, de las noches
en el silencio profundo,
a las orgías del mundo
la voz de la religión.

¿Quién sabe si el son perdido
de sus vibrantes campanas
en las tierras comarcanas
cien crímenes evitó?
Tal vez del bosque a la vera
o en un desierto camino,
el brazo de un asesino
su son inmovilizó.

Tal vez un tenaz incrédulo
o un impío agonizantes
en sus últimos instantes
abrieron su corazón
de la fe a la poesía
y a la luz de la creencia,
con que llamó a su conciencia
la voz de la religión.

Al abrigo de los claustros
de este aislado monasterio,
vino Judith el misterio
que apetecía a buscar:
y en él, como peregrina
de largo viaje cansada,
Judith aguarda hospedada
a quien a él no ve llegar.

No ignora ya que su esposo
busca anhelante su huella,
mas al conde anhela ella
antes que a su esposo ver;
y aunque le ha enviado un mensaje,
ni a su mensaje responde,
ni ve al monasterio al conde
ni al mensajero volver.

Dos días ha que la agita
mal encubierta zozobra,
y según razón la sobra
tiempo faltándola va;
si el Emperador llega antes
que el conde su consejero,
para el tiempo venidero
¿con qué aliado contará?

Ayo fué de su hijo Carlos:
sólo él por sus intereses
vió a través de los reveses
porque pasó su niñez:
y hoy, que su amor y su astucia
hallan de igualarle traza
de Hermengarda con la raza,
la falta el conde tal vez.

Ni su cariño de madre,
ni su destreza de esposa,
la empresa audaz a que hoy osa
bastarán para lograr;
el bando opuesto burlado
y el viejo esposo rendido
aún ha menester partido
en pro de su hijo allegar.

Ella, a quien dieron el solio
su belleza y su fortuna,
quiere de su hijo la cuna
del solio a sombra poner;
del lecho imperial la mancha,
si es que mancha hay en su lecho,
la ambición dobla en el pecho
de la madre y la mujer.

Sin derechos, soberana
proclamóla la nobleza
y acató de su belleza
los derechos al dosel:
hiedra por ella plantada
del trono al pie, a él se adhiere
y sus retoños no quiere
que arrancar intente de él.

Y al conde Bernardo espera:
puso en él su confianza
porque cifra la esperanza
en él de su porvenir;
mas huye rápido el tiempo,
y según le siente que huye,
su esperanza disminuye
de verle a tiempo acudir.

En vano a los ajimeces
se asoma de su aposento,
y recorre del convento
uno y otro mirador;
en vano con ojo avaro
tenaz y atenta escudriña
en derredor la campiña:
todo es calma en derredor.

Y ya ha tres días que acecha
desde que el sol se levanta,
cuantas sendas puede planta
de hombre o de corcel pisar;
mas no ve por los caminos
silenciosos y desiertos,
a través del bosque abiertos,
viviente ser avanzar.

En vano con la abadesa
y con las monjas platica,
y demanda, y significa
su impaciencia y su inquietud;
la comunidad la muestra
la solicitud más viva;
pero ¿quién sabe en qué estriba
la claustral solicitud?

De aquellas vírgenes cándidas
la curiosidad despierta
de la dama siempre alerta
el mal escondido afán;
y buscando en sus secretos
para penetrar resquicios,
tal vez sus buenos oficios
a ofrecerla ansiosas van.

Judith, resuelta el incógnito
a guardar mientras del conde
no tenga nuevas, esconde
su rango imperial tras él;
mas sola contra la atenta
curiosidad del convento,
se la hace a cada momento
más difícil su papel.

La cuarta noche... en que el viento
con todo lo inmoble en guerra
parecía de la tierra
que iba el convento a arrancar,
de su celda, allá en el fondo,
creyó en la sombra vacía
oír de la portería
el aldabón resonar.

Imposible era en tal noche
darse cuenta de los ruidos
que iban rugiendo perdidos
en la voz del vendaval;
Judith le oía en tumulto
remedar tras su ventana
cuantos puede lengua humana
definir con son oral.

Solamente entre los sueños
de su excitada impaciencia,
percepción, mas no evidencia,
pudo de alguno tener:
y si oyó el de los portones
entre los ruidos del viento,
oyó del presentimiento,
no del sentido, al poder.

Amaneció el nuevo día;
sereno, azul, despejado,
del temporal ya pasado
no hay en el cielo señal;
por rosetones, ventanas,
troneras y miradores
tiende el sol sus resplandores
por la vivienda claustral.

En extraño aposento
en que un claustro remataba,
y que atributos mostraba
de capilla y de panteón,
pues encajaba en sus losas
su piedra un nicho mortuario,
tenía un reclinatorio
colocado en un rincón,

y, lo sacro y lo mundano
barajado, un crucifijo
tenía en el muro fijo
junto a heráldico blasón:
Judith un libro hojeaba
de primorosa escritura,
sin poder en su lectura
fijar la imaginación.

De tal distracción sacóla
el son que en el claustro mueve
un paso ligero y leve
que aproximándose va:
mas ver no puede la forma
de aquel móvil ser viviente
tras del ángulo saliente
que remate al claustro da.

Continuaba aproximándose
quien por el claustro venía,
y conforme le sentía
la distancia aminorar,
sentía Judith, brotando
de su inquieto pensamiento,
un vago presentimiento
su corazón asaltar.

Dobló quien llegaba el ángulo,
tornó Judith el semblante,
y llegar de ella delante
con muda sorpresa vió
una novicia algo extraña,
que costumbre no tenía
de llevar bien todavía
el hábito que tomó.

Un rizo de sus cabellos
se escapaba de su toca:
la sonrisa de su boca
no expresaba santa paz:
y la esbeltez de su talle
que la humildad aún no encorva,
y su mirada algo torva
entre curiosa y audaz,

a la Emperatriz hicieron
poner su espíritu alerta
ante la intención incierta
de aquella extraña mujer,
que permaneció en silencio
contemplándola un instante,
cual si admirar su semblante
quisiera o reconocer.

Al cabo de aquel examen
profundo, mas no prolijo:
«sois muy hermosa, la dijo;
sí..., como una Emperatriz.
¡Qué lástima que los cielos,
al daros tal hermosura,
no os dieran igual ventura
para que fuerais feliz!»

Judith fijó su mirada
en la franca y atrevida
de aquella desconocida;
mas vió que del corazón
la habían salido las frases
con que la había expresado
a su beldad y a su estado
compasiva admiración.

Creyó, pues, que aquella joven
melancólica y sincera
víctima arrastrada era
sin vocación al altar;
y que creyéndola víctima
como ella, al verla tan bella,
sentía verla con ella
venirse en vida a enterrar.

Y sus ojos de hito en hito
clavados en el semblante
de la virgen que delante
de ella inmoble y muda está,
la dijo: «A mí no me arrastran
con vos a vuestra clausura:
yo espero aquí mi ventura;
de fuera mi bien vendrá.»

La monja, con aire incrédulo,
sonriendo con tristeza
e imprimiendo a su cabeza
negativa oscilación,
dijo: «Os engañan, señora;
de fuera no vendrá nada
que a las dos una estocada
no nos dé en el corazón.»

Alzóse, Judith, atónita,
recelosa y prevenida
contra esta desconocida
presagiadora de mal;
mas la novicia, que de ella
sus tristes ojos no quita,
trabó, con una infinita
dulzura, plática tal:

—«Emperatriz fugitiva,
mal querida y mal casada,
y como todas burlada
por la ambición y el amor,
oídme, y ojalá pongan
mis frases en nuestra mano
un remedio soberano
de nuestro mutuo dolor.

¡Ojalá que la calumnia
sobre vuestro honor se cierna,
y a una desventura eterna
escaparemos las dos!

—¡Me amedrentáis!... ¿Quién os dijo
quién era yo? —¿Quién, señora?
¡El afán que me devora,
el amor..., los celos..., Dios!

—¡Dios..., celos..., amor! Doncella
singular, si no estáis loca,
temo, ¡ay de mí!, que en la boca
traéis por lengua un puñal!

—No, Emperatriz, no le traigo
por lengua, sino en el alma
clavado. Oídme con calma,
que estoy en juicio cabal.»

Sentóse Judith, ansiosa
de oír a aquel ser extraño:
la novicia en un escaño
cerca de ella se sentó;
y el reclinatorio entre ambas
para acodarse teniendo,
así la monja diciendo
su relación empezó:

Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

II

—«En esos montes que por esa ojiva
veis, mi castillo señorial se asienta,
fábrica de los duques aquitanos:
de su raza infeliz soy la postrera.
Su exterminio ha sido obra de la raza
de vuestro esposo; en el misterio envueltas,
mi madre y yo vivimos protegidas
por un cercado artificial de breñas.
Mi nombre de familia está proscrito,
partida entre los príncipes mi herencia,
y el valle en que nací, con su castillo,
es el único asilo que me resta.
Mi madre, al expirar, me dejó escrita
una carta lacónica en que apela,
primero, a la hidalguía de los reyes;

después, de Dios a la equidad suprema.
Esta carta, por ella dirigida
al sucesor de Carlos que hoy impera,
ser debe a vuestro esposo presentada
en un caso no más, que es el que hoy llega.
La invasión de los moros en España
y de la Europa indócil las revueltas,
rompiendo sus barreras de breñales,
asaltaron mi edén. Mi fortaleza
se alza en un punto inexpugnable; un conde
debió sus huestes alojar en ella,
reclamándome en nombre del imperio
para el Emperador toda mi hacienda.
Es el caso previsto por mi madre,
que a su escrito da fin de esta manera:

Si los reyes de estirpe carlovingia,
cebándose en los muertos como hienas,
de la raza de Waifro no perdonan
ni a la inocente y última doncella:
si a la nieta de Waifro de su casa
como a una loba de sus montes echan,
los reyes de la raza carlovingia,
por mí aplacados, ante Dios parezcan;
y puesto que los reyes carlovingios
caballeros no son, ¡malditos sean!
Así acaba la carta de mi madre:

y yo vine en las manos a ponerla
del carlovingio Emperador, que os busca,
porque el caso llevó previsto en ella.
—¿Mas quien os puso de mi historia al cabo?
¿Quién al convento os trae sobre mis huellas?
—Oíd: la historia de mi madre acaba
aquí, y la mía desde aquí comienza.
Un conde, aún joven, cortesano, diestro,
galán y seductor, llegó a las puertas
de mi castillo un día: revelóme
la situación política europea;
y en lugar de ocupar mis posesiones,
como traía la orden, a la fuerza,
me ofreció su favor en vuestra corte
y me contó una historia... suya y vuestra.
—¡Suya y mía!, mirándola con ansia
dijo la Emperatriz. —Sí, la doncella
respondió, de Judith en la faz pálida
también clavando su mirada atenta:
si él me mintió, vos lo veréis: oídme.
Este conde gentil mi huésped era
mientras su rota gente reunía
en el monte otra vez a sus banderas.
Y trovaba a mis rejas por la noche,
me contaba románticas leyendas
por el día, cazaba en mis montañas

conmigo, cabalgaba por praderas
y selvas a mi lado, mis oídos
llenaba de palabras halagüeñas
y mi alma de esperanzas seductoras
y, en fin, mis esperanzas de promesas:
y eran de sus promesas y esperanzas
las palabras e imágenes poéticas,
gratas como el cantar de las alondras
en un amanecer de primavera.
De mis sueños de virgen parecióme
que era el bello ideal. Le amé con esa
pasión voraz de los que sólo tienen
una fe y un amor sobre la tierra.
Él su palabra me empeñó de esposo
y en arras de su amor me dió una prenda,
que ha de ser o mi cetro de Aquitania
o en mi sepulcro de mi amor emblema.
—¿Y cuál es esa prenda, doble símbolo
de muerte o de poder? —Una azucena.
—¡Tan efímera flor! —Es inmarchita:
es de oro. —¡Es de oro! —Hela aquí: vedla.»

De entre los pliegues de su blanca túnica
sacó el lirio del conde Genoveva,
y ante los ojos de Judith poniéndole,
espió la impresión que hacía en ella.
Palideció Judith: todo a sus ojos

el pasado se abrió de su existencia:
era un abismo de iras y de celos,
de recuerdos de amor y de vergüenza.
Reconoció la flor, y su pasado
prestó del porvenir luz a la escena:
un torbellino de iras y venganzas
soplando de la cólera en la hoguera.
El lirio con el dedo señalando,
como si señalara una culebra,
dijo, desencajándose sus ojos,
en actitud y acento de pantera:

—«¿Él os le dió por arras? —Sí. —¿Bernardo?
—Conde de Barcelona. —Se revienta
mi corazón. ¿Me sostendréis lo dicho
delante él? —¡Pues no! —Pues a que venga
esperad. —No vendrá. —¿No? —En mi castillo
debe esperarme ya. —¿Él os espera?
—Leed», dijo, y la carta recibida
por Wifredo a Judith, dió Genoveva.

Judith lo escrito devorando ansiosa
fué renglón por renglón, letra por letra;
Genoveva a través de su semblante
leía en su alma con angustia inmensa.
Era verdad: no estaba el lazo impuro
roto aún..., la calumnia no lo era.
Genoveva lo vió: pero en su alma

lo hundió con mujeril delicadeza.
Genoveva era un ángel en el mundo
condenado a expiar culpas ajenas;
la última de una raza en cuyos seres
fatalidad inevitable pesa.
era un ángel de amor... de sí olvidada
tendió a Judith la mano: sondó ésta,
levantando los ojos del escrito,
de aquella alma sublime la grandeza;
y en llanto desgarrándose, la dijo:

—«¡Ambas a dos de su traición la presa!
—Ambas: pero mi herencia es la desdicha:
soy de Waifro infeliz la infeliz nieta.
¡Adiós! —¿Partías? —Mañana: os dejo sola
para que no os conturbe mi presencia.
—Tenéis un alma de ángel. —¡Ay! Por eso
no hay lugar para mí sobre la tierra.»

Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

III

Mientras las almas de las dos a solas
devoran en los lóbregos rincones
de dos oscuras celdas del convento
la tristeza mortal que se las roe:
mientras que Genoveva del abismo
del secreto imperial se asoma al borde,
y en su oscura vorágine contempla
hundirse el porvenir de sus amores:
mientras Judith, rumiando su venganza,
con su ambición a calcular se pone
cómo anudar del porvenir la trama
que la perfidia de Bernardo rompe;
el viejo del castillo solitario
de Waifro ve desde las altas torres
como un punto perdido en la llanura

aproximarse del castillo al conde.
Aún puede apenas divisar la forma
de su lejano bulto vago y móvil,
aún sus ojos de lince no le alcanzan,
mas su odio de chacal le reconoce.

«¡Él es!», consigo mismo hablando dijo,
y torvo y silencioso, mas como hombre
que llega ya al objeto a cuyo logro
ha enderezado diestro sus acciones,
bajó del torreón: cruzó los patios,
y tomando consigo a los dos jóvenes
y cuatro ballesteros, salió al campo,
bajó la cuesta, se internó en el bosque
y al fin de la alameda, en el lindero
roto que acota el matorral, paróse,
apostando los suyos donde a vista
puedan ser, sin oír, espectadores.

Ya entre pardos celajes nebulosos
el sol casi tocaba al horizonte,
y despuntaba la creciente luna
desgarrando las masas de vapores.
Tras breve espacio de esperar, cercano
se sintió, acompasado y uniforme,
el paso del caballo, que avanzaba
por el sendero entre el breñal del monte.
El viejo, a paso lento por la senda,

al encuentro saliéndole, metióse;
y al revolver el robledal, Bernardo
dió con él, paró en firme y saludóle.
A boca del sendero, la espesura
de la maleza al concluir, vió el conde
apostadas la escolta y los mancebos
y extrañó semejantes precauciones.
Ni de su faz ni su mirada empero
la más leve emoción manifestóse,
que pudiera acusar que le asaltaran
sobre tal actitud duda o temores:
y con serena faz, sonrisa afable
y tono familiar interpelóle
al viejo el caballero de este modo,
con cuya frase diálogo entablóse:
—«Parece que rondáis. —Es deber mío,
a su mansión feudal mientras no torne
su señora. —¿Está ausente? —Ha pocos días.
—¿Y fué...? —Al convento en que su afán esconde
la Emperatriz, que a Ludovico espera;
de quien fía tal vez y a quien expone
sus derechos, su historia y su demanda,
porque por ella ante el monarca abogue.»

Sintió el frío de un miedo repentino
paralizar su corazón el conde
a tal revelación, sintiendo a tierra

su fortuna venir de un solo golpe;
mas dominóse aún, con ese esfuerzo
desesperado que resulta enorme
de quien, náufrago, nada, y dijo al viejo:
«¿Y me podréis decir con qué intenciones
vos, que sólo tenéis de aconsejarla
el derecho, la hicisteis que se arroje
en manos del monarca ante quien ambos
convinimos en ir fuertes y acordes?»
Dió un paso el viejo hacia el barón, clavando
los ojos en su faz, y enderezóle
esta pregunta, con la cual entre ambos
rápido el roto diálogo anudóse:
—«Luego, sabéis quién soy? —Sin duda alguna.
—¿Luego no hay ya secretos entre el conde
Bernardo y Genoveva? —No: sois nieto
del bastardo de Hunaldo: esos dos jóvenes
pajes de Genoveva, vuestros hijos:
mas no pueden tener aspiraciones
a suceder a Genoveva; Hunaldo
os dió su sangre y os negó su nombre.
Os dejó a los legítimos sujetos
y en dependencia suya os reconoce
no más: podéis ser ricos, pero nunca
de su raza ducal los sucesores.
Es condición por vuestro abuelo impuesta.

—¡Y nadie apela de ella ni la rompe!
—Lo sé. —Somos bastardos, pero a veces
valemos más nosotros que los nobles
de legitimidad. Los de la nuestra,
siempre reconociéndose inferiores
a los de la legítima, les fueron
leales como perros; y a sus órdenes,
sin hombrearse con ellos, expiraron
peleando a sus pies como leones.
Somos la hiedra que se adhiere al árbol;
debajo el árbol cuando cae nos coge.
De su tronco no más queda una rama:
y pues sabéis quién soy, mis intenciones
no me debéis de preguntar: ved cómo
se portaron mis dos antecesores.
Mi abuelo, el ilegítimo de Hunaldo,
murió con él. Oíd el cómo, el dónde,
el por qué y el por quién: es una historia
que aclara nuestras mutuas relaciones.
En su dolor misántropo, un gran círculo
impenetrable de árboles enormes
y matorral salvaje ideó Waifro
su fortaleza para aislar del orbe.
La escasa población de estas comarcas,
de las que la ahuyentaron las feroces
guerras de nuestra edad, favorecían

tan exéntrico plan: enebros, bojes,
tejos, nopales, madreselva, hiedras
y enredaderas, libres de las hoces
y de las hachas, rápidos tejieron
por entre las encinas y los robles
esta ancha red de nudos infinitos,
de flexibles y múltiples cordones,
de varas espinosas y junqueras
que, ganando la tierra a pasos dobles,
de nopal en nopal, de seto en seto
tendieron sus tupidos pabellones;
y de la tierra circundada en torno
su gigantesco círculo cerróse.
Los soberanos francos desdeñaron,
una vez de Aquitania posesores,
al vencido león que acorralado
venía a sepultarse en estos montes:
y sobre él y su raza fulminando
las más anticristianas maldiciones,
se partieron sus tierras, proscribieron
su nombre y le olvidaron... y el ignoble
vulgo acabó la obra de los reyes
con su superstición. Las tradiciones
sangrientas, las diabólicas leyendas
de que el castillo repobló, sus torres
(que ven, mas suya senda nunca hallaron

peregrinos, juglares ni pastores)
hicieron un objeto de pavura
para las espantadas poblaciones
de los llanos, que creen al divisarlas
de Dios malditas sus desiertas moles.
Treinta años de aislamiento son la vida
de una generación; de labradores
hubo aquí cien familias, de las cuales
cortasteis vos los primitivos goces.
La historia es muy sencilla; se comprende
y se explica muy bien; mas desde entonces
el tiempo y la política son otros:
los reyes necesitan nuestros montes,
vallas para oponer de buena altura
de África a los caballos saltadores.
Tener necesitáis nuestro castillo
vos para apoyar bien las pretensiones
a vuestra independencia soberana;
y fiado en delirios anteriores
volvéis aquí, y os tropezáis conmigo,
de quien aún ignoráis las intenciones...
Y las vais a alcanzar por el relato
de lo hecho por mis dos antecesores.
Mi abuelo, el ilegítimo de Hunaldo,
murió leal con Waifro en estos montes,
mas fuera de la cerca con que aislada

su fortaleza aquél puso del orbe.
Subterráneos... tal vez hoy conocidos
de muchos, pero de él no más entonces,
conducíanle a veces a los llanos.
En una de sus locas excursiones,
de una casa ducal reconociéndole
le fueron a espiar los servidores.
Estudiaron sus huellas, revelaron
al duque sus existencia, y... sus blasones
empañó aquella casa previniéndole
una emboscada infame en que traidores
a Waifro y a mi abuelo asesinaron,
cayendo sobre tres, diez y seis hombres.
Uno escapó: cerrado el subterráneo
e ignorando el lugar y los resortes
que le franqueaban, se expatrió; mas pudo
su secreto al morir fiar a un monje.
De él le supo mi madre: ella expirando
revelómelo a mí. De mis mayores
así murió el primero; sé a quién debo
su muerte y volveré golpe por golpe.
Mi padre, en una aciaga retirada,
dió su caballo a Lupo, y apostóse
con otros diez a defender un paso
entrecho entre dos peñas: a los golpes
de los francos tardaron diez minutos

en caer: mas bastó: Lupo salvóse.
Mi padre y otros siete fueron pasto
de los buitres, colgados en los robles.
¡Es un sino fatal! La raza misma
cuyos hijos de Waifro matadores
fueron, dió los verdugos de mi padre
también: es de venganza cuenta enorme.
Lupo y yo en Roncesvalles les vengamos:
mas con mi cuenta aún no estoy conforme.
Lupo, al ir a una muerte desastrosa,
aquí con su hija y su mujer dejóme:
ésta expiró, a su hija encomendándome
de años pocos de edad; aún no eran once.
Tal mi derecho es: velar por ella
mi obligación, mis solas intenciones.
—Velar por ella hasta que tal derecho
tenga no más de Barcelona el conde.
—No le tendrá jamás: son imposibles,
irrealizables son vuestros amores.
—¿Qué es lo que hace ese amor tan imposible?
¿Está en ella o en mí lo que a él se opone?
—No hace el nido el milano a las palomas,
ni duermen con la corza los leones.
—Los proverbios son reglas de los tontos;
no hay uno solo que no mienta o se equivoque;
y los que son verdad, lo son tan sandia

como más pesa un buey que cien gorriones.
No andéis, pues, con rodeos ni figuras;
refranes excusad, dadme razones.
—Son la verdad y la razón amargas.
—Pero sólo los necios las desoyen.
—Con las armas de Waifro cuartelarse
no pueden de Tolosa los blasones.
—¿Por qué? —Porque no hay paño que les sufra
juntos, ni mano que a la par les borde.
—¿Por qué? —Porque su unión evocaría
del insepulto Waifro el alma insomne.
—¿Por qué? —Porque de Hunaldo, Waifro y Lupo
entre su nieta y vos la sangre corre.
—¿Por qué? ¿Porque verdugos de los nuestros
son vuestros padres? —No, los vencedores;
mas de los hijos el amor un odio
puede extinguir de diez generaciones.
—El favorito de la esposa adúltera
del viejo Emperador dar con su nombre
a la nieta de Waifro sólo puede...
lo que no es cuerdo que deciros ose;
pero lo que Judith y Genoveva
se deben ya haber dicho... y esta noche
contad con que las dos piden al cielo
que os caigan de las dos las maldiciones.
Y os caerán: desde hoy más, de una ni de otra

nada puede esperar vuestro amor doble:
como las puertas yo de su castillo,
os cerraron las dos sus corazones...»

Absorto, estupefacto, anonadado
ante tales palabras, quedó el conde
como quien siente al estallar un trueno
que un rayo el árbol que le ampara rompe.
El viejo, de su asombro aprovechándose,
se hundió en el matorral con sus seis hombres,
mientras... millones de fanales de oro
en la bóveda azul cuelga la noche.

Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

IV

Volvió en sí el caballero cual de un sueño,
y en torno suyo al revolver los ojos,
su situación sondando con espanto,
de la tierra en el haz se juzgó solo.
Mas no es hombre a quien frases amilanen,
cuyo paso se ataje con un soplo,
ni cuya voluntad ceda cobarde
a inesperado obstáculo. Furioso,
mas su furor en calma devorando,
cual si no hubiera con el viejo torvo
tropezado, al caballo en la alameda
hizo resuelto entrar saltando el coto.
Seguro de que al viejo anunciaría
su decisión de atropellar por todo,
seña haciendo al castillo, de su trompa

lanzó al aire el sonido vigoroso.
Aún se oía, rasgando el aire trémulo,
vibrar por él huyendo su eco ronco,
cuando obediente a su imperiosa seña
tendió el puente el castillo sobre el foso.
Espoleó a su corcel, que alzó al galope
y al castillo avanzó; mas con asombro
vió de él salir en pelotón confuso
tropel de gente, que entre ruido y polvo
comenzó a descender por la calzada
abierta a pico en el peñasco bronco,
como el cordón que forman las hormigas
atravesando un páramo arenoso.
A la luz de la luna, que en el cielo
lucía sola ya, paróse absorto
aquella gente a ver, que hacia él bajaba
cual procesión fantástica de *gnomos*.
Veía sus figuras movedizas
dibujarse del lago silencioso
a través de la linfa transparente,
cual si brotaran dobles de su fondo;
y según les veía aproximarse
de él menos comprendía el misterioso
movimiento de gente, y le embargaba
el corazón el miedo de lo ignoto.
Bajaron del peñasco, y a su encuentro

correr veía adelantándose a los otros,
sin poder comprender si a él se acercaban
amigos o enemigos, unos pocos.
Enristró su lanzón, en los estribos
aseguróse, y recogiendo al potro
las riendas, preparóse para el choque
que juzgó inevitable y perentorio.
Mas asombrado vió que ante él parándose,
en ademán sumiso y respetuoso
dijo el más avanzado: «Señor conde,
nada temáis, que de los vuestros somos.»
El conde miró atento aquellos hombres,
de quienes conoció trajes y rostros,
y al demandar explicación más clara
de su presencia incomprensible, un mozo
almogávar, por bravo y por astuto
entre las gentes de su grey famoso,
entrególe un escrito, en cuyas letras
le dan, sin duda, explicación de todo.
A la luz de la luna, como pudo
mejor, desencajándose los ojos,
fué con tanta avidez como trabajo
leyendo lo que dice de este modo:

*Habéis metido en el castillo espías
*en lugar de soldados, y en su fosos
los que podían de él daros detalles

muertos fueron cayendo uno tras otro.
Uno de ellos, audaz, por orden vuestra,
a Laimo asesinó en el calabozo
donde yo le encerré, con una jara
envenenada que de su arco moro
le envió por una estrecha claraboya;
yo le ahorqué de una almena; Ayzón, el godo,
me envió su gente; desarmé la vuestra,
y nada hay ya común entre nosotros.
El castillo de Waifro es solamente
de la raza de Waifro patrimonio:
y flotará en sus torres y baluartes
el estandarte de Aquitania solo.
Quedó el conde un instante anonadado;
mas en la silla irguiéndose de pronto,
dijo a los suyos: «¡Vámonos, que un día
traeré yo a este castillo un terremoto!»

Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

V

Era una noche límpida, esplendente:
la luna en el cenit resplandecía
con esa luz tranquila y transparente
que avergüenza a la luz del sol del día.
Era una de esas noches en que, llena
de religiosa paz y poesía,
ciñe el globo la atmósfera serena,
cual pabellón azul por Dios tendido
sobre el orbe a sus pies mudo y dormido.
Y de esta noche azul en alta hora,
de su silencio y calma en el misterio,
duerme Judith y Genoveva llora
en aquel bizantino monasterio
do el gozo al par de la tristeza mora,
y que lo que hay de más feliz encierra

y de más infeliz sobre la tierra.

Judith, astuta, audaz, calculadora,
ha recibido a Luis, su anciano esposo,
como esposa ofendida que le adora,
que no tiene sin él paz ni reposo,
y que en su solo amor cifra su vida,
y que todo recuerdo doloroso
perdona por su amor, borra y olvida.

Luis, viejo, enamorado, sacudido
el yugo de ignominia a que hace poco
que la postrada rebelión le ha uncido,
vuelve ansioso de amor y de amor loco,
de la pasión en alas que le ciega,
a buscar en los brazos de su esposa
lo que la humana ingratitud le niega,
lo que del mundo en la extensión no halla:
un minuto de paz, sólo un segundo
que el mundo no le dió porque fué el mundo
desesperado campo de batalla
do luchó sin cesar desde la cuna
con el vaivén de su falaz fortuna.
Judith, vendida y de venganza ansiosa
y de un triunfo final con esperanza,
en el extremo amor que a Luis acosa
cifra su porvenir y su venganza.
Luis, bondadoso y crédulo, vencido

por la sagaz Emperatriz, ha dado
de su esposa las culpas al olvido
desde que sus disculpas ha escuchado:
y en ellas con pesar de haber creído,
está pronto a otorgar cuanto le pida,
aunque otra vez arriesgue trono y vida
con ella por vivir como marido.

Aquella tarde a Luis en el convento,
con pompa soberana,
dió la comunidad alojamiento,
y su viaje seguir debe mañana.
Judith le ha recibido en su aposento
con humos de ofendida y de sultana:
y él, de su voz ante el primer acento,
ha postrado a sus pies su frente cana.
Al descubrir su huéspeda quién era,
la mujeril comunidad confía
en que va a dar al mundo la alegría,
la paz y la fortuna venidera,
la reconciliación inesperada
de la imperial pareja, en aquel día
y en su santa mansión verificada.

Mas, ¡oh monjil sinceridad, que ignora
que no hay dicha sin duelo en este mundo,
que no hay en nuestros días una hora,
que no hay en nuestras horas un segundo

en que no sea el bien en mal fecundo,
ni la dicha de pena engendradora!
¡Oh mujeril insensatez, que olvida
que quien ríe donde hay, siempre hay quien llora
en el gran carnaval de nuestra vida!
Genoveva y Ayzón han presenciado
del engañado Emperador la entrada
en el patio, a través del enrejado
cada cual de su celda retirada.
El riesgo extremo que su vida corre
si los sagaces ojos de un espía
alcanzan en la reja de una torre
a ver al que a Judith acusó un día,
sabía bien Ayzón; pero vencido
por su ambición voraz y la belleza
sin par de Genoveva, da al olvido
que arriesga al asomarla su cabeza.
Ayzón, desde su gótica ventana,
ve la reja frontera, a que se asoma
a ver entrar a Luis la castellana
cuando en el claustro alojamiento toma.

Genoveva de extraños pensamientos
siente un balumbo descarriar su mente,
y latir con extraños movimientos
su corazón desnivelado siente.
Fantástico pavor, presentimientos

fatídicos sin causa, desvaríos
inexplicables la distraen, la acosan,
del corazón los naturales bríos
la quitan; y se cambian poco a poco
sus recuerdos, sus gustos, sus instintos
que en giro nuevo e incesante y loco
a su amoroso espíritu tormento
dan, y hierven en su alma, y no reposan...
cual las miriadas de átomos que el viento
de una tormenta precursor levanta,
que floran siempre y que jamás se posan
en árbol, piedra, flor, césped ni planta,
arrastrados sin rumbo y sin camino
en los giros son fin del torbellino.

A través de este vértigo creciente
y en poder de este afán desconocido
que, por su corazón jamás sentido,
la lucidez anubla de su mente,
del viejo Emperador vió la llegada
Genoveva, impasible y silenciosa,
de su celda a las rejas asomada,
como de aquel marasmo que la acosa
por el frío febril paralizada.

Y era en aquella hora en que esplendente
la luna en el cenit resplandecía
con esa luz tranquila y transparente

que rebosa misterio y poesía.
Todo en sueño profundo o inocente
en el convento al parecer yacía:
ni un pájaro nocturno suspiraba,
ni una brisa en los claustros murmuraba.

En uno de los cuatro que rodean
un gran patio corinto-bizantino,
cuyas columnas cuádruples platean
con resplandor sereno y argentino
los rayos de la luna, y do campean
árboles enramados, del vecino
aposento imperial a la desierta
galería interior se abre la puerta.

Por ella, solo, apareció a deshora
el viejo Emperador, que en su aposento
dormida deja a la que tanto adora.
Embriagado de amor, libre y contento,
el placer infinito que atesora
en ella sale a derramar al viento
y a echar en él el hálito sobrante
en que se ahoga el corazón amante.

Un viejo con amor se vuelve niño,
y su amor infantil le espanta el sueño,
y hace gala infantil de su cariño,
y no tiene otro afán ni más empeño

que ostentar sin disfraz, velo ni aliño,
el exaltado amor de su alma dueño;
y le cuenta su amor a cuanto encierra
en su ámbito vital la madre tierra.

Y de este amor de viejo en la expansiva
necesidad, el Pío Ludovico
sale aire a dar a la erupción activa
del volcán de su amor en fuego rico;
y adelantando por los claustros iba,
cuando de luz en el rasgado pico
que en las baldosas traza como alfombra
rota la luna, vió algo que le asombra

blanco bulto sin voz ni movimiento,
del cual no puede aún ver el contorno,
divisa en el marmóreo pavimento
en un cerco de luz que le orla en torno.
Llegando a él Ludovico a paso lento,
vió que era una mujer; mas en su adorno
y su traje no ve de hábito prenda
por que su estado monacal comprenda.

Contra el mármol la faz, hacia adelante
por instinto la diestra al caer tendida,
la mata de cabellos abundante
por la espalda y los hombros esparcida,
Luis de aquella mujer no ve el semblante,

ni en su imovilidad señal de vida;
mas el perfume que su cuerpo exhala
por hembra principal se la señala.

Asióle Luis en brazos, levantóla,
y en el pretil de arbustos sombreado,
en el muro apoyándola, sentóla;
del tacto a la impresión, como crispado
su cuerpo casto, enderezóse sola;
y al hombre que su cuerpo había tocado,
trémula y mal cobrados los sentidos,
rechazó con los brazos extendidos.

Miró al Emperador por un momento
con muda indecisión y vista vaga;
en tanto que él la contemplaba atento
aguardando lo que hable o lo que haga.
En lid con su perdido pensamiento
ella afanosa al parecer indaga
por lo que en torno ve lo sucedido,
pues su idea perdió con el sentido.

De repente la luz a su mirada
y el color a su faz tornaron vivos,
y a su forma, poco ha de acción privada,
su voluntad de impulsos decisivos;
y a Luis aproximándose encarada,
con gesto, frase y voz conminativos

dijo, como quien vuelve de su mente
a entrar en posesión completamente:

«Oye: te iba a buscar y me he extraviado,
te iba a hablar y las frases he perdido.
Venciste, al fín, por el poder del hado;
mi corona a tus pies se me ha caído.
A mi raza la tuya ha exterminado,
mas mi madre al morir te ha maldecido.
Toma..., yo moriré cuando eso leas:
mas te emplazo ante Dios... ¡Maldito seas!»

Tendió al absorto Luis un pergamino,
y la espalda volviéndole, con paso
mesurado e igual tomó el camino
del interior del monasterio. Escaso
de luz el hondo tránsito vecino,
por él, medroso Luis, la miró acaso
a paso lento cual visión hundirse
y en la vacía lobreguez sumirse.

Repentino pavor, supersticiosa
duda asaltaron su ánimo apocado
por la fortuna adversa que le acosa
en su postrera edad; amedrentado
en su gozo infantil por la que no osa
creer visión ni mujer, amilanado
e inmóvil, le conturba y da tormento

su extraña maldición y emplazamiento

Su pergamino entre los dedos siente
y sus frases fatídicas les suenan
en el oído, y de pavor creciente
el angustiado corazón le llenan.
De la luna a la luz insuficiente
sus ojos, que de lágrimas se llenan,
contemplan con asombro progresivo
el escrito fatal conminativo.

Hubo un instante en que a su honor atento
quiso de la mujer seguir el paso;
mas clavados los pies al pavimento
sintió y al corazón de brío escaso.
Presuroso otra vez a su aposento
se acogió al fin; y perturbado acaso
de su miedo febril por el impulso,
la llave con afán buscó convulso.

Entró, y tras sí con rapidez la puerta
cerrando, de la lámpara que ardía
dentro de un nicho con la luz incierta
comenzó a descifrar lo que decía
el escrito; Judith, que estaba alerta,
al notar el afán con que leía,
dejó el lecho, y de Luis por sobre el hombro
investigó la causa de su asombro.

Los ojos al fijar en su lectura,
del escrito el origen comprendiendo,
con materna y solícita dulzura
el pergamino a Luis quitó, diciendo:
—«¿Quién os dió eso? —Un fantasma. —¡Qué locura!
Yo sé quién es y su intención comprendo:
volved, señor, al lecho: el frío os pasma:
venid, yo os libraré de esa fantasma.»

Mientras Judith narraba y Luis oía,
e interpolando frase de cariño
ella en su narración, desvanecía
de él en el alma su temor de niño,
de claustro en claustro la visión seguía
marchando en las tinieblas, del convento
sin que la paz turbara ni el reposo
de sus desnudos pies el paso lento
ni el son de su ropaje vaporoso.

De un caracol al fuste asegurado
con ambas manos, el oído atento
tendía Ayzón al paso mesurado
de la mujer a quien sin duda espía
y cuyas huellas resonar sentía
en la espiral del caracol combado;
y al asomar por el angosto trecho
que franquea su lóbrega abertura
y donde vela Ayzón puesto en acecho,

casi se hallaron en la sombra oscura
el fantasma y Ayzón pecho con pecho.

De la presencia de él apercibida
la mujer, deteniéndose un instante
del caracol oscuro a la salida,
dijo: —«¿Quién va? —Yo: Ayzón. —Pues id delante,
y disponed al punto la partida.
—Vamos cuando gustéis. —¿Todo está listo?
—Aguardan en su puesto
la gente y los caballos. ¿Habéis visto
vos al Emperador? —Sí; pero pronto
partamos: voy a hacerme con un traje
mejor. —Y yo a aguardaros a la puerta
del jardín. —Esperad a que yo baje
al pie del caracol: mi planta incierta
no sabré yo guiar; no sé qué siento.
Yo creo que he perdido
en esos claustros... —¿Qué? —Mi pensamiento
que estaba a mi cerebro mal prendido.»

Dijo, y siguió la dama a su aposento,
permaneciendo Ayzón por un momento
sin comprender lo que decir la ha oído.

Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

VI

Luz daba ya a los mundos el sol del Mediodía;
la escolta y servidumbre del viejo Emperador,
a la partida prontas, a él solo le esperaban
del monasterio aislado delante del portón.
Judith, que de la dama que por fantasma tuvo,
sencilla y verosímil la historia le contó,
no había ya dejado de Luis en el espíritu
más que el recuerdo vago de su febril temor.
Benevolente, débil, humano y enemigo
de hacer ahogados odios volver a combustión,
con la proscrita raza del indomable Waifro
en vez de entrar en lucha, por transigir optó.
Traer a su presencia mandó a la noble dama
a quien juzgó de noche fantástica visión;
pero la dama, en sueño quimérico tornándose,

con la nocturna niebla tal vez se disipó.
En vano del convento solícitas las monjas
a escudriñar corrieron hasta el postrer rincón:
la dama misteriosa con su encubierto paje
desparecido habían cual sombras ante el sol,
Judith, en la presencia de Luis, a la abadesa
con mil capciosos giros sagaz interrogó:
la monja solamente que se llamaba supo,
la dama, Genoveva, y el caballero, Ayzón.

Al escuchar el nombre del insurrecto godo,
de la imperial deshonra funesto causador,
palideció la esposa, y el soberano crédulo
más pábulo a su miedo supersticioso dió.
Judith, de la heredera de Waifro, con el godo
al descubrir ya tarde la inconcebible unión,
cambió las simpatías que concibió por ella
en repentino germen de miedo y de rencor.
Luis, débil por las penas de sus postreros días
y presa de su extrema febril superstición,
volvió a temblar, volviendo de su visión del claustro
las frases y los pasos a percibir en pos.
Judith, cuya conciencia y astuta perspicacia
comprende que no sombras, sino enemigos son,
ordena que las huellas les sigan corredores
y atados a sus plantas les traigan a los dos.
Luis, ya por sus pesares en el cerebro herido,

prensado por las garras del miedo el corazón,
ordena la partida, ganoso ya de hallarse,
de los rebeldes lejos, a solas con su amor.
Partieron los monarcas; partieron cien jinetes
por diferentes sendas a perseguir a Ayzón;
quedando el monasterio con la infamante nota
de proteger los planes del godo infamador.

Mas él, del riesgo lejos va ya con Genoveva;
sombría, silenciosa, sin propia voluntad,
que va tras él parece, y el godo se la lleva
como quien siente huyendo tras sí la tempestad.
Según el bosque cruzan, cogiendo van de paso
la gente escalonada por el astuto Ayzón,
y cuando, el sol saliente, de la espesura al raso
desembocaron, era su escolta una legión.
De Luis los corredores a verles alcanzaron,
pero su priesa viendo y el número en que van,
al ver que las montañas ganaban, se tornaron,
sabiendo bien que de ellas en posesión están.
Cuando marcó en los cielos el sol del Mediodía,
pasados llano y riesgo del Pirineo al pie,
Ayzón de Genoveva notó la faz sombría,
sin comprender en ella lo que de extraño ve.
La boca contraída, la vista encapotada,
sumida en absoluto silencio pertinaz,
por una idea fija camina dominada,

y de sacarla de ella nada halla Ayzón capaz.
Al embocar un valle que la montaña abriga,
ya a vista del castillo, determinóse Ayzón
a dar de Genoveva reposo a la fatiga
y en tanto ver si logra sondar su corazón.
Dió Ayzón la voz de alto; y echándole las bridas
al cuello, dejó en manos de un paje su corcel:
y las del de la dama con la izquierda asidas,
la dió la diestra mano para apearse de él.

La dama, sin tomarla, saltó gentil en tierra,
y en un ribazo, a vera de un campo de labor,
sentóse en el sombrío silencio en que se encierra
desde que habló en los claustros al viejo Emperador.
Brindóla, Ayzón, con frutos sabrosos y manjares,
brindóla un buen labriego con su caliente pan:
mas rehusó con breves palabras singulares
lo que él y el campesino con voluntad la dan.
El godo con sentidas palabras de cariño
dos veces distraerla solícito intentó:
la dama, con la hosca tenacidad de un niño
mimado, sus palabras y obsequios esquivó.
Ayzón, que así atajada su pretensión veía,
el alto prolongaba sintiendo la ocasión
huir, cuando más fácil y asida la creía
para ofrecerla a solas la fe de su pasión.
Mas ella, de repente, montando con el brío

de quien vivió en sus bosques como amazona audaz,
partió, de Ayzón mostrando despreciador desvío;
y Ayzón corrió asombrado tras su corcel fugaz.

Capítulo VIII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

I

Tiempo era aquel de lid. Diversas razas
peleando en Europa establecían
en ella su dominio: alzaban plazas
de guerra; sus provincias erigían
en reinos cuyo límite, existencia,
prosperidad y suerte
nada más dependían, con frecuencia,
de la ley absoluta del más fuerte.

El piadoso Luis, como la historia
le llama, dividió por vez segunda
su imperio entre sus hijos, con notoria
torpeza en guerras y rencor fecunda.
Judith, con vanidad de su victoria,
sobre el solio imperial recuperado
a sentarse al volver, quiso consigo

sentar a su hijo Carlos, declarado
igual a sus hermanos; y afanosa
trabajó en allegarle bando amigo,
en oro y en promesas generosa.
Aceptaron los hijos de Hermengarda
de Carlos la igualdad de los derechos;
mas la fe ruin que sus palabras guarda
mostraron pronto sus traidores hechos.
Enredados en pleitos tan prolijos,
volvieron a las manos
los padres con los hijos,
y a pelear hermanos con hermanos;
y ensangrentaron otra vez la tierra
en tan feroz como nefanda guerra.
Bernardo, que señor de Barcelona
y heredero ducal de Septimania,
todavía ambiciona,
en su amor abrasado, la corona
y fe de Genoveva de Aquitania,
dueño ya sin rival de sus Estados,
rebelde a los mandatos imperiales
y libre de los hijos desleales
de Luis en mutuas lides empeñados,
allegó gente, levantó bandera
y armó en pro de sus creces personales
la juventud de su comarca entera.

Fundada, pues, de Waifro en el castillo
su esperanza, y su dicha venidera
en el amor de su gentil señora,
de quien espera el corazón sencillo
volver a avasallar en una hora,
al castillo de Waifro con pujante
hueste y pertrechos de batir avanza,
resuelto a dar, conquistador o amante,
cabo y fin a su amor o a su venganza.

El castillo de Waifro era entretanto
de extraño drama misteriosa escena;
triste mansión de soledad y llanto
que de gemidos su señora llena.
Genoveva, al volver a su castillo
como sombra escapada del Erebo,
en silencio glacial pasó el rastrillo
con nueva faz y con carácter nuevo.
Su paso lento, su semblante adusto,
su pertinaz silencio, su mirada
fija a veces y a veces extraviada;
la extraña rigidez con que su busto
llevaba sobre sí de su cintura,
modelo de esbeltez y ligereza,
la inflexibilidad, cual su cabeza
maciza el pedestal de una escultura,
aparecer la hicieron de su gente

a la vista asombrada,
como su errante sombra inanimada
desprendida del cuerpo de repente,
o como su marmórea figura,
por el poder diabólico arrancada
de encima de su hueca sepultura,
y en lugar de su cuerpo ya sin vida,
por poder infernal al mundo enviada
fantasma de vapor, visión mentida.
Así pasó al volver a su castillo
rígida, esquiva y muda Genoveva
el puente y el rastrillo;
e internándose en él a paso lento,
el camino tomó de su aposento,
de ver ni oír sin dar visible prueba
y a todo lo exterior indiferente:
cual insensible autómata obediente
al mecánico impulso que le lleva,
que al parecer marchando por sí mismo
por medio va de la asombrada gente,
sin que haya mientras pasa quien se atreva
a examinar su oculto mecanismo.
Genoveva, en su cámara encerrada,
por su nodriza nada más servida,
rehusa a nadie ver ni escuchar nada,
como ajena a las cosas de esta vida,

de otro mundo en las cosas ocupada;
y el bastardo de Hunaldo y sus mancebos
y Ayzón, que con porfía,
para verla o hablarla, medios nuevos
inventan importunos cada día,
no consiguen jamás mirar su puerta
ante su afán o su cariño, abierta.

Demandan e interrogan a la nodriza en vano;
la anciana, de la puerta sentada en el umbral,
contesta solamente que Genoveva cuenta
a solas de su vida las horas que se van.
En demandar insisten y a responder se niega
la anciana a Genoveva sin reflexión leal:
mandóla ella el silencio guardar más absoluto
y en su aposento a todos la entrada rehusar.
Y calla y llora, y vuelven el viejo y los mancebos
a preguntar tenaces; y, fiel como tenaz,
la anciana de la dama repite solamente
que cuenta de su vida las horas que se van.
Y el viejo y el mancebo, de su señora hechos
la ley y los caprichos humildes a acatar,
esperan que el capricho de su señora pase
y de contar acabe las horas que se van.
El viejo cree que el duelo del hondo desengaño
de la doblez del conde la dama olvidará;
y pasará cual todo sobre la tierra pasa,

como el placer más vivo, como el mayor afán.
Pero el bastardo olvida que la infeliz doncella
cuya alma su amor único nutrió en la soledad,
su amor único ahora para arrancar del alma,
tal vez pedazos de ella con él arrancará.
Y mientras él se fía con cálculos vulgares
en la inconstancia de almas de condición vulgar,
y mientras él medita de insólita venganza
con cálculos mundanos el tenebroso plan;
olvídase el bastardo de Dios, que ha condenado
su raza de fe estéril a fatalismo tal,
que al dar la vida a un ángel en ella, nacer le hizo
también bajo el influjo de tal fatalidad.
Ninguno de su raza será sobre la tierra
feliz: de buena muerte ninguno morirá;
es sino de su raza, y sobre todos pesa
de su destino infausto la condición fatal.

Capítulo VIII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

II

Y he aquí que el albor de la mañana
al purpurear un día en el Oriente,
asombró a los vigías del castillo
ver de su base en rededor tenderse
en numerosas y ordenadas haces,
en tren de guerra y de batir con trenes,
tomando posiciones estratégicas
con ciencia militar armadas huestes.
Por doquiera que un paso algo accesible
abre un claro de bosque, una vertiente
del agua torrental, o una quebrada
que invisible salida ocultar puede,
numerosa legión o escuadrón recio
a apoderarse de él subiendo viene,
sin dejar, por desprecio ni descuido,

derrumbadero, atajo, salto o puente.
Los moradores del tranquilo valle,
en sus hogares asaltados viéndose,
huyen hacia los montes o al castillo
corren desatentados a acogerse.
Sus murallas y torres poco a poco
coronándose van de armada gente,
del bastardo y de Ayzón bajo las órdenes,
quienes las dan con gravedad solemne,
sin priesa y sin temor, mirando juntos
de la cuesta subir por la pendiente,
sin miedo y sin temor lo mismo que ellos,
con mesurados pasos un jinete.
El bastardo y Ayzón, mientras subía,
concertado su plan rápidamente,
resolvieron salir a recibirle
antes que a la alta plataforme llegue.
Salieron ellos y él llegó. En la punta
de su largo lanzón trae el que viene
un pergamino, que tendió al bastardo
de él y Ayzón a seis pasos deteniéndose.
El viejo, de la punta de la lanza
con desdeñosa calma recogiéndole,
rompió los sellos, y leyó impasible
estas frases tan claras como breves:
Arras de esposo a Genoveva he dado

y vuelvo ante ella a que por tal me acepte.
Por señor de esta tierra o por su esposo
el castillo en que estáis me pertenece;
o entregadme el castillo con mi esposa,
o entro y os trato con él como a rebeldes.
Decía así el escrito y se firmaba
BERNARDO en colosales caracteres.

El pergamino se guardó el bastardo,
y al mensajero despidió diciéndole:
«Decid al que os envió con este escrito
que hoy mismo a él contestará quien debe:
y que si no trae alas, no sé cómo
jamás a entrar en el castillo llegue.»
Dijo, dejó plantado al mensajero,
y siguiéndole Ayzón, se cerró el puente.
El bastardo de Hunaldo que, por hombre,
de los vasallos de la dama jefe
se cree y lo es por derecho, y su señora
y ellos al par por su adalid le tienen,
la suprema ocasión juzgó llegada
a la cabeza de ellos de ponerse
y de hacerse otorgar por Genoveva,
como en caso de lid, amplios poderes.

Al lugar en que ajena a lo que pasa
de su castillo en derredor parece,
el camino emprendió, determinado

de su señora respetar a hacerse.
Cruzó los pasadizos complicados,
los cubos y baluartes que defienden
la torre colosal del homenaje,
de la señora del castillo albergue;
y llegando a la puerta de su cámara
ante la cual velaba tristemente
la nodriza, la dijo: «Debo verla.»
Y ella le respondió: «Sin duda duerme;
desde ayer no he sentido en su aposento
ni voz, ni paso, ni el rumor más tenue.»
«Abre, dijo el bastardo; es ya preciso
que torne en sí y a la razón despierte.»

Atajarle la anciana intentó el paso;
mas resuelto el bastardo e impaciente,
empujando con ímpetu la puerta,
entró en el silencioso gabinete.
Corridos los espesos cortinajes
sobre los bizantinos ajimeces,
el camarín callado está en tinieblas;
paróse el viejo en el umbral, prudente,
y llamó a Genoveva, como el hombre
de su absoluta confianza puede;
mas nadie respondió: tornó a llamarla
y en la sombra su voz tornó a perderse.
Avanzó a un ajimez: el cortinaje

desatentado asió; y al descorrerle,
penetrando la luz, de aquel silencio
puso a sus ojos la razón patente.
Sobre su blanco lecho Genoveva
dormir con sueño virginal parece:
a sus labios asoma una sonrisa,
la paz de la virtud brilla en su frente;
cubren su casto cuerpo de sus ropas
con virginal pudor los anchos pliegues,
y el lirio de oro que la dió Bernardo
sobre su pecho entre sus manos tiene.
Con la suya el bastardo asió sus manos
y las halló bajo su mano inertes:
fría, muda y ya rígida dormía,
pero dormía en brazos de la muerte.
Un pergamino, de su casto lecho
puesto a la cabecera sobre un mueble,
desde la eternidad por ella hablaba
al bastardo de Hunaldo de esta suerte.
Hoy el Emperador, por mi emplazado
ante el juicio de Dios, a esta hora muere:
voy a abogar ante él por nuestra raza:
tú, bastardo leal, lee y obedéceme.
Mi cuerpo expira de alimento falto:
mi espíritu fugaz de él se desprende
como el aroma de una flor que brota

en terreno sin jugo, erial y estéril.
Nada quede de mí sobre la tierra;
pues de quien ser debió ser ya no puede,
que ni aún el polvo de mi inútil cuerpo
el vil Bernardo, si regresa, encuentre.
Símbolo de mi amor es la azucena
que él me dió en arras; si le ves, devuélvele
su prenda y su palabra: y a Dios deja
que su traición castigue y mi amor vengue.
Mis tesoros recoge, pues mi nombre
y mis derechos heredar no debes;
y que jamás ampare mi castillo
contra Aquitania a príncipes ni a reyes.

Este escrito fatal leyó el bastardo
con mudo horror; dos lágrimas ardientes
brotaron de sus ojos, y un momento
contempló aquella víctima inocente
del fatalismo que a su raza acosa
desde la cuna hasta el sepulcro siempre.
Mas no es hombre el bastardo a quien las penas
hagan olvidar nunca sus deberes.
Tornó en sí; y extendiendo entrambas manos
de Genoveva sobre el cuerpo inerte:
«Yo te obedeceré, dijo; y a él... darle
procuraré con Dios lo que merece.»

Su sombrío ademán, su calma fría
a recobrar tornó. Para que vele
de su señora el cuerpo, a la nodriza
introdujo en el triste gabinete:
y mientras ella en despechados gritos
exhala su dolor, rápidamente,
mas con mano segura y claras cifras
escribió para el conde este billete:

Si ver el conde por la vez postrera
a Genoveva de Aquitania quiere,
al islote del lago acuda solo
cuando toque el sol de hoy en Occidente.

Capítulo VIII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

III

La atmósfera empañaba calígene ondulante
que desgarraba apenas amarillento sol:
la tarde estaba opaca y el aire murmuraba
en torno del castillo con quejumbrosa voz.
Tocaba el sol ya casi los montes del ocaso,
cuando del lago a orillas en escondido ancón,
la voluntad postrera de Genoveva cumple
con ceremonia extraña su extraño sucesor.
En una barca estrecha, que se gobierna sólo
por medio de dos remos, sin proa y sin timón,
tendido está el cadáver de la infeliz doncella,
de su tronchado tallo como arrancada flor.
Su tronco apenas yerto, su faz privada apenas
de la flexible gracia vital de su expresión,
reposa sobre un lecho que cubre un rico paño

que al agua cae plegado del barco en derredor.
Oprimen amorosas el lirio de Bernardo
las manos del cadáver aún al corazón,
y en el mortuorio paño su cabellera tiende
sus rizos que aún exhalan inextinguible olor.
Las formas de su casto e inmaculado cuerpo
dibujan su perfecta, gentil modelación,
debajo de los pliegues de un velo trabajado
por las esclavas de Asia con oriental primor.
Hermosa todavía, su pálido cadáver
del alma y de los ojos atrae la admiración;
la muerte en aquel cuerpo de virginal pureza
ostenta su paz santa sin inspirar horror.
Los hijos del bastardo, que en brazos le han traído
por orden de su padre, que les seguía en pos,
inconsolables lloran, mientras el viejo torvo
desata los amarres del bote ondulador.
¡Tristísima es la escena! Del padre y de los hijos
las almas en silencio devoran su aflicción:
porque por vez primera del impasible viejo
se ve en la faz la huella de su íntimo dolor.
Mas contemplando el cielo, les dijo de repente:
«volveos al castillo», y en el batel saltó:
y con vigor un remo sobre la tierra hincando,
pujó y sacó la barca del escondido ancón.
Aseguró en los férreos escálamos los remos,

y el agua la fantástica embarcación sulcó;
bogando hacia el islote por el desierto lago,
como la Estigia cruza la barca de Carón.
Mas boga lentamente: los brazos del bastardo
se ve que no despliegan su natural vigor:
sus ojos se complacen sitiendo una por una
sus lágrimas ardientes brotar del corazón.
Bogaba tan despacio, que de la luz del día
la claridad rojiza crepuscular se hundió
detrás del horizonte, sus últimos reflejos
llevándose cual cauda de su áureo manto el sol.
Cuando del lago al centro llegó, la parda niebla
por cima del castillo la luna desgarró,
y un rayo nacarino de su fulgor sereno
desparramó su lumbre del barco en derredor.

Capítulo VIII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

IV

Cegado por su amor y su amor propio,
la extraña cita al recibir el conde,
respuesta a su cartel, desconfianza
no tuvo en ir al solitario islote.
Fiado en la pasión de Genoveva,
creyó que al fin, a su reclamo dócil,
darle quería tras de amantes quejas
entrada en la mansión de sus mayores;
y como de la dama y del bastardo
de tiempo atrás la lealtad conoce,
acudió sin más armas que su espada
de la cita al lugar, solo, en un bote.
Y largo tiempo que aguardaba hacía
adormecido en dulces ilusiones,
cuando en la superficie de las aguas

que sus miradas con afán recorren,
allá a lo lejos divisó, acercándose
con marcha lenta, perezosa y torpe
para la honda impaciencia que le acosa,
del bastardo el batel que el agua rompe.
La luna que, en su lleno, poderosa
reina del firmamento y de la noche,
por él al elevarse había el cielo
limpiado ya de nubes y vapores,
quebraba sus reflejos argentinos
en los puntos salientes que la móvil
barca, al mecerse sobre el agua, inquieta
ante los rayos de su luz expone.
El velo blanco que el cadáver cubre,
el lirio de oro que sus manos cogen,
la nacarina tez de su semblante
y sus dorados rizos, que del bote
a popa hace la brisa con su soplo
que sobre el paño funerario floten,
lanzan destellos cuyo brillo envía
luz de esperanza al corazón del conde.
Recuerda la beldad de Genoveva,
y al venir a su encuentro, la supone
por mujeril instinto engalanada
con prendas que sus gracias avaloren.
Compasados, monótonos e iguales

sobre el agua caer los remos oye,
y el impulso que dan a la barquilla
mide contando con afán sus golpes.
Entró, al fin, en el círculo a que puede
llegar la vista natural del hombre,
y al notar la actitud de Genoveva,
aunque lo cree, le extraña que repose.
Coquetería mujeril juzgólo,
dispuesto a favorables impresiones,
y sonrió juzgándose seguro
de vencer de su enojo los rigores;
y ciego en su ilusión, tomó tranquilo
continente gentil, actitud noble,
de la primer mirada de la dama
para arrostrar sin desventaja el choque.
Llegó el bastardo ante él; mas a distancia
y de la tierra sin tocar el borde,
vió que el viejo no más se levantaba,
permaneciente Genoveva inmoble.
El frío del pavor sintió en su pecho
penetrar; el espíritu asaltóle
de la verdad horrible la sospecha,
y un crimen más horrendo imaginóse.
Y al bastardo capaz de él suponiendo
de pronto, allá en su espíritu imputósele,
y de la muerte natural y el crimen

quedó aterrado ante la angustia doble.
Mudo, luchando con la doble duda,
la vista fija en la mujer inmóvil,
esperó con afán un movimiento
de ella o del torvo viejo explicaciones.
Éste, con faz sombría y agrio acento
le dijo: —«Ha preferido, señor conde,
la eternidad al tálamo. Os lo dije,
no anidan con la garza los halcones.
—¡Muerta! —Como lo veis: y en ese escrito
su voluntad postrera nos impone.
Su muerte es obra vuestra: Dios tenía
que maldecir, al fin, tales amores.»
Y el lirio y el escrito de la dama
tirándole a los pies, mientras el conde
se afana por leerle con la luna,
desde el barco el bastardo así explicósele:
«Se ha dejado morir por no ser vuestra,
y hasta su polvo a que encontréis se opone:
y no le encontraréis, porque este lago
no lo vuelve jamás cuando algo sorbe.
Su lecho es de larguísimas mimbreras
y ramajes acuáticos un bosque,
que abrazarán su cuerpo en cuanto se hunda
y de nudos sobre él harán millones.
Si por sed de venganza o por cariño

nefando le buscáis, para que robe
su presa al lago vuestro amor maldito,
fuerza será que vuestra sed le agote.
Yo no os quiero matar, porque he escogido
verdugo para vos más que yo noble;
y aunque a mí vida y salvación me cueste,
yo os llevaré a fin tal que al mundo asombre.»
Dijo, y los remos el bastardo asiendo,
dió tal impulso repentino al bote,
que antes de que él de su estupor volviera,
bogaba ya el batel lejos del conde.

Absorto, anonadado, sin voz, sin movimiento,
bogar con el cadáver mirándole quedó,
como una de las sombras que deja abandonadas
a orillas de la Estigia la barca de Carón.
Zumbaba en sus oídos, turbando su cerebro,
del viejo inexorable la amenazante voz,
sin que pudiera el conde tejer con sus palabras
ideas que formaran sentido en su razón.
La conmoción violenta del imprevisto golpe
en el cerebro a un tiempo y el corazón le hirió,
y la verdad horrible le reveló de su alma,
que amaba a Genoveva con verdadero amor,
que amaba a Genoveva con un amor exento
de cálculos mezquinos de sórdida ambición,
y que perdía en ella la dicha en este mundo,

la estrella y la esperanza en cuya luz fió.
Sintiendo su cerebro, a la locura próximo,
de aquella idea horrible girar en derredor,
quedó por largo espacio inmóvil, como un ebrio
que busca el equilibrio del cuerpo y la razón.
Y mudo, contemplando la barca que se aleja
en lúgubre silencio, tenaz permaneció,
oyendo, sin conciencia de lo que ve y escucha,
de los lejanos remos el compasado son.
La barca de repente sobre el tranquilo espejo
del agua azul del lago su marcha interrumpió
y sobre el casco inmóvil alzarse lentamente
se vió la móvil sombra del torvo conductor.
Bernardo lo veía, como quien ve de un sueño
pasar las vagas sombras por su imaginación,
y vió, sin darse cuenta de lo que ve, al bastardo
que un punto sobre el blanco cadáver se inclinó.
Volver a enderezarse le vió sobre la barca,
mas pareció aumentada su forma en derredor
y dobles sus contornos, cual si su cuerpo hubiera
tomado al levantarse la dimensión de dos.
Aquella doble, negra, siniestra y móvil forma
que sobre el cielo un punto fugaz se dibujó,
como un vapor al soplo del viento se deshizo
del conde hiriendo a un tiempo la vista y la razón.
Al deshacerse aquella siniestra y doble forma

que un punto sobre el barco fantástica se alzó,
se propagó en el aire, creciendo sobre el agua,
un trémulo, profundo e indescriptible son.
Tras él quebró las ondas en torno de la barca
un círculo: y mil otros brotando de él en pos,
concéntricos los unos tras otros extendieron
interminables ondas del centro alrededor.
Contra el islote apenas veloz, creciente y trémula,
del círculo primero la onda se rompió,
el ruido de su espuma dió al alma de Bernardo
de la verdad conciencia y luz a su razón.
Del viejo vengativo las frases concibiendo,
comprende que su infame promesa ejecutó,
y el alma recobrando y a la razón volviendo,
de angustia y rabia un grito del pecho desgarró.
Rindióle tal esfuerzo: sus lágrimas brotaron
y a orilla de las ondas sin fuerzas se postró,
y con despecho inútil sus ojos alcanzaron
la barca del bastardo que a navegar volvió.
Y el viento le traía del viejo una canción
de la que sólo oía
sin la palabra el son
y a un tiempo parecía
su extraña melodía
pagana evocación,
mortuoria salmodía, balada de una orgía,

clamor de una oración...
Y el conde la sentía
con íntima aflicción
mortal melancolía
traerle al corazón.

Así permaneció por largo trecho
mudo, inmóvil, absorto y abismado
en aquel pensamiento, que no acierta
su mente a comprender: allá a lo lejos,
bajo de las defensas del castillo
el bastardo en su barca permanece
a su vez espiándole. Las aguas
riza apenas un aura imperceptible:
la quietud y el silencio de la noche
de su azul extensión se enseñorean,
cual si en torno del lago y de castillo
tranquilo todo reposara en brazos
del más profundo y apacible sueño.
Como quien vuelve de él, empezó el conde
su dominio habitual sobre sí mismo
a recobrar al fin; lanzó del pecho
hondo suspiro: la mirada vaga
tendió en su derredor;
y los lugares
reconociendo, comenzó conciencia
a cobrar de los hechos: sus ideas

se fueron aclarando; y poco a poco
su razón a su afán sobreponiéndose,
al sentimiento dominó la idea.
El hombre de partido, el ambicioso,
el político, al fin, sus sentimientos
a su interés somete: se avergüenza
de tener corazón; y amor, familia,
fe y amistad a la ambición pospone.
Y así son los que son hombres de mundo:
hombres sin corazón, que sacrifican
los instintos que Dios en él les puso
a los vacíos ídolos que adora
la sociedad humana, esclava ciega
de teorías locas. Y así el conde,
su pesar sin remedio arrinconando
en el fondo de su alma, el frío cálculo
al fuego del pesar ahogó egoísta.
Y el hombre de partido, el ambicioso,
el político, en fin, ahogó al amante
y al caballero en él; y sepultando
su amor con el cadáver de su amada
en el fondo del lago, irguióse altivo;
dió a su ambición voraz todo el espacio
que el amor en su espíritu llenaba,
y ansioso de venganza y libre al cabo
de la fe y del amor que a Genoveva

le hicieron respetar, todo su odio
concentró en el bastardo. Torvo, mudo,
de su emoción señor, dueña absoluta
de su dolor su voluntad, sereno,
silencioso y a paso mesurado
del islote bajó a la opuesta orilla;
y el nudo en que la había asegurado
soltando, se hizo al agua en su barquilla.
¡Era un hombre de mundo... y un malvado!

El bastardo sagaz, que su mirada
había tenazmente desde lejos
en él tenido sin cesar clavada,
de la luz de la luna a los reflejos
su movimiento vió; y adivinando
cual si en la mente y corazón leyera
del conde su intención, quedó esperando
a que del otro lado del islote
el esquife del conde apareciera.
Y apareció: su curso acelerando
con los remos le vió guiar su bote,
el haz del agua límpida rasando
como una golondrina, a la ribera.
Entonces lentamente conduciendo
su barca hacia el ancón, sobre la alfombra
de césped que le borda y a la sombra
de la mansión feudal saltó diciendo:

«Con uno acaba de los dos la guerra
de la raza de santos de Tolosa
y la de Waifro impía y rencorosa.
Veremos cuál es de ambas la que cierra
de su último campeón la sepultura,
y con su última lápida mortuoria
cierra un gran manantial de desventura
y un capítulo negro de la historia.»

Capítulo VIII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

V

Audaz el conde y el bastardo terco,
los fosos hondos, los baluartes altos,
Bernardo del castillo apretó el cerco
y le dió dos inútiles asaltos.
Mas no es empresa fácil, aunque el conde
conoce los ocultos pasadizos
y subterráneos cóncavos por donde
poder minar baluartes tan macizos;
pues le sale por minas y baluartes
el bastardo a atajar por todas partes.
Del castillo de Waifro es el recinto
por cima y por debajo de la tierra
de defensas y pasos laberinto:
si sucumbe ha de ser en larga guerra.
A apoderarse de él determinado,

incendia en torno de él bosque y maleza
el conde, con intento meditado
de dejar sola en el peñon aislado
de un desierto en mitad la fortaleza.

Despejó la montaña en que se apoya:
y dondequiera que barranco, grieta,
sima, gruta, quebrada, fosa u hoya
salida pueden ocultar secreta,
obstruyó, u ocupó con gente suya
porque el bastardo de ellas no se valga,
auxilio le entre o mensajero salga,
y si le vence, al fin, no se le huya:
con cuyo ardid y al fin de cuyo estrago
cercó y circunvaló castillo y lago.

Cuatro días después llegó, rendido
de correr, a su campo un caballero
que había a los funerales asistido
del piadoso Luis, que había partido
su imperio entre sus hijos, y heredero
con ellos a la par de un grande Estado
al hijo de Judith había nombrado.
Pero ninguno de ellos satisfecho
con la heredada parte de su tierra,
de su ambición a Dios juez habían hecho,
cada cual su derecho
confiando a la suerte de la guerra:

estaba, pues, la lucha fratricida
de Luis entre los hijos encendida.
De la muerte de Luis hay en la nueva
un dato asaz extraño: que moría
el viejo Emperador el mismo día
en que había expirado Genoveva.

Misteriosa y fatal coincidencia
que en el póstumo escrito de la dama
marcaba, la atención del conde llama
cual fallo de la justa Providencia.
Superstición de la época, o misterio
real de la alta justicia soberana,
murió el último jefe del imperio,
de la estirpe aquitana
destructor, a la par en día y hora
con la última ignorada castellana
del aquitano reino sucesora.
El conde comprendió con tal aviso
que acosar al bastardo sin reposo,
momento sin perder, era preciso,
y no entrar el castillo vergonzoso.
Salió, pues, de su tienda decidido
nuevo asalto a ordenar recio y postrero;
y al castillo al mirar, no conocido
vió un pabellón en el torreón frontero,
que en escritura negra en campo rojo

ostentaba en latín este letrero:
KAROLUS REX. ¿Qué Carlos? ¿Por qué antojo,
por qué oculta razón, por cuál misterio
el bastardo de un rey toma el partido?
¿Qué jirón es su reino del imperio?
CARLOS REY. Mas ¿qué Carlos? ¿Cómo sabe
el bastardo antes que él lo que ha podido
de un éxito final darle la clave
y afiliarle a ese rey desconocido?
CARLOS REY. De encontrados pensamientos
revuelta tempestad brota en su mente;
de encontrados intentos
febril efervescencia de repente
le agita con opuestos sentimientos.
Determinó, impaciente,
el castillo asaltar, reflexionando
que es fuerza para hacerse independiente
en la guerra civil tomar un bando:
y en tal resolución, con tal porfía
preparando el asalto pasó el día.

Cerró la noche: de apiñadas nubes
dejó el día cargado el horizonte:
poco a poco la bóveda del cielo
entoldaron sus negros pabellones.
Ni un solo punto azul en él dejaron
ni una estrella visibles: los rumores

nocturnos propagarse en las tinieblas
entre mil ecos pavorosos se oyen.
Es una de esas noches que ejerciendo
una influencia física del hombre
sobre el cuerpo, a impresiones no sentidas
por él jamás su espíritu disponen.
Todo calla en el campo; ni en su tienda
tiene ya luz el desvelado conde:
y aunque todo parece que en él duerme,
todo tal vez en él vigila insomne.
No sé qué vago miedo hay en la atmósfera
que oprime los más bravos corazones
con un presentimiento como él vago,
aunque explicable y a razón conforme.
Minando en las tinieblas por un silo
la fortaleza están aquella noche
los mineros del conde, y el asalto
debe darse del día a los albores.
Y no hay valiente a quien de asalto en vísperas
o batalla no asalten aprensiones,
superstición, presentimientos..., miedo,
en fin, del mortal riesgo a que se expone.
Todo yacía en calma y en silencio
y en tinieblas: el tercio de la noche
transcurrido iba apenas, cuando pálidos
comenzaron movibles resplandores

a divisarse del castillo dentro,
destacándose de él los torreones,
alminares y cúpulas y almenas
sobre aquella cortina de luz móvil.
Apercibióla el conde, que velaba,
y temiendo un ardid que desconoce,
lanzó en la oscuridad de su guerrera
trompa un agudo y repentino toque.
Todo el campo a su son en faz se puso
de pelea: y con ojos avizores
del castillo la luz contemplan todos
que gana intensidad y dimensiones.
Arde el castillo: mas el conde ignora
si le lograron incendiar sus hombres
por las minas secretas, o le incendian
a expreso o por azar sus defensores.
De repente un horrísimo estallido
ensordeció la atmósfera: y la enorme
torre del homenaje desplomándose,
el incendio interior manifestóse.
Un horno inmenso reventó en el centro
del castillo de Waifro; flameadores,
de una palma de fuego cual penacho,
como del cráter de un volcán que rompe
en erupción furiosa y repentina,
del centro alrededor los torreones,

cúpulas, alminares, capiteles,
atalayas, en fin, y miradores
lamieron, azotaron y ciñeron
tropel de salamandras y dragones
inflamados, lanzándose a cebarse
en las salientes piedras exteriores.
Las llamas con mil lenguas que en la boca
de aquel volcán renacen y se esconden
sin cesar, reventando las vidrieras,
brotaron por troneras y balcones.
Tal poder concebirse no podía
en el fuego que ataca tales moles,
sin que el poder de Satanás le atice
u ocultos combustibles se le doblen.
Es un fuego voraz que lo calcina
todo, lo pulveriza y lo corroe;
es como el fuego griego, que materia
no hay en tierra ni en mar que no devore.

Y creció sin cesar: su hoguera inmensa
alumbró con siniestros resplandores
el campamento, el lago, las montañas,
el hondo valle y los lejanos bosques;
mas del centro voraz de aquel incendio
no se oyeron salir ayes ni voces,
ni una sombra se vió de ser viviente
asomar por sus muros ni sus torres.

El fuego, al parecer, consumió a un tiempo
del castillo de Waifro piedras y hombres.
sin dejar de él ni de ellos más que un nuevo
pábulo a pavorosas tradiciones.
Cuando logró después de cuatro días
en su recinto penetrar el conde,
no halló más que montones de cenizas
dentro de sus ahumados paredones:
y en el postrer baluarte que se alzaba
sobre un peñasco inaccesible al Norte,
sobre el lago, el pendón en que está escrito
de CARLOS REY el misterioso mote.

Sólo su gente al recoger un día,
tropezó en un barranco con un golpe
de gente armada, que se dió a la fuga
al doblar él la cúspide del monte.
Cargó, empero, sobre ella con su escolta:
mas unos como zorras por los bosques
se perdieron, algunos se salvaron
jinetes en caballos muy veloces,
y de unos pocos que cogió no pudo
saber al cabo nada más que el nombre
de su jefe: era Ayzón que del castillo
rondaba alrededor; pero fugóse.

La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

Es un crimen de rey, un sacrilegio
que mal explican tradición e historia:
es un perjurio vil el crimen regio
que voy aquí a traer a la memoria.
Del cronista y de bardo es privilegio
de los reyes abrir la urna mortuoria,
de la edad posterior llamando al juicio
del bueno y malo la virtud y el vicio.

I

Descendencia imperial de Carlomagno,
del piadoso Luis raza inquieta
desgarró el testamento de su padre,
como suelen hacer las razas regias.
Mientras no hay más que un príncipe heredero
de la nación en que su padre reina,
entra a reinar en paz; si tiene hermanos,

rara vez contra él no se rebelan.
Si el reino el muerto rey divide entre ellos,
ninguno con su parte se contenta:
si al uno nombra rey, todos los otros
mejor derecho que el nombrado alegan.
Promete cada cual mejores leyes
al pueblo y en edén tornar su tierra:
cree el pueblo sus palabras, se levanta,
y mejorar creyendo, se degüella.
Vence y queda uno solo: sube al trono,
pero pobre de gentes y de rentas,
vuelve a pedir al pueblo oro y soldados
para poder cumplirle sus promesas
Vuelve el pueblo a doblar sus donativos;
cuanto más da oro y sangre, más se merma:
no puede el rey cumplir; muere, y sus pueblos
vuelven por mejorar a la pelea.

Es la historia de pueblos y de reyes
desde Adán hasta hoy; tras cada guerra
quedan peor los reyes y los pueblos,
y ni pueblos ni reyes escarmientan.
¿Hay remedio? No sé: si le hay, no toca
buscarle y señalarle a los poetas,
que en la historia de pueblos y de reyes
no hacen más que cantar lo que otros cuentan.
Los poetas son átomos sonoros

que con el viento de su siglo ruedan;
mas a la edad futura de su siglo
la queja y el cantar escritos legan.

Del piadoso Luis los nobles hijos,
Carlos el de Judith, Luis de Baviera
de una parte, y Pepino con Lotario
por la otra, de cordial inteligencia
y de entrañable y fraternal afecto
dando alto ejemplo y cariñosa muestra,
en Fontenay vinieron a las manos
como lobos que caen sobre una presa.
Bernardo de Tolosa y Barcelona,
que, aliado de Lotario, su bandera
y gente unió a las de éste, de su campo
mantenía por él la ala derecha.
Asegura a Lotario la victoria
los reinos de Aquitania y de Provenza;
y a Bernardo, señor de Septimania,
de Barcelona da la independencia.
Los odios y alianzas de los reyes
sobre la fe del interés se asientan:
Bernardo contra Carlos por Lotario
por su interés a pelear se apresta.
De Judith campeón, de Carlos ayo,
doble es su ingratitud, doble su ofensa:
Carlos va entrar en lid con él, ansiando

poderle amortajar con su bandera.
Infame y deshonrosa la victoria
para todos va a ser, venza quien venza.
mas sin duda el ser rey cosa es muy dulce
cuando amarguras tales atropella.

Carlos y Luis, más mozos e inexpertos,
trabaron los primeros la pelea:
Lotario y sus aliados, más guerreros,
al ímpetu opusieron la destreza.
Pelearon al par los cuatro hermanos
con la ferocidad de las panteras,
y su odio fatricida hartó de sangre
el campo que brotó roja la hierba.
Los de Carlos y Luis cargan furiosos,
mas aunque llevan lo peor, no cejan:
los de Lotario, con mejores jefes
y con el orden mejor, sus filas menguan.

Ya de Carlos y Luis iban las huestes,
lid apenas trabada, a ser envueltas:
ya Lotario y Pepino con Bernardo
entraban en la lid como a una fiesta,
y ya Carlos y Luis a sufrir iba
de su ardor juvenil las consecuencias,
cuando cambió de la batalla el éxito
nuevo adalid con quien ninguno cuenta.

A espaldas de Lotario comenzaron
con repentino incendio a arder sus tiendas,
y entre las nubes de humo que hacia el campo
el viento trae desde su grande hoguera,
se adelanta una hueste numerosa
que con un jefe audaz a la cabeza,
metiéndose por Carlos en la liza,
las huestes de Lotario desordena.
Un viejo y dos mancebos vigorosos,
que tremolan lidiando una bandera
que dice CARLOS REY, con sendas hachas
de cada tajo una cerviz cercenan.
Lotario y sus aliados impelidos
cejan, a su pesar, por sus deshechas
legiones, que en su fuga les arrastran
a su perdida autoridad no atentas;
y mientras que la lid por ambos flancos
los fugitivos al huir despejan,
Carlos y Luis, que avanzan por el centro,
con su auxiliar incógnito se encuentran.
La tierra de la lid literalmente
estaba de cadáveres cubierta;
con el polvo, el sudor, la ira y la sangre
incognoscibles los semblantes eran.

Mas Carlos, al leer su nombre escrito
en el rojo pendón que el viejo lleva,

dirigiéndose a él, le dijo: —«Os debo
la victoria, el honor y la existencia:
¿quién sois? —Os lo diré con más espacio
cuando ceñida a vuestra frente vea
la corona de Francia, con la gente
y el oro de que os vengo a hacer oferta.
¿Les aceptáis? —No son oro y soldados
cosas de despreciar a la hora de ésta.
—Pues si mi oro tomáis y mis consejos,
ni un enemigo os quedará en la tierra.
—Gracias. —No perdáis tiempo en vanas frases:
los que vencidos hoy el campo os dejan,
mañana volverán; y este consejo
es de mi utilidad la primer prueba.»
El juicio de aquel hombre hallando recto,
Carlos tomó a aquel hombre tal cual era,
y recogió su campo y al incógnito
con sus tesoros recibió en su tienda.
Carlos, del viejo al recibir tanto oro,
de dudar de su fe no halló manera,
y vendiéndose al diablo, al viejo incógnito
tendió su mano de amistad en prenda.

La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

II

Y si el diablo no es, del diablo tiene
el incógnito el arte y sutileza,
según de los destinos de su reino
y del alma de Carlos se apodera.
Con Navarra y los moros de Lotario
y Bernardo se unieron las enseñas;
Carlos, por su consejo, el patrocinio
se atrajo del Pontífice y la Iglesia.
Los obispos y el clero declararon
buenos a Luis y a Carlos: de anatemas
a Lotario cargaron, con fe unánime
dando de Francia a Carlos la diadema,
Carlos fué rey de Francia: desde entonces
de Carlomagno apareció la herencia
para siempre partida en la Alemania,

Italia y Francia. Osados contra ésta,
de Lotario y Bernardo por tres veces
rompieron los pendones las fronteras.
Mas por Carlos tres veces rechazados,
volvieron a pasarlas con vergüenza.
Lotario, al fin, cansado o impedido
por la imperiosa voz de su conciencia,
se metió en un convento, abandonando
su real papel del mundo en la comedia.
Mas Bernardo, señor de Septimania
por derecho heredado, y por la sierra
del Pirineo fuerte en Cataluña,
mantuvo su derecho con firmeza.
Carlos, modo no hallando de vencerle,
le propuso aceptar su independencia
de hecho si él se avenía a que en la forma
feudatario de Francia apareciera.
La forma era la paz; la paz el medio
de ganar ocasión, prestigio y fuerza
para poder más tarde soberano
ser: aceptó de Carlos la propuesta.

La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

III

Carlos bajó con ostentoso séquito
del conde de Tolosa hasta la tierra:
Bernardo le hospedó en un monasterio
de su ducal ciudad casi a las puertas.
La comitiva de ambos competía
en sus trajes cargados de oro y seda,
en su porte galán y en darse mutuas
de confianza irrecusables muestras.

Era un día risueño que alumbraba
un sol fecundador de primavera;
el aire circulaba embalsamado
con el primer olor de las primeras
hierbas y flores: sus primeros trinos
ensayaba en el árbol filomena;
era un día de abril en que iba virgen

a rejuvenecer la madre tierra.
Repicaban a vuelo las campanas
y estremecía el órgano la iglesia,
en cuyo altar mayor, lleno de luces,
con la pompa católica celebra
misa pontifical un viejo obispo:
nubes de humo de mirra le rodean;
grave comunidad de austeros monjes
con él ofician y a su voz contestan.
Delante del altar, sobre las gradas
del presbiterio, comunión esperan
de sus manos Bernardo y el rey Carlos,
que juran ante Dios su paz perpetua.
Delante de los dos, y entre un notario
y un rey de armas, estaba en una mesa
puesta el acta legal del juramento.
Comulgaron los dos: de aquellas épocas
a la usanza, el obispo con la tinta
y el vino consagrado hizo una mezcla,
y firmaron los dos con aquel líquido,
cual si de Cristo con la sangre fuera.
Las bóvedas del templo estremecieron
los cánticos de paz con que la Iglesia
en el nombre de Dios da paz al mundo;
unió el pueblo a su voz la de una inmensa
aclamación; y Carlos y Bernardo,

de Dios y clero y pueblo en la presencia
abrazándose, a Dios ante su pueblos
se juraron fe y paz sobre la tierra.
Hiciéronse a la par mutuos regalos:
mutuas explicaciones y promesas
cambiaron, y partieron encantando
al pueblo con sus dádivas y fiestas.

Aquella misma tarde del convento
de San Sernín salieron por las puertas,
tomando el buen rey Carlos y Bernardo
de sus Estados a la par la vuelta.

Y mil veces y mil así se ha hecho
entre reyes la paz; mas aunque de ellas
una entre mil fué paz leal, ninguna
fué jamás tan sacrílega como ésta.

La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

IV

Era un año después: había expirado
la Emperatriz Judith; con regia pompa
mandó el Rey celebrar sus funerales
y a su cuerpo labrar tumba marmórea.
Lloró el hijo a la madre: vistió luto;
fué pesadumbre verdadera y honda;
mas es ley de la vida: todo en ella
nace, vive y se va, como las hojas
que nacen en el árbol, que sombrean
el campo en el estío, que se agostan
en el otoño, que se caen y en polvo
el viento, arrebatándolas, las torna.
Era un año después. Carlos el Calvo,
merced a la influencia protectora
y al oro del incógnito, reinaba

como en aquella época azarosa
reinaban los monarcas, que sus guerras
zurcían sin cesar unas tras otras;
mas reinaba, hacia atrás en sus fronteras
sin volver sus enseñas vencedoras.
El incógnito aliado, a cuya diestra
política y al oro que atesoran
sus arcas su corona debe Carlos,
conserva su influencia poderosa
sobre él; su favorito tiene entera
su confianza real: conoce en todas
las jornadas su vida, y hasta parte
su real trabajo y distracción por horas,
y hasta educa los perros con que caza
y elige los caballos en que monta;
y según a sus cálculos conviene,
halaga sus pasiones o las doma.
Carlos jamás le preguntó su nombre,
y el saberle tal vez poco le importa;
pues de sus obras cada cual es hijo,
y no importa quién sea quien tal obra.
Carlos espera que el silencio un día
por espontánea voluntad él rompa;
y ese día llegó: y así el incógnito
habló, por fin, con el monarca a solas:

—«Tres años van que os sirvo desde el día
en que os di en una lid vida y corona
con mi oportuna entrada en el combate
y después con el oro de mi bolsa.
—Yo os lo he agradecido, dijo Carlos:
jamás mi voluntad la vuestra acota,
y ni aun cuenta os pedí de vuestro nombre
cual vos no la pedís de vuestras doblas.
Huélgome que rompáis vuestro silencio;
¿queréis que legalice y reconozca
las deudas que con vos he contraído?
La cuenta acepto, sin mirarla, toda.
—No se trata de cuentas: yo he obrado
siempre en el mundo por mi cuenta propia;
yo os he dado mi auxilio y mis tesoros,
mas nada me debéis: mi cuenta es otra.
Yo me he adherido siempre a las ideas:
a una mía lo está vuestra persona,
y por mi idea voy del rey de Francia
por la vida mirando y por la honra.
—¿Alguna de las dos amenazada
veis hoy? —Las dos lo están. —¿Quién en la sombra
la acecha? —Un traidor. —¿Quién es? —Bernardo,
señor de Septimania y Barcelona.
—¿Él otra vez? —Él siempre: es una oruga
que baboseó las imperiales ropas

de vuestro viejo padre: es una espina
que se os clava en el alma y se os encona.
Vuestros padres ya a Dios han dado cuentas
de su vida: mas vos de su memoria
arrancar debéis hábil esa espina
e impedir a esa oruga que le roa.»

Carlos sintió subirle a las mejillas
el fuego del rubor: su amigo toca
una llaga que él nunca se ha atrevido
a tocar: de su madre la deshonra.
Un adulterio real, hecho o calumnia,
lleva cual los cometas una cola
de luz, que en el espacio de los tiempos
la voz jamás de los cronistas borra.
Un adulterio real, hecho o calumnia,
un áspid es que el corazón acosa
de su real sucesión: la duda es áspid
al que el fallo mejor jamás ahoga.
Carlos había sentido en los rumores
del palacio agitarse de una crónica
truncada los pedazos, que en su oído
ninguna lengua atar osó... ni osa.

El viejo favorito de la sierpe
de aquella duda a reunir ahora
iba los trozos de veneno henchidos;
y Carlos tuvo miedo a su ponzoña.

El viejo favorito, sin embargo,
a entrar volviendo en la cuestión, que aborda
hoy sin duda de intento, y la vergüenza
sin mirar que la faz del rey sonroja,
empezó de la historia de su madre
los rumores a atar, con insidiosa
destreza uniendo trozos de la víbora
y a los ojos del rey dándola forma.
Cuando con todos sus anillos sueltos
volvió a formar la sierpe, cuando toda
la historia de Judith, hecho por hecho,
supuesto tras supuesto, hoja por hoja
tuvo junta..., es decir, cuando a los trozos
dió vida de la víbora, soltóla
de Carlos a los pies para que él mismo
a voluntad, la aplaste o la recoja.

«Así se cuenta, díjole acabando
de la mujer adúltera la historia:
así el juicio de Dios de la calumnia
la absolvió y salió incólume la esposa.
Mas no lo cuenta así ni así lo escribe
el conde desleal de Barcelona,
a quien halaga echarse al pie del trono
y un pico asir de su imperial alfombra.»

Carlos, voluntarioso, vengativo,
rencoroso y colérico, a quien dobla

la ajena voluntad que le maneja,
y siempre vil cuando cedió a la propia,
su ofendido amor propio rebelarse
sintió en su corazón, y de la cólera
amarillo tornándosele el rostro
dijo con voz reconcentrada y honda:

—«Que no lo cuenta así, ni así lo escribe?
¿Qué escribe, pues, qué cuenta? —Que la esposa
no ofendida del juicio y la calumnia
se acogió al monasterio altiva y hosca,
fiada en su virtud y en su justicia,
reparación para obtener más pronta,
sino que huyó con él, amante ciega,
por espontánea voluntad, y sola...
Sola con él, de su caballo a grupa,
y asida a su cintura, y con su boca
la del galán adúltera buscando
y apurando en sus besos su deshonra.
Que así fueron por páramos y selvas
como un juglar errante y una moza
sin pudor fugitiva de su casa,
pernoctando al azar de choza en choza.
Que un campesino les prestó su yegua,
siguiéndoles a pie, porque la loma
pudieran trasponer en que se alzaba
el murado convento, donde mora

aún la abadesa que amparó su fuga
y allí a la Emperatriz mantuvo incógnita.
Y allí les vió llegar el conde Huberto
una mañana al despuntar la aurora,
y les reconoció: pero Bernardo,
dejando a vuestra madre con las monjas,
fué a emboscarse en el monte entre el convento
y el castillo del conde, que en la próxima
altura se veía: y asaltándole
de repente al volver, de una traidora
lanzada le tendió, con su secreto
dejándole expirar sobre la roca.
Al trasponer el sol, vino sobre ella
a dar con él su desolada esposa,
que aún llora su alevoso asesinato
y el nombre vil del asesino ignora.
Despojado de cinto y coselete,
del birrete condal y algunas ropas,
achacóse su fin de bandoleros
sin Dios ni ley a vagabunda horda.
Déjalo así entender el buen Bernardo,
señor de Septimania y Barcelona,
duque y conde muy pronto independiente,
del honor imperial haciendo mofa.»

Carlos, tal al oír, dijo ebrio de ira:
—«¿Así lo cuenta? —Así. —¿Dónde? —En las hojas

de una carta, en la cual en vuestra madre
echa de infame adúltera la nota
y mancilla el honor del rey de Francia
de su raza infamando a las matronas;
y yo soy quien por él osa deciros:
el áspid aplastad que a su honor osa.
Al gusano aplastad que poco a poco
sierpe voraz a vuestros pies se torna;
ahogad ese reptil antes que vuele
con alas de dragón por vuestra atmósfera.
—¿Crees que puede tomar tan alto vuelo?
—Tal vez sus alas a probar se apronta
aprovechando el tormentoso viento
que contra vos en las fronteras sopla.
Pepino, a quien de título y derechos
de rey el pacto de Verdún despoja,
con Sancho de Navarra aliado avanza
y las fronteras de Gascuña asolan:
y detrás de los dos está Bernardo
que el fuego atiza. Aunque la mano esconda
tras de la hoguera inquieta, de su mano
de la llama a través se ve la sombra.
Mientras vivió Judith fué mi consejo
que hubierais paz con él: os iba su honra;
mas del calumniador en el castigo
va la venganza de su honor ahora.

Prevenido no os creen, pero yo os tengo
hueste escogida a la campaña pronta;
caed sobre Pepino y sobre Sancho,
y tras el velo de sus huestes rotas
quedaréis cara a cara con el conde
y... os podréis entender con él a solas.»

Dijo, y dió el favorito a su frase última
doblez tan insinuante e insidiosa,
que tornó en el espíritu de Carlos
sed de sangre voraz la hirviente cólera;
y rompiendo sus diques, de su asenso
fué la expresión una palabra sola.
«¡A caballo!», exclamó. Mientras se armaban
de marcha en pie las prevenidas tropas
le puso el favorito, y partió Carlos
al frente de su hueste poderosa.

Voló: cayó sobre Pepino y Sancho;
trabó la lid: fué suya la victoria:
citó a consejo como rey y amigo
al conde, y acampó frente a Tolosa.

La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

V

Carlos tiene sus huestes acampadas
en tierras de Bernardo; las fronteras
están a sus espaldas; como aliado
del conde, según él, pasó sobre ellas.
De Pepino y los suyos, enemigos
de él y el conde, a salvar vino sus tierras
así a Bernardo se lo escribe Carlos
y acampado le avisa que le espera.

Bernardo, o inocente o amparado
creyéndose de paz por la promesa
y el juramento ante el altar escrito,
del rey la cita y el servicio acepta.
Y mientras él al llamamiento acude
y los llanos y montes atraviesa,
Carlos mete en sus campos sus jaurías

y con su mies su ejército sustenta.

Nueva y extraña condición de amigo,
de alianza y de paz extraño genio
y hecho de niño a extravagancias de éstas.
Tiene a veces quiméricos antojos
que frisan en accesos demencia,
y sufre hipocondríacos ataques
que diz que a veces su cerebro alteran.
Enfermedad o depravado instinto,
ello es que veces mil dió en su impaciencia
o en su cólera muestras increíbles
de una inútil y bárbara fiereza.
Hoy la embriaguez del triunfo o, como quieren
algunos, de un mal astro la influencia
en tal exaltación tiene su espíritu
que su humor nadie a concebir acierta.

Carlos no acampa con su gente; tiene,
su pendón y sus guardias en su tienda
mas mora con su viejo favorito
en un convento de su campo cerca.
En el ala de Oriente, que los monjes
libre por fuerza o voluntad les dejan,
viven los dos servidos solamente
por monteros y gente de pelea
de la que el viejo favorito trajo
cuando unió a las de Carlos sus banderas;

gente toda valiente y bulliciosa,
que el claustro tienen en inquietud perpetua.
Del piso superior en las estancias
Carlos y el favorito se aposentan:
su gente de las bajas, más que huéspedes
que las moran, bandidos se apoderan.
En una de estas salas está siempre
con fiambres y vinos una mesa
prevenida, y pendiente de los dados
y copas gente brava en torno de ella.
Allí cantan y danzan de sus arpas
al son las provenzales juglaresas,
y ahogan el del órgano y los salmos
los ecos de la zambra jacaresca,
cuyos obscenos motes y estribillos
los hombres ebrios a la par corean
con los perros atados a los postes
que del salón las bóvedas sustentan.

Y allí en las altas horas pasar suele,
varias ya repitiéndose, una escena
que no puede explicar más que de Carlos
una manía bárbara y excéntrica.
Cogen todos los días en la caza,
para barbarie tal, alguna pieza
viva: una corza, un ciervo, alguna cabra
montés; una alimaña, en fin, de fuerza:

y amarrada a un pilar, hasta las horas
más altas de la noche la conservan
así, para la escena inexplicable
de que el rey es el héroe, y que es ésta.
Carlos, en medio del salón, de pronto
con la espada desnuda se presenta,
se aproxima a la bestia allí amarrada
y la cerviz de un tajo le cercena.
Descompuesta la faz, desmelenado,
torvo, febril, desatentado llega:
inmola al animal, ve de su tronco
la cabeza saltar, y da la vuelta.
Como espectro evocado se aparece:
cual conjurado espíritu se aleja.
Es una escena repugnante y algo
de infernal y fatídico hay en ella.
¿Es manía? ¿Es febril sonambulismo?
¿Es alarde de brío y de destreza?
¿Por qué multiplicarle? ¿Es que a tal golpe
necesita tener la mano hecha?
Los que ven golpe tal, del golpe admiran
la rapidez, la precisión, la fuerza;
mas ¿de tal golpe la razón comprenden?
¿La res decapitada representa
o reemplaza una víctima más noble?
¿Es un hombre, una raza o una idea?

¿Necesita el rey Carlos por ventura
ganar con tajo tal alguna apuesta?
Él lo sabe quizás. El favorito,
como la sombra que del rey proyecta
el cuerpo, detrás de él siempre aparece
y parte detrás de él: sombra siniestra,
agorera del mal, que del rey Carlos
la incomprensible acción muda contempla,
y que parte tras él después del golpe,
como Carlos del golpe satisfecha.

La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

VI

Es una tarde cárdena: ha amagado
durante todo el día una tormenta
que no rompe en turbión, aunque en el aire
los nubarrones sin cesar condensa.
El rey a caza no ha salido: un vago
miedo, una inquietud vaga se revelan
en su semblante torvo: en su aposento
se agita sin cesar como una fiera
enjaulada: se asoma a las ventanas
impaciente: se para y se pasea
por la cámara; a veces se dirige
la palabra a sí mismo: otras conversa
con el sombrío favorito, que oye
a veces impasible, y le contesta
a veces con palabras monosílabas,

como si a las de Carlos no atendiera.

Entretanto su gente en las estancias
bajas, donde sus órdenes espera,
bebe escuchando las picantes trovas
y cuentos de una errante juglaresa.
No hay res a los pilares amarrada:
las jaurías están con sus correas
atadas en el patio a las argollas
en que amarran los monjes sus acémilas.
Algunos perros favoritos duermen
a los pies de sus amos, u olfatean
el fiambre y las pastas con que excitan
la áspera sed con que los jarros merman.
Aquella sociedad, de cazadores,
de aventureros y soldados mezcla,
aguardaba las órdenes de Carlos,
que a su vez para darlas algo espera.
De repente un relámpago asomándose
con un fulgor de incendio a las vidrieras,
alumbró el cuarto y deslumbró los ojos
de los que en él estaban: voz tremenda
de la tremenda tempestad, que al cabo
en el aire cerniéndose revienta:
un trueno seco, cóncavo, estridente,
rugió en el cielo y conmovió la tierra.
Rasgó sus negros flancos el nublado,

y azotar se oyó al viento por afuera
los muros con la lluvia, sacudiendo
furioso las ventanas y las puertas.

Al par del vendaval, por la del patio
y como si el nublado le trajera
seguido de una corta comitiva,
se entró un jinete, que al portón se apea.
Echó con señoril desembarazo
de un paje en manos del corcel las riendas,
y cruzando el umbral sin ceremonia,
se metió en el salón sin pedir venia.
Era un noble, sin duda, de alto rango,
a juzgar de su traje por las prendas.
Tendió en un banco su empapada capa,
su coronado casco echó sobre ella
y dijo a los presentes: «¿Hay alguno
de vosotros que al rey anunciar sepa
que ha llegado Bernardo de Tolosa,
conde de Barcelona?» Con voz recia:
«Yo», dijo desde el fondo de la estancia
del rey el favorito entrando en ella.
«¡El bastardo de Hunaldo!», exclamó el conde,
hielo correr sintiendo por sus venas.
«El mismo, dijo el favorito; un punto
esperad aquí al rey, que pronto llega.»
Y dejando la estancia, dejó al conde

de la afanosa incertidumbre presa.
Todo el pasado se agolpó a su mente:
y aunque hecho tal a comprender no acierta,
comprende que le augura un mal tan sólo
del bastardo de Hunaldo la presencia.
De fiarse del rey y haber venido
se arrepiente y comprende la torpeza,
y pide ansioso a su profunda astucia
una feliz y salvadora idea:
y mientras esa idea salvadora
busca con hondo afán y no la encuentra,
de pie en el centro del salón, es blanco
de una curiosidad que le impacienta.
La tempestad del cielo es, comparada
con la de su alma, ráfaga ligera:
y la del cielo, sin embargo, ruge
como si fuese a desquiciar la tierra.
Rauda, incesante, fúlgida, en la cámara
la luz de los relámpagos penetra,
y encima de sus bóvedas el trueno
las del cielo parece que revienta.
Y en medio del fragor con que del globo
la tempestad el curso desconcierta,
de espaldas a la puerta, en pie y aislado,
el conde al rey desesperado espera.
Y en medio del tumulto con que asorda

el recinto claustral naturaleza,
descompuesta la faz, desmelenado,
mal unidas las ropas y en la diestra
desnuda la ancha espada, presentándose
el rey con pasos y furor de hiena,
llegóse al conde por detrás y airado
le cercenó de un tajo la cabeza.
Saltó ésta hacia adelante; perdió el cuerpo
su equilibrio hacia atrás, las manos trémulas
tendiendo por instinto: y fué, lanzando
caños de sangre, a dar sobre la mesa.
Asirse y sostenerle en tal apoyo
no pudieron sus manos ya sin fuerzas,
y el tronco por el rey descabezado
fué ante él a dar su convulsión postrera.
Carlos, poniendo un pie del tronco encima,
exclamó con jamás vista fiereza:
«¡Deshonrador del lecho del que ha sido
mi padre y tu señor, maldito seas!»

Salió el rey del salón: tras él salieron
cuantos en él estaban: y las puertas
el bastardo cerrando, dejó el tronco
dividido en la cámara sangrienta.

La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas

VII

Al despertar el rey al día siguiente,
buscó en vano al bastardo: había partido
del convento en la noche con su gente.
De la llave del cuarto en que tendido
yacía el conde aún, halló pendiente
un paquete sellado a él dirigido:
era un rollo de cartas: la primera
decía, para él, de esta manera:

«Desde esta estancia donde yace yerto
sin cabeza por ti y sin sepultura,
tu padre te maldice: ve si es cierto:
tu madre en esas cartas asegura
que eres hijo del conde, y tú le has muerto,
mintiendo a Dios y a él tu fe perjura.
Yo, de mi raza vengador, te he abierto

tal porvenir de infamia y desventura.
Mas libre ya de ti cuando esto leas,
parricida sin fe, ¡maldito seas!»

Los encantos de Merlín (cuento). de Ecos de las montañas

Introducción

¿Quién no conoce de Merlín la historia?
Me diréis con desdén: «¡Cuentos de antaño!»
Pero, ¿quién no conserva en su memoria
algún detalle de su cuento extraño?
¿Quién no alberga en su mente con cariño
el recuerdo de alguna maravilla
de aquel cuento que oía cuando niño
o de un papel leía en un pedazo,
sentado de su madre en la rodilla
o mecida por ella en su regazo?

Todos sabemos de Merlín un poco:
y aunque Cervantes hizo dura guerra
con su ingenioso incomparable loco
a cuanto libro su memoria encierra,
el poder de Merlín no era tampoco

de los que el soplo disipar podía
del aliento de un hombre en solo un día;
que en un día no más no se derroca,
se aniquila y se entierra
lo que ha siglos que el pueblo trae en boca,
lo que al amparo popular se aferra.
Triunfó de los vestiglos y gigantes
paladines y príncipes andantes
a quienes encantaba y protegía:
mas con Merlín en tierra al dar Cervantes,
no pudo echarle encima tanta tierra
que bajo ella Merlín no se rebulla
y, viejo pertinaz, de cuando en cuando
entre el vulgo mortal no se escabulla
señales claras de existencia dando.
Y aunque no salga a luz con tanta bulla
y en tan gentil y noble compañía
como cuando, al poder de sus encantos,
delante de los príncipes hacía
marchar las rocas y danzar los cantos,
y con una palabra que escribía
de un príncipe doncel en el escudo
invencible le hacía,
no por eso Merlín de avisar deja
que, aunque duerme en la historia, todavía
reina en la tradición y en la conseja.

Aún hoy de sus hogares
rústicos al calor, los castellanos
labradores, lo mismo que los rudos
campesinos ingleses y germanos,
flamencos y bretones,
en sus rocas y playas do sañudos
sin cesar rugen tempestuosos mares,
narran y leen las viejas tradiciones,
las leyendas y cuentos populares
en que Merlín en alas de dragones
acude a proteger en sus azares
al bravo rey Arthur y a sus barones,
a Carlomagno y a sus doce Pares.
Todavía en la Galia y Gran Bretaña,
lo mismo que en América y España,
por ranchos, alquerías y lugares,
ostentan las sin par ilustraciones
de los miles de miles de ejemplares
de sus innumerables reimpresiones
la imagen de Merlín en su portada,
de barba inverosímil decorada,
fabulosa nariz y ojos saltones.

Lo que el pueblo por sí para sí crea,
vive siempre con él y se le adhiere
cual la corteza al árbol que rodea;
y el pueblo lo apadrina, lo prefiere,

lo acaricia, lo nutre y lo caldea
y lo oculta y lo evoca cuando quiere,
y con ello se encanta y se recrea.

No, que en vano la crítica lo espere:
por añosa y por rústica que sea,
la tradición del pueblo nunca muere:
se acoge a los hogares de la aldea,
del pueblo fiel en el hogar se anida,
y cuando, desdeñada, no campea,
al calor del hogar conserva vida.
Merlín es popular porque es el mito
creado por el pueblo; y ha durado
su nombre nueve siglos, porque ha estado
en la memoria popular escrito:
y aún vivirá del pueblo en la memoria
porque el pueblo las puertas le ha franqueado
del porvenir fantástico, vedado
a la verdad de la severa historia.
Campea, sin embargo, en alto puesto
en sus nobles anales: de los reyes
leal amigo y consejero sabio,
faro que alumbra su época confusa,
dió a su pueblo valor, creencia y leyes
la inspirada palabra de su labio
y el profético canto de su musa.
Un dios hizo de Arthur con sus cantares:

con su ciencia y poder teniendo a raya
las crespas ondas de los Cambrios mares,
hasta que, la evidencia de su muerte
envolviendo en poético misterio,
hizo por siglos de su brazo inerte
la lanzada esperar que sólo puede
vencer la raza del germano imperio,
dió a su leyenda la excelencia extrema
que ni en la forma ni en el fondo cede
a lo narrado en el mejor poema.
Mas Merlín fué mortal: fallar no puede:
pues fué de una mujer y un silfo hijo,
tuvo en miserias que caer de fijo.

Merlín fué encantador, nadie lo ignora:
mas, ¿quien le dió los mágicos poderes
con que obró sus prodigios? ¿Tiene ahora
poder alguno sobre algunos seres
súbditos suyos? ¿Vive? ¿Dónde mora?
Si murió, ¿dónde, cómo? Pareceres
hay mil sobre esto y sobre todo hay datos:
pero de cierto, nada entre dos platos.

Lo que se cuenta de su fin no basa
más que sobre un rumor; su muerte ignota
de relación quimérica no pasa.
Mi cuento va a sondar en la remota
lobreguez del pasado y en la casa

del mago, por si logra alguna nota
a su historia añadir, que diga en suma
lo que no dijo de él lengua ni pluma.

Descuidó una verdad de data luenga
de escritores el vulgo olvidadizo,
y es: «que hombre no hay que a tropezar no venga
en la fruta de Adán: que escurridizo
suelo la vida es: no hay quien no tenga
el corazón de barro quebradizo.»
¿Cuál fué el tropiezo de Merlín ¿No hay huella
de mujer en su historia? ¿Quién es ella?

Que los senderos ásperos descombre
de su historia la pluma. Aquel portento
de ciencia, que de ser goza renombre
dueño de tierra y mar, señor del viento,
¿no tropezó jamás? Pues era hombre,
¿cuál fué su tropezón? Aquí está el cuento.
Si tropezó Merlín, quedará huella
de semejante tropezón. ¿Qué es de ella?

I

Harto, al cabo, Merlín de gloria y fama,
y harto de ser el protector o el bardo
de tanto paladín y tanta dama,
de tanto rey legítimo o bastardo,

de tanto enamorado caballero
y tanto vagabundo aventurero:
harto de hacer castillos y palacios
de unos para placer, de hacer a otros
cruzar comarcas y salvar espacios,
llevándoles a lomo, no de potros
ni de otra más vulgar cabalgadura,
sino de grifos, sierpes y vestiglos
de horrenda forma y de infernal bravura,
para que fueran héroes de esos lances
extremos y románticos percances
con que la poesía de otros siglos
con profusión que pareció locura,
llenó historias, comedias y romances;
determinó, por fin, el viejo mago
la corte abandonar del rey Arthuro,
para vivir en paz libre y seguro
de tanta aparición, duende y endriago.

Merlín era ya viejo: mas como hijo
fué de un silfo inmortal y una druidesa,
no tenía su vida tiempo fijo;
y aún no sé cuál de sus cronistas dijo
que ser no puede de la muerte presa.
Merlín era ya viejo, mas el tipo
mejor de dignidad y de belleza
que pudo presentar griega cabeza

de los tiempos de Apeles y Filipo.
La vejez de Merlín era nobleza
venerable y simpática, que admira
por sobra de vigor; no repugnante
decrepitud ridícula, que inspira
por débil compasión. En su presencia,
en su voz, en su acción, en su semblante
rebosaba el vigor, la inteligencia,
la inspiración del ánimo gigante
del grande Ser, de superior esencia
a los humanos y mortales seres
que nacen hijos de hombres y mujeres.
Merlín, hijo de un silfo que fué un día
ángel del cielo, de Luzbel hermano,
y con él de su excelsa jerarquía
privado por el fallo soberano
de Jehová, tenía
de divino en su ser más que de humano;
tenía más de espíritu que de hombre,
pues era un genio de mortal con nombre.

Su ciencia era insondable, prodigiosa;
su padre, el silfo, el ángel destronado
del cielo, con paciencia cariñosa
cuanto sabía él le había enseñado:
los secretos más hondos de la ciencia,
los que hunden en misterio el más profundo

la fábrica, la marcha, la existenccia
de la admirable máquina del mundo,
penetró de Merlín la inteligencia;
en lo poblado a par y en lo desierto
Merlín leía como en libro abierto.
Por eso su existencia había pasado,
ajeno a las flaquezas y miserias
a las que vive el hombre esclavizado:
y vivió, libre de ellas, entregado
a concepciones grandes de obras serias.
Mas harto de ayudar a los humanos
en las grandes y locas niñerías
en que pasan sus noches y sus días
para hacerse no más, fieros o insanos,
esclavos unos de otros y tiranos,
la corte abandonó del rey Arthuro
una mañana al despuntar el día,
creyendo que a hora tal partir podría
de la vulgar curiosidad seguro.
Partió, pues, de las nieblas amparado
por el velo que el día hacía oscuro
y en su nudoso báculo apoyado
salió de la ciudad: bajó a la orilla
del Támesis: cercana a la ribera
se mecía una barca de alta quilla,
de larga eslora y por demás velera.

Tripulación bretona la montaba,
sin duda de Merlín bien conocida
y que tal vez al mágico esperaba,
destinada por él a su partida.
Mientras Merlín al Támesis bajaba,
salió tras él de la ciudad, su paso
por el del sabio regulando acaso,
una mujer que el rostro recataba
y toda su figura
en los pliegues de su amplia vestidura.
Llegó Merlín al barco; los bretones,
con respeto acogiéndole profundo,
demostraron que saben lo que el mundo
debe al genio que admira a las naciones.
Al pisar el bajel el viejo mago,
mandó desarrollar la blanca vela
y favorable ser al viento vago
al rumbo de la dócil carabela.
Pero mientras la vela se tendía
y revoltoso viento se fijaba,
ligera como una árabe gacela,
la velada mujer que le seguía
en el bajel tras de Merlín saltaba:
y la tripulación, que ha comprendido
tal vez por el afán y la cautela
con que tras él la incógnita ha venido,

que tiene su sanción o por él vela,
la acogió con amor: y al viento dando
la comba faz del reforzado lino,
se hinchó en él el mástil encorvando:
y la nave bogó, tras sí dejando
de hirviente espuma burbujeante estela
del agua sobre el lomo cristalino:
y con el río rápido avanzando
fué con velocidad maravillosa
con él a entrarse por la mar ondosa.
Merlín, o en los profundos pensamientos
de ulteriores proyectos absorbido,
o para dirigir los elementos
con el dominio de ellos que ha adquirido,
obligando a las ondas y a los vientos
a conducirle a su orden obedientes
al través de tormentas y corrientes,
de los seres mortales abstraído
sentóse a proa, con afán constante
mirando sin cesar mar adelante.

Los marinos bretones
dejáronle en silencio respetuoso
amasar de su mente en los rincones
las elucubraciones
de aquel arrobamiento misterioso,
a su poder fiando y a su ciencia

su barco y su existencia
a la merced con él del mar ondoso.
La velada mujer desconocida,
tal vez con igual fe, tendióse a popa:
y despierta o dormida,
allí permaneció muda e inmoble,
envuelta entre los paños de su ropa
y de su velo en el plegado doble.

El barquichuelo, en tanto,
bogaba rapidísimo y derecho
como llevado a impulso de un encanto
a entrar, la isla costeando, en el estrecho.
Entró en aquel canal siempre agitado
por un mar borrascoso, que se irrita
entre aquellas dos costas encajado,
que azota sin cesar desesperado
por ver si de los flancos se las quita.
Y en aquel negro mar la carabela,
entre la nube de marina bruma
que el aire de este mar siempre encapota,
iba debajo de su hinchada vela
y en medio de un montón de hirviente espuma,
sobre blanco vellón cual parda mota,
cual pelusa del aire en limpia tela,
que sobre su haz más adherida flora
y sobre su haz sin desprenderse vuela:

iba, en fin, arrastrada en la apariencia
sin gobierno, sin rumbo ni derrota,
del viento y de la mar por la violencia
a estrellarse tal vez en playa ignota.
Mas obra fué, sin duda,
del poder de Merlín: playa cercana
se avistó con el sol de una mañana
deliciosa de mayo: y de repente
fué la barca a abordar roca desnuda,
a cuyos pies en la tendida arena
van a desparramarse mansamente
las limpias olas de la mar serena.

Saltó en tierra Merlín, de bendiciones
cargándole al partirse los bretones:
mas apenas Merlín les dió la espalda
cuando sobre las suyas los marinos
de la mujer sintieron los pies finos
posarse y resbalar su suelta falda.

Cuando alzaron absortos la cabeza,
sobre ellos la mujer había pasado
y en la playa saltado
con esa agilidas y ligereza
del corzo y del antílope, que rasan
al parecer ingrávidos el suelo
por sobre el cual en su carrera pasan,
pareciendo a la vez carrera y vuelo.

Entonces la mujer, que con pie leve
la superficie de la arena lisa
sin dejar huella en su tersura pisa,
y a quien distancia todavía breve
de la barca separa,
los dobles pliegues apartó del velo
que entolda el cielo de su linda cara;
con una graciosísima sonrisa
que cambió en alegría su sorpresa
envió su despedida a los marinos,
y a seguir al gran mago se dió priesa
hacia una selva de gigantes pinos.

Apercibió Merlín el ruido suave
de sus pasos tras él; y la cabeza
volviendo a la mujer, su gesto grave
de hallarla allí manifestó extrañeza:
mas a mirarla se paró. ¿Quién sabe
si fué para admirar tanta belleza?
Paróse ella mirando que él se para
y en calma le dejó que la admirara.

El buen Merlín la contempló un instante;
mas qué impresión en él tal hermosura
hizo, no dejó ver en su semblante.
Y una frase encomiástica ni dura
sin decirla, a seguir volvió adelante;
ella afrontó con grácil apostura

su mirada: y cuando él se apartó de ella,
volvió a echar la mujer tras de su huella.

¿Qué pensó de ella el sabio? ¿La sentía
con placer tras de sí? ¿Le contrariaba
sentirla tras él ir? ¿La conocía?
Sigámosles... y a ver en lo que acaba.

Los encantos de Merlín (cuento). de Ecos de las montañas

II

Estamos en Bretaña: es esa selva
que alcanzamos a ver la Brocelianda;
a ella marcha Merlín, sin que se vuelva
jamás a la mujer que tras él anda.

Él anda, como un viejo sabio y grave,
a paso lento, igual y majestuoso;
ella como el antílope y el ave
que no gustan tomar pie ni reposo.

Él marcha como el genio: va buscando
lejos del mundo soledad completa
donde no venga a interrumpir aullando
el mundo ruin ni al bardo ni al profeta.

Ella marcha tras él como la luna
detrás del sol: impávida, tranquila:

como el cisne que nada en la laguna
sobre un agua dormida que no oscila.

En su traje talar marcha él envuelto,
de laurel siempre verde coronado,
y sin báculo ya: que ágil y esbelto
al avistar la selva le ha arrojado.

Merlín no tiene edad: marcha derecho;
es de casi inmortal naturaleza;
sobra vigor en su robusto pecho
y eterna lucidez en su cabeza.

Él es Merlín: le conocemos todos;
hemos visto de niños en mil partes
su retrato: mil libros de mil modos
nos han dado razón de él y sus artes.

Él... es Merlín, y basta. ¿Quién es ella?
Ella es una mujer con quien ninguna
tiene comparación, porque es más bella
que, al levantarse tras el mar, la luna.

Ella es bella sin par: es un encanto
que respira: un prodigio que camina:
mujer distinta de las otras tanto,
que no agrada ni atrae, sino fascina.

Su cabeza es un faro, que en su cuello
gira con gentileza soberana;

cae de ella su riquísimo cabello
como raudal que del peñasco mana.

Sus ojos radian luz: su frente pura
refleja la del sol como un espejo:
y dan no sé qué brío a su hermosura
imperceptibles bozo y entrecejo.

Su boca exhala olor a gruta fresca
donde se guarda fruta en el verano,
y su móvil sonrisa picaresca
da a su faz un hechizo soberano.

Su bello cuerpo de marfil va oculto
bajo talar, sutil y amplio ropaje;
mas de sus formas el correcto bulto
se dibuja gentil bajo su traje.

Sus dos brazos, flexibles como palmas,
rematan en dos ramos de jazmines:
Dios hizo a esta mujer por altos fines
verdugo de hombres y ladrona de almas.

Cuajó su piel con hojas de azucenas,
sus labios hizo con claveles rojos,
del sol con rayos sus pupilas llenas,
su alma de amor, su corazón de antojos:
y poniéndola, en fin, fuego en las venas,
fuego en el corazón, fuego en los ojos,
la dijo al animarla. «Sin rivales

en gracia y perfección al mundo sales.»

Se presentaran con vergüenza ante ella
Eva, Niobe, Lais, Venus y Aspasia:
tendrían, mudas, que besar su huella
las hurís de Georgia y de Circasia;
jamás abrieron a mujer tan bella
Europa sus saraos, sus baños Asia;
Dios la dijo animándola: «Sé muestra
de lo que sabe modelar mi diestra.»

Tal era la mujer incomparable,
tipo de perfección y de hermosura,
que con tenacidad inexplicable
va tras Merlín a entrar en la espesura
de Brocelianda. Menester que la hable
será por fin: porque ella lo procura
caminando tenaz sobre su paso,
por más que afecta él no hacerla caso.

Y cuando una mujer de prendas tales
en ser la tentación pone su empeño
de uno de esos filósofos morales
que a la palabra *amor* fruncen el ceño,
que mejores se creen que los mortales
y el mundo ante su orgullo creen pequeño,
como la tentación sepa y lo valga,
vencedora, por fin, fuerza es que salga.

Merlín marchaba impasible: mas no cede
ella y sigue tras él: que se resuelva
Merlín es menester; solo no puede
entrar, cual se propone, en esa selva:
fuerza es que al linde la mujer se quede,
que entre con él o que Merlín se vuelva:
él va a obrar un encanto que del mundo
le abstraiga en el misterio más profundo.

Y debe solo entrar para efectuarle;
es el grande secreto de su ciencia
y no debe alma humana penetrarle;
va a segregar del mundo su existencia,
mas sin morir en él, ni abandonarle.
Ese es su único fin, es su sentencia:
por inmortal espíritu engendrado,
muerto no puede ser, sino encantado.

Pero aquella mujer que le persigue
le estorba, le distrae de su gran obra;
no es posible en su encanto que a él se ligue
ser alguno mortal: la mujer sobra.
Al mar es fuerza que a tornar la obligue,
pues ella audacia con su calma cobra;
resolvióse Merlín, y de repente
volvióse y de ella se detuvo enfrente.

Detúvose ella, y abatió modesta
su vista ante la de él: y en ella fijo
el ojo escrutador, con manifiesta
impaciencia así el mágico la dijo:
«¿Por qué me sigues hasta aquí? Contesta.
¿Por qué me sigues? Habla: te lo exijo.»
Y ella, con voz más suave que el reclamo
del ruiseñor, le dijo: «Porque os amo»

Al son de aquel acento y al sentido
de aquella sentidísima palabra
perdió el ceño Merlín y abrió el oído,
porque a ésta no hay oído que no se abra.
Ella calló, el efecto producido
por su voz esperando que en él labra:
y él por sinceridad o por reclamo
repitió: —«¡Porque me amas! —Porque os amo»,

repuso ella otra vez con voz entera,
resuelta, persuasiva, audaz, vibrante;
era la voz del alma: verdadera
voz de pasión ardiente, delirante:
no era voz, era acero, puñal era
que iba derecho al corazón. ¡Instante
fatal fué aquél para Merlín! El mago
de su herida en el de él sintió el estrago.

Merlín, hijo de un silfo, ser mestizo
de un infernal espíritu y una hembra
racional, cuyo impío y tornadizo
amor a su hijo exótico desmiembra
de la raza de Adán por un hechizo;
Merlín, cuya alma es campo donde siembra
Satán, que ni es espíritu ni es hombre,
semidiós de mortal con cuerpo y nombre,

no había amado jamás, porque en la esfera
en que le colocó su esencia extraña
nunca halló una mujer que se atreviera
a despertar su amor, ni él en su huraña
ciencia en buscar pensó una compañera;
mas en la que hoy le sigue y le acompaña
por la primera vez ve alguna cosa
cuyo ignoto poder al suyo acosa.

En la corte de Arthur mil y mil veces
ha visto a esta mujer: ante los ojos
mil veces se le ha puesto: y por preñeces
de orgullo tomó siempre y por antojos

de mujer un amor en que aún quisiera
dudar; mas de su voz ante el reclamo,
con ella habla anudó de esta manera:
—«¿Conque hasta aquí me sigues?... —Porque os amo.

—¡Me lo has dicho mil veces! —Os lo he dicho,
mas no lo habéis creído. —Ni aún lo creo;
no me puedes amar; es un capricho.
—Pues os amo. —¡A un decrépito! —Yo os veo
como un ser superior, no como un hombre
mortal como los otros. —No: tú miras
sólo a la vanidad de mi renombre
de encantador. —Yo os amo. —¡Tú deliras!

—Yo os amo con delirio y os consagro
todo el inmenso amor que en mí atesoro.
¡Los hacéis y no creéis este milagro!
Yo os amo; mal he dicho: yo os adoro.»

Merlín era un gran sabio y era viejo;
mas a declaración tan terminante,
lector, a solas calcular te dejo
lo que sintió Merlín en tal instante.

Perder intensidad sintió al hastío
que empezaba a roer su larga vida,
y empezó a ver lucir en su sombrío
cuadro una luz aún no apercibida.

Una esperanza, una inquietud..., ¿quién sabe
lo que sintió explicar? Como él tampoco
se lo explica, tornó con paso grave
su camino a emprender muy poco a poco.

La mujer continuó sobre su huella
caminando también; y sonriendo
de él a escondida fueron, tras él ella,
el linde de la selva transponiendo.

Internáronse así por la espesura
de una selva: una selva pintoresca
como se puede ver sólo en pintura,
mágica, original, virgen y fresca.

Una selva de robles colosales
y de pinos alorces corpulentos,
que con perpetuos ruidos musicales
pueblan arroyos, pájaros y vientos.

Una encantada selva de Bretaña
habitada otro tiempo por los druidas,
donde albergó su religión extraña
supersticiones mil aún no perdidas.

Una selva poética, imposible
de imaginar por torpe entendimiento;
una selva fantástica, increíble
como creada a posta para un cuento.

De sus gigantes troncos los ramajes
exóticos flotantes parecían
abanicos de inmensos varillajes
que mil monstruos quiméricos movían.

De estos troncos con frondas, que del cielo
la luz impiden penetrar ni en hebras,
parecen las raíces por el suelo
garras de grifos, colas de culebras.

De uno de estos alorces tan frondosos
como cedros del Líbano a la sombra,
y de tupidos céspedes y añosos
musgos, acres de olor, sobre la alfombra,

sin mutuo acuerdo cual por mutuo instinto
un punto reposar determinaron,
tal vez porque el selvático recinto
de cruzar sin objeto se cansaron;

tal vez porque uno y otro comprendieron
que no hablarse era al cabo grosería,
y por fin, porque ya que allí vinieron,
para esquivarse aún razón no había.

Sentóse el sabio mágico el primero,
colocando con grave compostura
la posición del cuerpo, y con severo
decoro en torno de él su vestidura.

La mujer, con la gracia y gentileza
de una corza doméstica, en el suelo
se acomodó a sus pies..., de su cabeza
y de sus hombros apartando el velo.

Poco a poco con tímida franqueza
y sufriéndolo el sabio sin recelo,
apoyó en él el uno y otro brazo
y quedó recostada en su regazo.

Merlín esquivó al pronto su mirada:
pero ella, con hondísima ternura
en hallarle los ojos empeñada,
se los buscó tenaz, como segura
de que rebelde a su mirar no hay nada:
y no lo hubo: Merlín en su hermosura
fijó su vista al fin, y díjole ella:
«Vedme y decidme si os parezco bella.»

Presa Merlín de sensación extraña,
con muda complacencia contemplóla:
y, aunque guardando aún su faz huraña,
la cerviz con la mano acarició la
como a niño o doméstica alimaña:
y ella, a caricia tal, de la amapola
en el color tiñéndose, le dijo:
«Señor, ¿por qué silencio tan prolijo?

¿No merezco respuesta o no os agrado?
Habladme, mi señor, mi bien, mi dueño,
que el cielo de mi amor tenéis nublado
con la sombra tenaz de vuestro ceño:
de mí decidme lo que habéis pensado;

yo tengo sed de vuestra voz, y empeño
de oír de vuestra boca una palabra
que el claro edén de la esperanza me abra.

Hablad, señor, vuestra palabra espero
como el tostado césped el rocío:
vos sois, señor, mi porvenir entero.
Yo os amo; y si me amáis, el mundo es mío:
otro poder que vuestro amor no quiero.
¡Os sonreís, señor!..., yo me sonrío
con vos, porque a mi alma esa sonrisa
del edén del amor me trae la brisa.

Sonreídme, gran bardo, y gran profeta;
decidme que aceptáis este cariño
que os consagré con libertad completa,
con la espontánea sencillez de un niño,
Tomad mi corazón, que sin aliño
ni arte os viene a ofrecer la fe que encierra:
tomadle y sed mi Dios sobre la tierra.»

Y diciéndole así, sobre él fijaba
húmedos de placer sus negros ojos,
y con sus dedos de marfil peinaba
la barba de Merlín, y con antojos
y caricias de niño colocaba
ósculos mil, que de sus labios rojos
tomaba sonriendo con su mano,

en los trémulos labios del anciano.

Merlín era un gran sabio, en ciencias ducho;
mas aunque mucho ha visto y mucho ha oído,
jamás había oído ni con mucho
frases de tan dulcísimo sonido.

Era un sabio Merlín, mas de los sabios
jamás tuvo la ciencia consistencia
ante el hálito débil de unos labios
con que sopla el amor sobre la ciencia.

La mano de Merlín, que la cabeza
acarició cual niño o alimaña
doméstica no más de aquella extraña
mujer, tipo de gracia y de belleza,

resbaló descendiendo entre sus rizos
hasta apoyarse en su desnuda espalda,
y aquel puñado abrasador de hechizos
a sí atrayendo recibió en su falda.

A su contacto cálido, latente,
por la primera vez sintió lo que era
el amor y trabóse francamente
diálogo entre los dos de esta manera:

—«Tus palabras halagan mis oídos
como una suave música: tu vista
mis ojos embelesa: mis sentidos

se rinden sin poder que te resista.

Yo nunca me curé de las mujeres,
porque su amor nunca creí. Que me amas
me dices tú. ¿Por qué? ¿De mí qué quieres?
¿Por qué a mi corazón con tu voz llamas?

—Porque os amo, señor, ¿pues no os lo dije?
Yo sé bien que sabéis quién soy, de dónde
vengo... y mi amor que no creáis me aflige.
¿Por qué el vuestro a mi amor no correponde?

—Sí, sé muy bien quién eres: es notaria
en la corte de Arthur la historia tuya.
—Pues bien, si la sabéis, ¿por qué mi historia
no me dejáis que a vuestros pies concluya

con mi vida, señor? Si mi palabra
os ha tocado al alma, si que os amo
os digo y lo sentís..., ¿por qué que se abra
vuestra alma no dejáis a mi reclamo?

—Escúchame, Bibiana. Yo sé sólo
de tu pasado lo que el mundo cuenta:
yo no le examiné: no sé si hay dolo
de él en la narración: estáme atenta.

Eres hija de un noble y opulento
godo, jefe en la marca lusitana:
en la orilla del mar tu apresamiento

logró el pirata Hisem una mañana:
un repentino temporal violento
le alejó de su playa mauritana,
y en los mares del Norte al engolfarle
de los bretones en poder fué a echarle.

—Sí sí: todo eso es cierto: al abordaje
al entrar los bretones su navío,
de la cautividad y del ultraje
vinieron a salvar el honor mío.

Mi padre a los bretones ha pagado
después pródigamente este servicio,
y yo entre ellos con gusto me he quedado.
—Eso es lo que no cabe en nuestro juicio.

Con padre y con hogares en España,
ser dichosa debías en su tierra.
¿Qué es lo que esperas, pues, en tierra extraña?
—Secretos para vos mi alma no encierra,
gran profeta bretón. Vuestra Bretaña
no tiene en valle, alcor, ciudad, ni sierra,
nada que para mí tenga atractivo:
sólo por vuestro amor en ella vivo.

Escuchadme, señor: mi pueblo godo,
vuestro pueblo bretón..., la tierra entera
en cuanto abarca su terreno todo,
no tiene más que vos a quien yo quiera

ni a quien pueda querer. En el ser mío
hay algo superior al frágil lodo
de que hizo Dios a la mujer primera:
hay en mí, como en vos, algo que fío
que os haga comprender por qué me quedo
por vos en la Bretaña, por qué os sigo
y por qué sólo a vos ofrecer puedo
el misterioso amor que en mi alma abrigo.»
Calló ella un punto al viejo contemplando,
y siguió, viendo que él sigue escuchando:

—«Oíd: la madre de mi madre era
hija de un rey de la oriental comarca,
quien la tuvo de un hada que, sincera,
al amor se rindió de aquel monarca
como podría una mortal cualquiera.

Mi madre, hija de aquélla, le fué dada
por esposa a mi padre cuando apenas
de la niñez salía; fué criada
desde niña en su alcázar, y colmada
fué de gracias por Dios a manos llenas.

Creció: llegó a la edad de los amores:
la amó mi padre y se casó con ella;
y era fresca y gentil como las flores,
como el lucero de la aurora bella.

Pero en cuanto mujer y madre se hizo,
en cuanto yo nací, se obró en mi madre
un sobrenatural y extraño hechizo
que tristeza mortal causó a mi padre.

Los ojos de mi madre despedían
resplandores de amor tan atractivos,
que los hombres mirarles no podían
sin que quedaran de su amor cautivo.

Ella en vano cerrábales y en vano
les ocultaba siempre bajo un velo:
no había paladín ni cortesano
de quien no fuera su mirada un cielo.

Y era tal el poder de aquel hechizo
que enfermaban de amor cuantos veían
los ojos de mi madre... que enfermizo
germen de amor letal de sí esparcían.

Y costaba a mi padre mil afanes
hallar para su corte consejeros,
para sus damas encontrar galanes
y para sus campañas caballeros.

Mi padre prometió de su tesoro
la mitad, y cien millas de terreno
donde se habían hallado minas de oro,
y un palacio en un valle muy ameno,

al que pudiera hallar un sabio mago
que supiera el hechizo de los ojos
deshacer de mi madre, y el estrago
atajar de su influjo y sus antojos.

En vano sabios, magos y hechiceros
con el afán del premio lo intentaron:
los sabios más, como los más arteros,
de mi madre a su vez se enamoraron.

Supo mi padre, al fin, que un muy decrépito
viejo, que era un gran sabio y un gran mago,
lejos del mundo y su social estrépito
moraba en una gruta junto a un lago;

que los reyes de Oriente le buscaban
en desastres y apuros, y en el hueco
de su gruta romántica le hallaban
solo, extenuado, amarillento y seco,

leyendo sin cesar las hojas rotas
de un libro cabalístico tan viejo
como él, lleno de cifras y de notas
y del mismo color de su pellejo.

Aquel viejo esqueleto dió a mi padre
la fórmula potente de un encanto
con que neutralizar el de mi madre.
Díjola el rey, y su poder fué tanto

que mi madre quedó perpetuamente
envuelta en una niebla y encantada
e invisible a los ojos de la gente,
y de él solo visible a la mirada.

Los de los ojos de mi madre esclavos
en libertad quedaron: a la calma
tornó su reino por sus cuatro cabos,
y de mi padre el rey la paz al alma.

Mas cuando quiso el premio prometido
al viejo dar por su poder de su arte,
el viejo había ya desaparecido
y nadie le halló ya en ninguna parte.

De la hija de aquella hada soy la hija;
y como hay en mi ser algo divino,
es imposible que mi amor se rija
por la ley del vulgar. En el camino

de mi vida no hallé quien digno fuera
de mi amor más que vos: ambos la vida
debemos a ambos seres; compañera
vuestra, con vos la mía se divida.

No pudiendo morir, por un encanto
queréis tal vez desaparecer del mundo
como mi madre: bien, yo haré otro tanto:
amadme, y de ese encanto en el profundo

abismo silencioso ambos un día
embriagados de amor nos sumiremos:
vuestra vida, señor, será la mía,
y encantados los dos nos amaremos

por una eternidad: el mundo todo
lo ignorará, y fantástica memoria
vuestro pueblo bretón y el mío godo
guardarán de nosotros en su historia.

Yo viviré encantada en vuestro seno,
y yo sola oiré del gran profeta
los fallos y los himnos del poeta
sonar del aire en el azul sereno.

—Imposible, Bibiana: tal encanto
por mí en mí debe obrarse solamente;
si otro supiera de él como yo tanto,
sería yo su esclavo eternamente.

—¡Y receláis, señor, que la que os ama
os quiera nunca esclavizar cuando ella
deja padre y hogares y se infama
tal vez por ir besando vuestra huella?

¡Ah!, no me amáis, señor, ni amaréis nunca:
Dios o Satán, Merlín, que os dan la ciencia,
negando a vuestra inútil existencia
el placer del amor, os la dan trunca.

Habéis llegado sin amar a viejo;
y hoy que encontráis una mujer que os ama
la rechazáis; mal hecho..., mal consejo,
señor. Faro sin luz, bardo sin dama,
veo que nunca me amaréis, y os dejo:
yo de mi amor me abrasaré en la llama
y arder en él me sentiré dichosa,
de la luz de mí misma mariposa.»

Dijo, y al buen Merlín volvió la espalda,
rápida levantándose y resuelta
a abandonarle: mas al dar la vuelta
la asió Merlín por la flotante falda.

«Espera, dijo el mago: si he vivido
sin saber qué era amor, siento que ahora
brota en mi corazón, jamás herido
de amor con un espina punzadora.»

Radió el semblante de Bibiana oyendo
tal decir a Merlín: siniestro brillo
despidieron sus ojos; y volviendo
su faz risueña al mágico sencillo,
cándida al parecer, leal, sincera,
tornó el diálogo a atar de esta manera:
—«¿Conque me amáis? —Sí, te amo. —No lo acierto
todavía a creer. —¿Por qué? —¡Es tan nueva
esa pasión en vuestro pecho yerto

siempre al amor! Mas de él dadme una prueba.
—¿Cuál? —Dadme vuestro libro de conjuros
para que yo le guarde; mientras tanto
que vos le poseáis, nunca seguros
del poder estaremos del encanto
que vos podéis obrar. —Mas tal capricho
no puedo comprender. —Vuestra memoria
flaquea: fué mi madre hija de un hada:
sé que tenéis el libro de la historia
del mago de mi madre. —¿Te lo ha dicho
ella? —Sí: pues no estaba solamente
para mi padre y para mí encantada.
—Mas si el libro te doy... —¿Cobarde ciencia
que siempre teme al corazón! ¿Qué miedo
tenéis de mí? Yo quiero mi existencia
pasar con vos; pero vivir no puedo
temiendo siempre que, al primer enojo,
de encantaros sin mí tengáis antojo.
—Pero si tú en tu cólera o tus celos
lees en él el conjuro: —¡Hay tal demencia!
¿Cómo, si sólo vos tenéis la clave
de sus cifras y en él nadie leer sabe?
Dádmele o no me amáis y parto.» Y esto
diciendo, entre los pliegues del vestido
del buen Merlín con imprevisto y presto
movimiento metió su mano diestra,

y el libro entre sus pliegues escondido
sacó, y su ojo brilló con luz siniestra.

Quiso Merlín asirla: mas de un salto
se le escapó, y el libro cabalístico
hojeando, encontró y pronunció alto
del conjuro infernal el fatal dístico.

¡Oh amor, dicha del hombre y desventura!
La fórmula tremenda pronunciada
por ella apenas, retumbó en la altura
el trueno, tendió el árbol su enramada
copa en el suelo por el rayo herido;
y del añoso tronco entre las grietas
de la áspera corteza desgarrada
por el conjuro se sintió cogido
Merlín, y poco a poco de sus vetas
el alorce sobre él cerró el tejido.

En vano resistió: quedó encantada
su vida en aquel árbol; y entretanto
que se efectuaba el poderoso encanto,
la mujer, que huye de él casi espantada,
decía huyendo con acento bronco:
«Olvidaste que soy nieta de un hada:
quedas, alma vieja enamorada,
encerrada por ciega en ese tronco.»

Tornó a España Bibiana, y de los ojos
de su madre el poder con otro hechizo
de las hembras de España tuvo antojos
de pasar a los ojos... y lo hizo.

Y los encantos de Merlín, arteros,
irresistibles, desde entonces solas
en la luz de sus ojos hechiceros
les tienen las mujeres españolas.

Índice

Introducción a Ecos de las montañas 4

Capítulo I de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 13

Capítulo I de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 28

Capítulo I de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 31

Capítulo I de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 42

Capítulo I de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 49

Capítulo II de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 58

Capítulo III de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 61

Capítulo III de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 65

Capítulo III de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 77

Capítulo IV de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 87

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 109

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 128

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 137

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 147

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 154

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 156

Capítulo V de Castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 177

Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 181

Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 183

Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 195

Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 202

Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 207
Capítulo VI de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 212
Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 216
Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 230
Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 236
Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 247
Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 251
Capítulo VII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 263
Capítulo VIII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 268
Capítulo VIII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 274
Capítulo VIII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 281
Capítulo VIII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 284
Capítulo VIII de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 295
La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 303
La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 309
La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 311
La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 314
La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 323
La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 328

La fe de Carlos el Calvo. Epílogo de El castillo de Waifro. de Ecos de las montañas 333
Los encantos de Merlín (cuento). de Ecos de las montañas 335
Los encantos de Merlín (cuento). de Ecos de las montañas 350